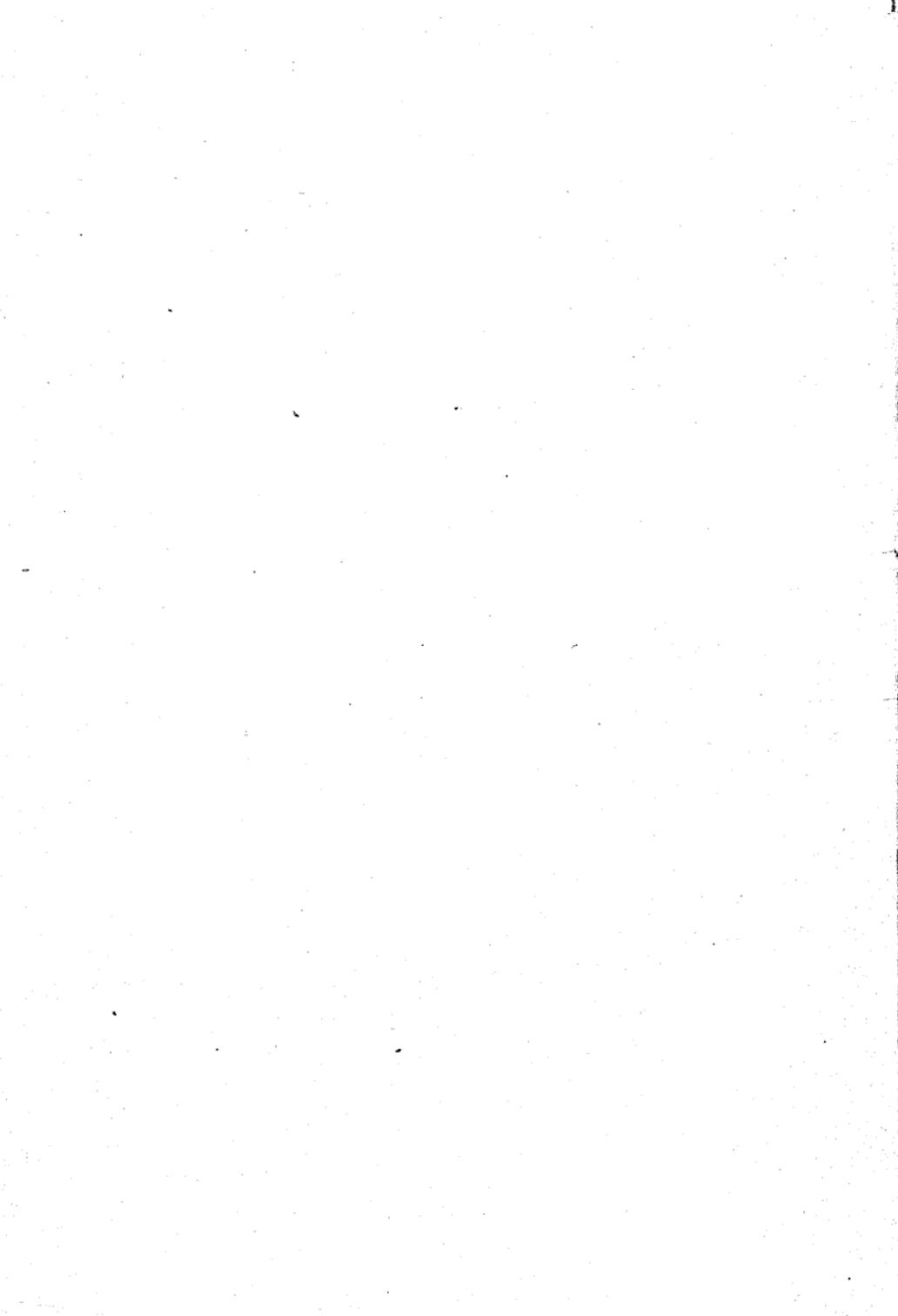


EL RETORNO



R. 41. 76
A
BIBLIOTECA
MUNICIPAL
LISBOA
1937

EL RETORNO



NOVELA ESPIRITISTA

(Basada en hechos reales)

POR

CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

Lusitania Editora, Limitada

Arco do Limoeiro, 17, 1.º

LISBOA

3085

La ciudad que nace.

En el ambiente silencioso, lleno de una calma blanda, resonaban el constante martillear de los carpinteros y el ruido producido por la multitud de albañiles, decoradores y obreros de todas clases, ocupados en las obras del gran casino, los hoteles, las termas y las galerías que se destinaban a instalación de tiendas, a un lado y a otro del suntuoso parque de Estoril.

La naturaleza había formado aquel lugar para sugerir el sueño de grandeza de un dichoso rival de Monte Carlo. Era allí más límpido el cielo, de una luz más dorada, más cálida, de un azul más transparente y más en contraste con el color verdoso del mar, cambiante, vario, sin la bella y azul monotonía del Mediterráneo. Los bosques de pinos se extendían hacia el interior y formaban un fondo verde amarillento al paisaje. En el centro, como abierto a hachazos, aquel espacio de te-

rreno, que ocupaba el inmenso parque, estilo Le Notre, extendido desde el mar hasta el casino en construcción, cuyo primer piso, aun en esqueleto, dejaba ver el nacimiento de las columnas y las separaciones de las futuras salas de juego, de biblioteca y de espectáculo, anunciando uno de los edificios más suntuosos de Europa.

— Mira — exclamó parándose de repente Alonso, a la entrada de la obra y obligando a su compañero a mirar hacia el mar — dime si has visto panorama semejante en la Costa Azul.

El otro abarcó con la mirada el amplio Parque, que la vegetación meridional hacia florecer de un modo exuberante, entre el frescor del agua de los dos arroyos que corrían a ambos lados y de los grandes estanques y las diversas fuentes, que lanzaban al cielo la lluvia de los surtidores. Al fondo los pinares; a la derecha, vislumbrándose entre ellos, los tejados y torreones de los hoteles del cercano Monte Estoril; a la izquierda las obras del balneario, y de aquel Hotel de gran ciudad que dejaba ver los huecos de sus infinitos ojos, vacíos y sin mirada. Encuadraban el paisaje la inmensa extensión del mar y la bella ribera verdeante, sembrada de pueblecillos, en un extenso semicírculo, que remataban el faro y el fuerte de Cascaes.

Tres anchas avenidas, se abrían a cada uno de los lados del parque, formadas de filas de palmeras y mimosas, ya en flor; iban a terminar cerca de la orilla, donde se alzaban los dos castillos de piedra, exóticos, como si hubiesen traído el uno de Florencia, para recordar el *Palacio de la Señoría*, y el otro, con su torre de alcuza, lo hubieran

arrancado de los alrededores de la Selva Negra.

— Grandioso en verdad — respondió Bernabé — si no se cae en el defecto de querer presentarlo todo demasiado bien, demasiado simétrico y se quita esta nota de cierta rudeza natural, para convertirlo en uno de esos paisajes de cartón, de la Suiza, que nos parecen falsos en su teatralidad, como si los ríos fuesen de latón y la nieve la hiciesen igual que en los panoramas, con algodón cardado.

— No, esto se salva por la bravura rústica de su ambiente, de la montaña y de la selva a que se enlaza. Será magnífico una vez terminado. Me figuro, con la imaginación, el espectáculo de esa escalera, cuando suban por ella, bajo los focos eléctricos, admirables mujeres envueltas en abrigos de seda y de pieles.

Bernabé lanzó una carcajada:

— ¿Pero crees de verdad — preguntó — que esto va a tener una concurrencia como la de Niza? Yo no espero ver aquí más que a los burgueses enriquecidos, españoles de los que ahorran todo el año para gozar unos días de señorío en Figueira o en las Caldas; y estos ingleses y americanos que obedecen a la necesidad de viajar que la naturaleza ha puesto en ellos. Es indudable que acudirán cocotas, que las mujeres harán *toilettes*, que tendremos una parodia de Monte Carlo, pero no creo que acuda esa sociedad elegante, frívola, cosmopolita, que pone la nota de verdadera elegancia.

Se exaltó Alfonso: todos estaban dispuestos a no decir más que vulgaridades. Estoril tenía condiciones para ser un centro de elegancia. El tren directo de París a Lisboa, la proximidad a Madrid, su situación respecto de América, atraerían a él toda

la sociedad elegante de ambos mundos, cansada ya de la Ribera. Lo que se necesitaba era comodidad, tener el gran centro necesario para ella. La inspiración de construir allí los magníficos edificios y dotar a Estoril de todos los adelantos, era una inspiración genial, que engrandecía a Portugal y que sólo la parcialidad o la envidia podían combatir. Alfonso, como ingeniero de las obras, conocía el inmenso esfuerzo, el derroche de energía y de dinero que estaban llevando a cabo. ¡ Cuantos miles de duros se habían sembrado en aquel Parque que florecía a sus pies! Se había desviado de su curso un riachuelo para dotar de agua los jardines y hacer aquellos arroyos y aquellas fuentes; se habían plantado aquellas deliciosas avenidas de cedros, de mimosas y de palmeras. A la espalda del Casino, entre los pinos y los eucaliptus, se formaban plazoletas y se cuidaban flores; todo el bosque se iba poblando de lindos hoteles entre los que se abrían caminos cómodos y alcantarillados.

Era una ciudad que nacía.

Bernabé rió de nuevo del entusiasmo de su amigo.

— Veo que te has hecho portugués.

— No lo creas. En primer lugar esto no es portugués. Es internacional. Acuérdate de la Ribera; de la Costa Azul, y dime si no es uno de aquellos pueblecitos que van de Génova a Tolón, que ha tenido el capricho de trasladarse a este sitio. Además te confieso que me aburro aquí solo; tanto que, en cumpliendo mi compromiso, abandonaré este sol y estas flores por el frío de Madrid, donde me esperan mi familia y Aurelia.

— ¿ Siempre Aurelia?

— Siempre.

— ¿Y no tienes aquí ningún entretenimiento?

— ¿Para qué, si no amo a nadie más que a ella?

— Eso es demasiado transcendental. Se puede amar a una y distraerse con todas. Lo contrario es pedir demasiada fortaleza al hombre entre tantas mujeres bonitas como lo rodean. Yo quiero mucho a Isabel, pero no resisto a la tentación de las otras, me dejo llevar de ella siempre que puedo. Casi todas las mujeres me gustan, unas por rubias, otras por morenas; la que no tiene la cara bonita tiene los pies, el rostro, el cuerpo... Son animalillos deliciosos.

— Y así, lo que sucede es que no amas en realidad a ninguna.

— ¡Vaya si amo! ¿Qué duda cabe? Es que amo a mi manera y así ni me desespero ni me aburro nunca. ¿En qué pasas tú el tiempo?

— Tengo que trabajar toda la mañana, por las tardes me doy largos paseos; suelo entrar en el casino de Monte Estoril, y por la noche, si no hay nadie conocido, me acuesto temprano, leo un rato. Ahora tengo aquí unas amigas y hacemos sesiones de espiritismo.

— ¡Demonio! ¿Te has hecho espiritista?

Alfonso se detuvo y dijo:

— Espiritista no... no lo soy aun... siempre había tomado eso como un juego... pero no quiero negarte que ahora estoy inquieto.

— ¿Cómo?

— Hay algo que se escapa a mi razón, que no puedo resolver con claridad... unos fenómenos inquietantes.

— Estás loco.

— Creo que lo estaría si pensara demasiado en ello. Precisamente, en mi viaje al Brasil, vi en Rio Janeiro unos manicomios cuyo mayor contingente eran espiritistas. Pobres gentes que leyendo y estudiando esos misterios, ridículos unas veces e interesantes otras, habían perdido la razón. La mayoría eran locos pacíficos, a los que el médico conducía habilmente no contrariando sus manías. Lo raro era que todos coincidían en un punto; afirmaban que su locura consistía en haber recobrado la memoria de otra existencia y no saber quiénes eran en esta nueva encarnación. Los que decían que eran músicos, o reyes o actores, es que lo habían sido en efecto. Te juro que el espectáculo de aquellos locos, tan cuerdos en todo lo demás, era muy triste.

— ¿Y qué decía el Doctor?

— Lo atribuía a la influencia de estudios y lecturas complicadas, obrando sobre cerebros débiles, los cuales no resistían las impresiones que provocaban. Yo he pensado muchas veces si no debía asistirlos un médico espiritista, que pudiera entenderse con ellos.

— Ese sería un loco con autoridad para aumentar la locura de los otros.

— ¿Pero es que realmente están locos?

Bernabé miró a Alfonso con cierta desconfianza.

— No creas que estoy loco también — dijo este, recogiendo la expresión de aquella mirada — pero hay que no ser intransigentes con lo que no se comprende. ¿No te dice nada el desarrollo, cada día creciente del espiritismo, que está substituyendo al sentimiento religioso?

— Eso no te extrañe. El hombre necesita creer en la inmortalidad. Las religiones espiritualistas

están ya desacreditadas por que abusaron demasiado del cielo y del infierno, como medio de sacar misas y auxilios materiales. Son pocos los hombres que tienen serenidad para ver de frente la verdad sin inmutarse. Le hemos negado el alma a los animales, y a veces hasta a las mujeres, y queremos que la nuestra sea inmortal. Nuestra soberbia no se aviene a dejar de existir; por eso las religiones tienen que ofrecer un *más allá* para tener adeptos. Pero hay que aceptar con valentía la verdad de que lo único que no muere es la materia; en su eterna transformación, y creer con el poeta alemán que la inmortalidad la inventó un enamorado o un orondo burgués, lleno de cerveza, que no se resignaba a dejar de existir.

— Siempre he pensado yo también así, ya lo sabes. Pero es extraño el número de hombres ilustres que sostienen las teorías espiritistas. Entre ellos están Flammarion, Zolleer, Rochas, Carlos Richet, Maeterlinck, Williams Crookes, Jules Claretie, Adolfo Buisson, Gustavo Le Bon y tantos otros que han escrito estudios y libros impresionantes, sobre esta materia, desde "Las Apariciones Materiales de Vivos y de Muertos" de Gabriel Delanné hasta los "Problemas Psíquicos" de Flammarion.

Bernabé meditó un momento.

— Eso es lo raro — dijo.

— ¿Ves como comienzas a vacilar? Hoy el espiritismo está extendido, crece de día en día. Se multiplican los adeptos, se devoran los libros que exponen sus teorías y se buscan los fenómenos que pueden estar al alcance de todos. Para mí lo bueno que tiene es el ser una religión experimental, puesto que no exige la fé ciega y arbitraria. Todos.

podemos investigar, buscar. El fenómeno está a nuestro alcance.

— Pero la explicación, no.

— Tratemos de buscarla.

— ¿Para qué? ¿No crees que hay bastantes problemas en la vida, de resolución apremiante, para que tratemos de complicarla con disquisiciones inútiles?

— Debes tener razón, pero el fenómeno existe; una vez que nos acercamos y lo conocemos nos incita a seguir buscando. Para muchos llega a ser una necesidad.

— Para otros un juego, donde encuentran emociones.

— No te lo niego.

— Además no faltan los farsantes que aprovechan la oscuridad de las sesiones y que, para gozarse en la sorpresa de los otros, fingen fenómenos que no existen.

— ¿En qué religión no encontramos falsos sacerdotes?

— No elevas a religión el espiritismo.

— ¿Qué más da el nombre? El hecho es cierto.

— Pero en ese hecho entran muchos factores. La guerra, las epidemias, las revoluciones han exterminado la humanidad en estos últimos años. Los que sobrevivimos debemos considerar un milagro nuestra existencia. Somos los supervivientes de una edad histórica, de una gran catástrofe. Lloramos la desaparición prematura de tantos seres queridos, que, sin fé religiosa, nos inventamos, para consuelo, una nueva fé. Eso es todo.

— ¿Pero y los fenómenos?

— Hijos nuestros. Fluidos magnéticos, fenóme-

nos hipnóticos, *el yo subconsciente*. . . Nada sobrenatural.

— Eso desde luego. Nada de lo que existe deja de ser natural puesto que existe. La ciencia no niega ni explica estos fenómenos.

— Si, y esa duda la aprovechamos para probar la existencia de los espíritus. La eterna preocupacion de la humanidad desde los tiempos primitivos que vuelve a recrudecerse en una crisis mas aguda, por que ya no somos ingenuos. Dejemos eso y vamos a continuar nuestro paseo por la Ribera.

— Vamos. Pero aqui vienen D.^a Juanita y D.^a Elisa. Déjame que te las presente.

Las dos señoras formaban una pareja extraña. Una alta y voluminosa, con las piernas delgadas y los pies pequeños, lo mismo que los brazos y las manos; el cuerpo aparecia descomunal, con el pecho tan abundante que se unia a la barriga apretada con el corsé, para formar el talle en el nacimiento de los muslos. La cabecita pequeña, de rizos dorados, gallardamente sostenida por una garganta blanca y delgada, parecia superpuesta en aquel enorme cuerpo, capacet de tortuga, del que salian extremidades débiles y delicadas. Joven y fuerte D.^a Elisa no parecia sentir el peso de su carne y se acercaba saltando de un modo a la par gracioso y grotesco, que le hacia asemejarse a esas niñas que se visten de mujeres y se ponen la almohada de la cama bajo el cuerpo del vestido de su mamá. Parecia que aquella carga no era suya.

La otra, de regular estatura, delgada, de una apariencia nerviosa, ágil y grácil, el rostro de facciones acentuadas, la boca grande, la nariz respingona y los ojos grandes y negros. Su fealdad era caricatu-

resca y ella la hacia valer exagerando sus defectos, con el arte de las feas, que saben sacar partido de su tipo. Muy pintada de rojo y negro, labios mejillas y ojos, tenia el aspecto de una muñeca de diez céntimos, como la llamaban sus enemigas, *Boneca de Pataco*, pero su risa, su animación, solian hacerle aparecer bonita de vez en cuando, entre sus collares de cuentas de colores y los grandes pendientes de coral y filigrana de oro que formaban marco a su rostro.

Alfonso hizo la presentación de su amigo, abogado español, que venia a pasar unos días a su lado, a instancias suyas; a las señoras, esposas de dos oficiales, a la sazón en Africa, cuya ausencia no parecian sentir ellas mucho, según lo dispuestas que estaban siempre a la risa y a la danza.

Juanita suspiró graciosamente.

— ¿Y qué he de hacer? La vida es la vida. El volverá.

— La verdad es—dijo Bernabé—que no se acreditó de buen gusto al marcharse y dejar unas mujeres tan bonitas.

Ellas no rechazaron el cumplido.

— Los hombres son todos lo mismo, dijo Elisa. ¿Acaso no están ustedes aquí también lejos de sus mujeres? Los nuestros son de carácter inquieto, navegantes, aventureros...

— No es culpa de ellos — atajó Juanita — Miren ustedes el mar. Está como invitando a cruzarlo, tan verde y tan sereno.

Parecia en efecto el mar una decoración de teatro. Estaba como solidificado en su inmovilidad y una multitud de barquitos de pesca, con velas blancas unos y azafranadas otros, diseminados en

grupos, parecían esos barquitos de papel o de trapo que hay en los estanques. Era como si los hubieran ido colocando allí, a mano, para decorar el mar.

Juanita no les dió tiempo de reflexionar.

—¿Van de paseo? Los acompañaremos. Pero vamos por aquí, por medio del Parque, no me gustan las palmeras con sus grandes hojas de papel picado.

—No digas eso — atajó su amiga — “La palmera es entre los vegetales lo que el estilo gótico en la arquitectura” — siguió sin tomar aliento para repetir aquella frase hecha.

—Es que yo aborrezco el gótico — saltó Juanita — No me gustan esas santas sin cuerpo ni alma y esa arquitectura que sólo sirve para la divinidad, que no necesita comodidades. No quisiera un sepulcro gótico, porque debe ser incómodo hasta para los muertos.

— Un amigo nuestro, que estuvo aquí unos días, — intervino Alfonso — decía que las hojas de las palmeras le parecían como espadas prontas a cruzarse en un duelo. Bien es verdad que no hay nadie como él para encontrar las imágenes atrevidas. Me decía que el mar le parecía una gran sopa de marisco.

— Un poco salada de más — dijo Elisa.

Los dos amigos se colocaron al lado de las señoras y continuaron su paseo. Ambas rivalizaban en su charla incesante, tomando en serio su papel de cicerones. Iban señalando una a una todas las casas para decirles el nombre de los moradores, que no conocían ni les importaban.

--Aquí vive el Doctor Oliveira, casado con una hija de Enriquez. La otra está casada con Moreira de Luso.

— Esa es la casa del Conde Marin; ha hecho obrar al lado esa otra para su hija casada con el diputado Vasconcellos.

— Vean esa verja de hierro. Es del palacio de la Duquesa de Palmela. Fué muy amiga del Rey D. Luís, su padrino de boda.

— El la casó con el Duque.

— Fué siempre muy generosa. Esa casa de la derecha se la regaló a su médico y mas allá hay otra que le ofreció a su escritora favorita.

— La Marquesa, se parece poco a su madre.

— ¿Ven ahora la via férrea como divide el Parque? Antes estaba unido al castillo. Es un dominio real; la Duquesa tenia la primera fortuna de Portugal.

— Miren este otro palacete. Todo son chimeneas. Tiene calefacción en todas las habitaciones.

— ¿Y cómo no tiene calefacción central?

— La chimenea es lo clasicamente portugués.

— La chimenea decora la habitación y hasta la casa. ¿No han estado ustedes en el Algarve? Allí la chimenea es un elemento esencial de decoración. Hay mucho lujo en las chimeneas. No se ven dos iguales.

Así andando, andando, entretenidos por la charla habian dado la vuelta a la ribera y llegaban a Cascaes. El pueblecito de pescadores dió origen a nueva disputa entre las dos amigas.

Elisa se quejaba de que todo era allí feo, irregular, pequeño y sucio; Juanita salió a su defensa.

— Este es el pueblo donde se vive y se trabaja — decía — el pueblo del pueblo; los que nosotros habitamos están formados por villas burguesas de reposo y de recreo, donde viven los que gastan y no producen. Este es de los que trabajan para sostener a los otros, y no puede estar tan cuidadito.

— Si, pero no es eso, no es eso — respondia Elisa — En estas casas tan feas vive el verano toda la alta sociedad portuguesa. Fué la Reina D.^a Maria Pia la que trajo para acá la corte. De haber vivido D. Carlos, Setubal destrona a esto. El preferia Setubal, alli enfrente, en esa tierra que ven ustedes en la otra ribera.

Bernabé se paró ante una linda casita andaluza, con rejas y balcones, que hacia esquina a un jardincillo en triángulo, pequenín, bien cuidado, con una fuente sembrada de conchas, cuyo surtidor, en pirámide, estaba cubierto por un pequeño paraguas de metal. Tenia azulejos antiguos subrayando las aristas de los paseos empedrados y en un extremo un hermoso delfin de piedra, arrancado de algún monumento. Era una casa sevillana que despertaba el deseo de conocer a los moradores.

— Es estilo antiguo portugués — dijo Juanita, sin comprender el interés del joven.

Cruzaron varias calles entretenidos en ver los escaparates, donde había medias de lana y mantas y telas burdas: el vestido del pueblo. Se detuvieron largo rato frente a uno lleno de esos extraños objetos de loza de las Caldas y llegaron a la plaza, donde está el Ayuntamiento, ostentando como distintivo el asta bandera, el reloj y las dos campanas de vieja iglesia en su portada.

Pasaron hasta el final de la ribera, bordeada de magnificos hoteles con espléndidas terrazas, hasta llegar a la ciudadela. Allí se formaba una ensenada con embarcaderos a los que conducian escalas colgantes desde lo alto del malecón. Al fondo se divisaba la Sierra de Cintra, con sus picachos gris pi-

zarra, tendidos en una gradación de tonos violeta, hasta perderse en el mar.

Las exclamaciones de las damas, deseosas de lucir su estro poético, estropeaban la emoción del paisaje. Había varios cafés, con títulos pomposos y Alfonso propuso entrar en el de la gran plaza, que lo seducía con su fachada de azulejos representando santos, con ese azul de azulejo límpido y luminoso, y las ventanas de persianas de madera clavadas en rejilla, como las celosías de los antiguos confesionarios, el local, con sólidas bóvedas románicas, dividido por sus pilares; las ventanas anchas, cuadradas, de vidrios pequeños y postigos de tabla; el mostrador en ángulo, ante la estantería de botellas, sostenía la cafetera, colocada sobre el hornillo, cuyo humo había ennegrecido la pared. A un lado varias sillas de Vitoria y mesas cubiertas con mantel indicaban el restaurante, y al otro cuatro mesas, con piedras de mármol, desiguales en clase y tamaño y sillas de madera claveteadas toscamente, señalaban el café. Todo aquello tenía un aire de exotismo que Juana se cuidó de explicar.

— Antes de la República este era el palacio de un Conde.

Se sentaron frente a la ventana y se entretuvieron largo rato en contemplar los juegos de los chicos descalzos, sucios y en cueretes, que subían y bajaban a una barca varada en seco, en medio de la plaza, cerca de aquella única palmera alta, con las raíces fuera de la tierra, que se mecía de un modo melancólico. Cruzaban coches y automóviles con los innumerables turistas que venían de Lisboa a visitar el *Infierno*. De vez en cuando cruzaban grupos de inglesas y alemanas, con ese aban-

dono propio de ellas, que parecian tan aisladas, tan sin fijarse en nada, caminando y conversando entre si con gran aplomo por que se sienten siempre en su país.

De pronto las dos señoras se levantaron; y salieron corriendo a saludar a una dama portuguesa que pasaba rodeada de nodrizas y niñeras.

— Aquí no hay que temer la despoblación; hay muchos niños — observó Bernabé, mientras el camarero, embutido en un viejo frac con brillos, volvía a llenar su largo vaso de refresco de granadina y agua de Castello.

— ¿Y qué te parecen estas señoras? — preguntó Alfonso.

— De Elisa no hay que hablar; es demasiado voluminosa.

— Noto que te interesa Juanita

— Es encantadora para una tarde, pero insostenible para dos. Es un libro cuyo desenlace se adivina en la primera página.

— No digas eso, amigo mio, que en Juanita hay mucho que sorprender.

— ¿Qué quieres decir?

— Que tenemos que conquistarla.

— ¿Con qué objeto?

— Es una medium maravillosa y pocas veces logramos que acceda a hacer experiencias.

— ¿Por qué?

— Dice que siente como si la desnudaran de su carne para dar vida a las entidades que se presentan. Se pone enferma, y se niega a actuar.

— Es inhumano obligarla en esas condiciones.

— No lo niego, pero es preciso que tú veas una sesión y te convenzas de los fenómenos.

—¿Y os fiáis de Juanita?— (yo quito el terrible *doña* portugués, delante del nombre de una mujer tan joven—) conociendo lo de novelesco que debe haber en su carácter.

— Los fenómenos son absolutamente ciertos; a pesar de su frivolidad no es capaz de tener bromas en ese terreno. Su nerviosismo hace de ella un médium maravilloso. Tú mismo lo verás.

— Será preciso someterse al experimento, aunque te advierto que es inútil que me quieras convencer de una cosa a la que soy refractario.

—¿Llegarías a negar lo que vieses?

— No; pero no por eso me explicaría el origen de mis visiones, como producidas por espíritus.

— Bueno, vamos a convencer a Juanita para hacer una sesión y luego hablaremos.

II

La iniciación

Aquel Gran Casino de Monte Estoril era solo un pequeño hotel, capaz para una familia poco numerosa, que se había habilitado, pomposamente, para círculo de extranjeros; donde se jugaba a la ruleta y se celebraban bailes los días festivos.

La pequeña terraza, en la que apenas cabían una decena de veladores de hierro, pintados de verde, estaba siempre llena de extranjeros.

A la hora del sol, una veintena de inglesas, y americanas, sentadas en sillones de palma, adosados al muro, mataban su *spleen* haciendo labores de diversas clases, con un fervor de obreras a destajo.

Se diría que no veían el espléndido paisaje que se extendía ante ellas, según lo absortas que estaban en su labor.

— ¿Parece que ya las conocemos a todas, verdad? — dijo Alfonso — Son las mismas que encontramos en Niza, en Montreuil y en todas las estaciones invernales.

— No sé por qué me parecen siempre enfermas que buscan un sanatorio risueño.

— Pero fijate en que los tipos y las toilettes, apesar de las variaciones de la moda, son los mismos siempre.

Los dos pasearon la mirada por los trabajos que las damas tenían entre sus manos, grandes, morenas y tostadas del resol y el aire marino. Una terminaba un delicado pañolito de encaje; la de más allá bordaba un camino de mesa en grandes ojetes de encaje inglés; otra hacia una tira de crochet, imitando la malla y esta bordaba sobre grueso cañamazo una labor de rafia para hacer un saco de mano.

Tenia razón Alfonso; eran los tipos de siempre. Daban todas una sensación de fuerza y de agilidad, hasta aquellas que estaban demasiado gruesas. Mostraban esa carne curtida de las inglesas que parece empezar la momificación antes de morir, las piernas largas, los cuerpos enjutos, las gargantas de nervios tallados y los ojos grises o azules de escasas pestañas, como desteñidos y muy lavados. El cabello debía ser para ellas una cosa molesta, según lo llevaban siempre tirante y recogido, dejando escapar, a lo sumo, un rizo sobre la frente. Eran como cabezas de escaparate, inexpresivas. Unas con los cabellos blancos de plata, bajo un sombrero negro, de campana; otras con las trenzas color de lino, cubiertas por un sombrero blanco de cinta azul o bien de tul o de gasa. Se encontraban todos los matices menos el negro, el castaño y el rubio ardiente de las meridionales.

Los vestidos simples; cómodos, casi todos de estilo sastre, muy masculinos, con cuellos blancos.

y corbatas, o bien jersey de punto, de todos colores, y, como característica, los grandes zapatos anchos y sin tacón. Había viejas de cuerpos cimbreantes esbeltos y de carnes rosa, vestidas de blanco y de celeste. Damas delgadas de cabellos blancos, que lucían espléndidas dentaduras nacarinas y jugaban al aire sus bastones, con gesto infantil.

Poco a poco se animaba la terraza hasta parecer que no cabría tanta gente. El único camarero, vestido de americana corta, empezaba a servir los tes.

Llegaban jovencitas con la raqueta del tennis en la mano, con faldas blancas, plegadas en acordeón y jersey de punto en todos los alegres tonos rosas, azules, lila, verdes o de rayas amarillas y negras. Venían agitadas, cansadas; con las mejillas encendidas y ese aspecto inocente y cándido de las inglesas jóvenes, que se confunde, fácilmente, con la expresión del candor y la pureza.

Era la época de su belleza, de su efímera juventud blanda y rosada, que ya empezaba a acusar el tono de carne en conserva. Venían con ellas los jovencitos de gabanes con trabillas y rostros caricaturescos, que hacían gestos de mono cuando se esforzaban por reír, como si fuesen gentes que aun no hubiesen conquistado la risa.

Pero lo que apagaba todo era la fuerza del paisaje. Aquel sol que cegaba, que ardía, que hacía aparecer calcinada por sus llamas la fronteriza costa de Peniche y el Cabo Espichel.

Todos aquellos hoteles y villas parecían haber hecho esfuerzos para encaramarse en la altura buscando el ver mejor. Todos tenían grandes lentes:

balcones, miradores, terrazas y galerías para ver mejor. Algunos llevaban *Zeiss* con sus altas torres de alcuza.

Era un paisaje tropical, un paisaje de África, del Cairo, con todas aquellas palmeras frondosas mezcladas a los pinos rústicos y espartosos, los cenicientos eucaliptus y los cactus el árbol toscó, rudo, pesado, el árbol reumático, de hinchadas coyunturas, exuberante de savia estéril, para no dar flor más que un instante al cabo de los quinquenios y marchitarse sin fruto.

Las pitacas y las flores pomposas de las cortinas silvestres, con los florones magenta entre las pencas carnosas, vestían todo el ribazo. Así como en Estoril dominaban el verde y el amarillo — amarillo enamorado de sol — con el frondoso trébol amarillo y los quitasoles japoneses de las mimosas, que buscaban la luz del sol; en Monte Estoril dominaban el verde y el grana, con todas aquellas flores rojas, los ramos encarnados de los ursos, que parecían corales fuera de las ondas, y hasta los tejados de las casas, anacrónicos allí, país sin nieve y sin lluvias, que debían tener terrados y azoteas, como Andalucía o minaretes tangerinos.

Sobre todo, el mar. Aquella playa de arena, donde permanecían amontonadas las casetas de verano, cuando todo el año invitaba a bañarse la eterna primavera. Se tendía el mar allá a lo lejos, con algo de aspecto de lago, todo lleno de aquellos barquitos de velas latinas, blancas o azafranadas, armados en goleta y en balandro, que formaban caprichosos grupos, poblando todo el espacio. De momento en momento pasaban barcos de alto bordo: faluchos, bergantines, vapores y grandes

trasatlánticos, que entraban y salían del muelle de Lisboa, o cruzaban a los lejos por la carretera marcada en el agua. Y tendían al aire un ensueño de humo.

Era un continuo desfile de la vida por el agua y por la tierra; allá abajo, en el camino, se veían a través del festón de geráneos, glicinas y claveles que cubrían la baranda, cruzar los carruajes, los automóviles, mezclados con los primitivos carros de mulas y de bueyes, con las ruedas sin radios, desvencijados, que guiaban los hombres morenos, de barretina negra, como si llevaran una manga de colar café en la cabeza.

En un momento la coincidencia de los vapores, los aeroplanos y el tren, que cruzaba allá bajo, a la orilla del agua, hizo exclamar a los dos amigos:

— Esto es demasiado bonito, se parece a una lámina de los libros ilustrados, que enseñan a los niños las aplicaciones del vapor.

Pero en seguida se arrepintieron de su apreciación.

— No, no somos justos. Hay en todo este paisaje una fuerza tan bravia y natural que lo librará siempre del amaneramiento.

El carácter de Bernabé, menos contemplativo, se impuso. Empezó a mirar a las inglesitas, que permanecían indiferentes, y a algunas niñas portuguesas que se ruborizaron de sentirse miradas.

— Decididamente prefiero a las portuguesas — dijo. — Tienen ojos oscuros, color tabaco, ojos danuncianos, donde cabe la esperanza de quedar retratado como en una cámara oscura. En las otras no encuentro el fondo; son como ojos de cristal, huecos, donde todo lo que miran resbala.

Fijaba com insistencia la mirada en una adolescente portuguesa, de grande ojos pardos y facciones rafaelescas, de la época en que el pintor de Urbino retrataba a las lindas Donni.

— No se debe jugar com el amor — reprendió Alfonso — Es cosa que siempre causa disgustos.

— No lo creas.

— ¿No amas a Isabel?

— Te diré... Isabel es minha prima. Una prima en nuestra provincia es como una esposa obligatoria. La quiero como a mis hermanas, mas aún porque véo en ella la que va a ser mi compañera... a suffirme. . pero eso no impide que me apasione con frecuencia de todas las mujeres bonitas. Tengo demasiado corazón. Puedem amarse dos mujeres a un tiempo y si me aprietas hasta a más de dos.

— Eso es que no te has enamorado aún de veras.

— Y puede ser que no me enamore jamás de esa manera.

— Yo en cambio no tengo más pensamiento que reunir lo necesario para casarme y tener siempre a mi lado a Aurelia.

— No le temes el casamiento? A mi me aterraria si pensase en el amor como tú. Yo estoy acostumbrado a ver vivir a Isabel en mi casa, al lado de mi madre. Cuando nos casemos no ha de influir ni más ni menos que ahora sobre mi. Pero le temeria a casarme con otra mujer que viniera de pronto a introducirse em mi vida. Se me representa como una visita que no se ve nunca. Por agradable que sea ha de acabar por cansar verla siempre; a las horas de comer, al levantarse, al acostarse, y preguntarse con inquietude: "¿Pero está aqui esta mujer

todavía? ¡Siempre!" Creo que en el amor tienen inmensa ventaja los amantes. Ningun amante célebre ha sido casado.

— Es lo mismo cuando se ama como Aurelia y yo nos amamos.

— Ahora me va gustando más la inglesita — interrumpió Bernabé.

Estaba verdaderamente bonita, casi tendida al sol en la butaca de mimbre. El *Daily Mirror* caído perezosamente sobre la plegada falda blanca, algo levantada para dejar ver las fuertes piernas de adolescente. Se había quitado el sombrero y tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. La brisa demasiado viva, que empezaba a pasar su cepillo para limpiar de barquillos la superficie del mar, jugaba con los rizos dorados. Debía sentir como una caricia voluptuosa en la raíz del cabello, y reía enseñando los dientes blancos donde jugaban lucecillas y su garganta mórbida y larga se henchía de risa.

De vez en cuando la mano aproximaba a los labios un cigarillo perfumado, que mantenía largo tiempo, como si lo mordiese y lo besase. Era una manecilla blanca, ensortijada, con uñas brillantes y bruñidas, que puesta de plano, lucía toda la belleza, sujetando entre el dedo índice y el del corazón el cigarrillo.

— No creo que sea inglesa. Me parece alemana.

— Si oyéramos lo que habla... Yo entiendo el alemán.

Solo se oía la risa de la muchacha que hablaba con su compañera, una dama de cabello blanco, tez encarnada, que aprisionaba en una falda de muceta, especie de bayadera, su cuerpo de tubo.

En la mesa de al lado acababan de tomar el te tres señoras portuguesas. Una de ellas, morena, de ojos negros y vivaces, cabellos de ébano y tez plateada, llevaba un brazal con la inscripción "Muerto por la Patria" que indicaba el origen de sus ropas de duelo. La segunda tenia un tipo extraño: alta, elegante, de hermosos ojos y mirar inteligente, llevaba el cabello cortado en melena que agitaba con un gesto resuelto y gracioso, en el que se aliaban la gracia femenina y algo de ingenuamente pilluelo e infantil. La tercera era una jovencita pálida y rúbia, de lindos ojos verde mar.

Las tres damas, tan pronto como el camarero retiró el servicio, pusieron las manos sobre la mesa formando cadena entre si. La chicuela reía.

No habia pasado un minuto cuando la mesa movió una de las patas en el aire.

— ¿Estás ahí? preguntó en voz baja la enlutada. La mesa dió un golpe.

— No es ocasión de hacer esto aqui — dijo la otra joven.

— ¿Quieres decir algo? — insistió la primera, sin hacer caso de su amiga.

Nuevo golpe.

— ¿Quieres que escriba Virginia?

Golpe.

Sacó de la bolsa de mano una pluma estilográfica, con aplicaciones de plata y la puso en la mano de su amiga. Luego quitó la hoja en blanco de una carta y se la ofreció.

Reinó un momento de silencio entre las tres. La inglesita seguia riendo y fumando; un grupo de muchachitas con gorras de sport charlaban apoyadas en el borde de la baranda de la terraza.

Unos chicuelos desarrapados, negros y sucios, les tendían la mano desde el camino, implorando una limosna. Más allá un viejecito de larga barba blanca encorvado, de esa manera especial que tienen de inclinarse a tierra los viejos portugueses, se esforzaba por levantar la cabeza hasta la terraza apoyándose en su largo palo.

Bernabé estaba atento a lo que pasaba en la mesa cercana. Virginia escribía como una autómatas, con la vista fija en el mar. De pronto la pluma se escapó de su mano. Las dos amigas cogieron la hoja. Por un momento se unieron las tres cabezas en el deseo de decifrar lo escrito y se separaron con desilusión.

— Son letras sueltas.

— No se entiende una palabra.

— Es un idioma extranjero.

— ¿Qué has escrito aquí?

— Debe ser alemán.

Entonces la enlutada, que había escuchado la conversación de los dos amigos, dijo audazmente a Bernabé:

— ¿Podría V. traducirnos esto, caballero?

Él se levantó, tomó el papel que le ofrecía y leyó:

“Que Freken no me olvide. El misterio del mar es como el misterio del corazón humano”

Devolvió el papel a Virginia y le dijo:

— Ha escrito V. una poesía... alemana.

— “Que Freken no me olvide!” — repetía la jovencita. — Este es un pobre espíritu que ha venido aquí siguiendo alguna de estas alemanas.

— Yo no entiendo el alemán y no sabía lo que había escrito, — aseguró Virginia.

Bernabé tuvo una sonrisa de duda. Entonces.

ella profirió, con gran seriedad, el juramento frecuente entre los portugueses:

— Doy mi palabra de honra.

— Me obligará V. a creerla.

— No le quepa duda, — aseveró la enlutada.

— Y al menos — agregó, con cierta altivez, Virginia — hagame V. el honor de creer que yo, pensando por mi cuenta, no sería capaz de escribir semejante vulgaridad.

Saludaron con un ligero movimiento de cabeza y se alejaron, repitiendo casi a coro, en tono apagado:

— *Muito obrigada.*

Los dos amigos entraron en el casino. El contraste del interior con el exterior era demasiado brusco. Daba la impresión de barracón de madera. Un salón largo, estrecho, con la pared tapizada de papel de listas marrón, en dos tonos; decorado con cuatro vulgares tapices en los testeros; algunos aparatos desiguales, de un mal gusto ostentoso, para la luz eléctrica. Estaba dividido por un largo biombo, de vidrios encarnados. En el lado de fuera había un sofá, unas butacas de tapicería roja y varias sillas de comedor, en madera, con clavos dorados. La otra mitad la ocupaba la ruleta.

Nada tan pobre, tan triste, tan desanimado como aquel simulacro de gran casino. Era sórdido el local, sin luz, sin una ventana, sin nada que hiciera sospechar la espléndida hermosura contemplada en la terraza.

Los banqueros sentados en dos sillones, colocados sobre unas tarimas de tabla, para que estuviesen mas altos, operaban con una sórdida lentitud. No se oía el alegre "Hagan su juego señores" y el "No va más" tan continuamente repetido, que tenían

costumbre de escuchar en los grandes casinos. No se veían monedas de oro ni plata sobre el tapete. Se cambiaban los billetes por fichas de 200 *reis*, que daban mayor sensación de pobreza.

Los jugadores hacían las posturas y cuando la bolilla dejaba de correr y caía en el número afortunado, uno de los dos hombres lo murmuraba en inglés y barria con la raqueta las fichas, con cierta torpeza, como si limpiase el mantel de una mesa antes de servir el café.

Estaban allí casi todas las personas que habían ido desapareciendo de la terraza y muchas otras que no vieron entrar. Apergaminadas viejecitas, gruesas matronas, severas damas, con sombreros y trajes elegantes, de manos ensortijadas, jugaban sentadas alrededor de la mesa. Detrás de ellas mariposeaban aquellas niñas que venían de jugar al tennis y que apuntaban también los números, absortas en las peripecias de la ruleta.

No faltaban jovencitos y cotorrones que jugaban fuerte y coqueteaban con las señoras que estaban cerca de ellos.

Alfonso se aproximó, cambió un billete y vio desaparecer, en pocos minutos, todas sus fichas barridas por la raqueta del banquero.

Entonces los dos amigos salieron, descendieron la escalerilla, adornada de macetas de claveles, y se cruzaron con las inocentes Misses y Fräuleins que bajaban alegremente, raqueta en mano, como si jamás hubiesen pisado una sala de juego.

Pero Bernabé no pensaba ahora en ellas. Iba preocupado y Alfonso le oyó murmurar.

—¿Si será cierto que aquella señora no sabe alemán?

III

La mesa habla

El comedor del Hotel, tan silencioso e íntimo de ordinario, tenía aquella noche un aspecto inusitado de ruido y de elegancia. No parecía el comedor familiar, un poco de sanatorio, que era habitualmente.

Los huéspedes, escasos, se conocían todos: un ingeniero francés con su esposa, alta, rubia, con rubio de albaricoque, que ponía el mismo tono en su cabello y en su carne; una dama brasileña, perseguía con ternezas, que él parecía no notar, a un ingeniero belga, y causaba la diversión de todos los que la observaban; una señora portuguesa, de cabello blanco y aspecto hombruno; un vizconde francés, muy anciano, al que acompañaba la ex institutriz de sus hijos, como una especie de ama seca, cuidándolo igual que a un niño, con aquel tipo de institutriz de novela, recta, seca y angulosa. El vizconde no salía de su cuarto, hacia versos que enseñaba la institutriz. En ellos cantaba la be-

lleza del Tajo y de la naturaleza en Estoril, con todo entusiasmo, pero los acababa siempre quejándose de la dureza de las camas portuguesas, y haciendo rimar, con toda seriedad, la belleza del cielo *puro* con el lecho *duro*.

Después de comer no quedaba mas recurso que meterse en la cama, o conversar un rato en el pequeño Hall donde había una vitrina con objetos de perfumeria, un sofá y unas cuantas butacas de gutapercha; o bien en el saloncillo de la mesa escritorio y el piano desafinado.

Aquel sosiego, aquella cosa provinciana, agradaban a Alfonso. Sobre todo era un Hotel limpio, donde se comia sano y abundante y donde no iba la gente de lujo que humillaba su modestia.

— El único defecto — le había dicho a Bernabé, al llevarlo en su compañía — es que cada semana hay criados nuevos. Yo siento el pánico cuando veo desaparecer al camarero. Me parece imposible que nuestro patrón pueda encontrar tantos camareros, porque los camareros no son hombres como los otros. Necesitan conocimientos de su arte y, sobre todo, tener frac. No sé de donde saca tantos hombres con frac, y pienso si él posee un almacén de fracs de diferentes tamaños.

Indudablemente la razón de la continua mudanza tenia origen en que tanto el patrón como su mujer entendian el oficio. Él había sido camarero. Algunas noches se complacia en narrar sus aventuras a los huéspedes: Salió niño de su región de Suiza, cercana a Lugano, donde se entronizaban el hambre y la *malaria*. Había empezado por hacer recados, por barrer los comedores, por lustrar los zapatos. Aún se acordaba con deleite del primer pan

blanco que habia comido en Ginebra y solia recomendar a sus huéspedes. "Es preciso ir a Ginebra para comer buen pan." Siempre rodando y ascendiendo pasó por toda Suiza, Francia e Inglaterra. Al fin habia ahorrado para comprar aquel Hotel. Se sentia contento, orgulloso de su esfuerzo, de haber triunfado de la miseria; pero sabia siempre ser amable y servicial. Contaba sus aventuras con la falsa modestia del triunfador, cuya miseria anterior avalora el éxito presente. Su sueño ahora era volver a la patria; gastar unos francos en divertirse, entrar como huésped en los hoteles donde habia sido criado. No lo pasó mal en ellos; fué venturosa aquella época, se divertia sin cuidados y ganaba dinero.

— Yo era un rapaz joven — solia decir — y las princesas caprichosas... bien comidas, descansadas... Siempre habia princesas en los hoteles de Suiza. Me hacian grandes regalos, porque sabia ser discreto y fingir que no las conocia nunca más.

Ahora habia echado el ancla en Portugal, por que tenia una hija con aquella mujercita activa y sumisa que continuaba llamándole *señor* y oia de pie en el pasillo, satisfecha y sonriendo, las historietas que él referia a los huéspedes.

Él se resignaba y solia hacer confidencias para explicar cómo después de las Princesas, habia elegido mujer tan modesta: — "La tenia de camarera en el Hotel cuando se marchó a Suiza la hermana que me acompañaba... Una mañana (no sé como fué) amanecí en su cuarto... Las manias que se le ponen a uno... Luego apareció la niña ¿Que iba a hacer? Así se encadena el hombre... ¡Es la vida!... la vida..."

Se dejaba llevar de su impresión para repetir con su sonoro acento de la Suiza italiana:

—É la vita, la vita, signore mio, che é cosí.

Los sábados y los domingos cambiaba el Hotel de aspecto. Venían artistas, gente alegre, parejas de ocasión, matrimonios burgueses, empleados que deseaban descansar fuera de Lisboa.

A veces iban personas importantes, periodistas, diputados. En ocasiones, hasta lo habían tomado como lugar de luna de miel y venían automóviles conduciendo a las novias con sus velos blancos, sus flores de azahar y el gran ramo con cintas blancas en la mano.

Otras veces entre la concurrencia se veían negros y mulatos, elegantemente vestidos, algunos con uniforme militar, que adquiría en ellos más valor y hacía resaltar galones y franjas de un modo arlequinesco, que recordaba esas máscaras que se tiñen la cara en carnaval. Alfonso decía que eran los frutos coloniales, aquella mezcla que iba invadiendo Portugal, y daba a ilustres y linajudos abuelos los nietecitos mulatos.

En ocasiones venía una de esas familias mestizas del Brasil, que hacían ostentación de sus riquezas, y entonces el hostelero realizaba milagros para que no les faltase nada de lo que se puede pedir en un gran Hotel. Resonaban en el comedor los taponazos del Champagne; y las botellas de viejos vinos de Colares, de Oporto y de Madeira aparecían tendidas en sus canastillos de palma como cañones en sus cureñas.

Esta noche todas las mesas estaban ocupadas y Bernabé miraba con atención a las mujeres con la

predisposición que le hacia encontrar en todas algo hermoso.

— Hay algunas mujeres muy interesantes — dijo. — ¿Conoces a esa rubia alta, que está sentada con esa dama de aspecto sereno y manos ducales?

— Es huérfana de un general.

— Tiene luz en los cabellos de oro. ¿Y aquella señora morena?

— Es esposa del caballero que la acompaña; acaba de llegar de Montevideo.

— Ya sabía que era americana.

— ¿Cómo?

— Lo que yo más observo en las mujeres es la boca. Diferenciaría las nacionalidades solo por la boca. Fíjate en la boca inocente, fresca y noble, de nuestras compatriotas. Esas boquitas un poco grandes, de fuertes dentaduras luminosas, de las portuguesas, con algo de lobeznas. Y esas bocas sabias y gesticulantes de las francesas.

Lo interrumpió la entrada de cuatro señoras, en las cuales conocieron a las tres espiritistas y a Juanita. Esta vino a sentarse familiarmente al lado de los dos amigos.

— Llega V. oportuna como siempre — dijo Bernábé. — Estaba rabiando por volver a ver a esas señoras y saber quienes son.

— Mis amigas íntimas. La más alta, Virginia, es una gran periodista, soltera y completamente dedicada al arte. La jovencita es su sobrina Adelaida y la otra señora morena, la viuda de un oficial muerto en la guerra.

— ¿Y la joven que está con Elisa?

— Es una pintora mejicana, parienta del Presidente de su República.

Bernabé se quedó mirándola. Tenía grandes ojos negros, espesas cejas; la forma de la boca en corazón, la nariz fina, el color cobrizo de la tez, los ojos alargados, en forma de almendra, le daban el aire de una mujer egipcia.

— La rodea una historia trágica — volvió a decir Juanita. — Su marido se suicidó después de dispararle a ella tres tiros en la garganta. Bajo la línea luminosa del collar de perlas se conservan las cicatrices. Le han extraído dos balas; la tercera no la han podido extraer porque está incrustada cerca del cerebelo y no puede operarse ahí.

— Tal vez sea eso lo que la hace tan interesante — repuso Bernabé. — Saber que lleva ese pedazo de plomo, con la amenaza de horadar y caer, como esas bolas de los relojes antiguos que caen fatalmente al marcar la hora, le da un aire de tragedia.

Cuando acabaron de comer, Juanita presentó los dos españoles a sus amigas.

— Ya nos conocemos de esta tarde — dijo amable Virginia.

— Y le aseguro, señorita, que no he podido olvidar un momento nuestro encuentro.

— ¿Le ha impresionado a V.?

— Extraordinariamente.

— Suceden fenómenos más importantes. Si Juanita quiere que hagamos una sesión de espiritismo, verá V. algo notable.

La proposición así, en voz alta, lanzada entre tanta gente, sorprendió a Bernabé. El había creído que las prácticas espiritistas tendrían lugar oculta-mente, en secreto, entre convencidos.

No era cosa nueva. Él recordaba, cuando niño,

allá en su provincia andaluza, que un tío suyo creía en el espiritismo. Una noche convencieron a su madre para que hiciera una sesión. Aún impresionaba su ánimo el misterio y el temor con que varias personas pusieron sus manos sobre la tabla de un velador, al que no lograron hacer moverse. Solo por aquello, su madre fué a confesar al día siguiente, se impuso duras penitencias, hizo desaparecer el velador y prohibió todo trato con el tío Vicente, como si fuese un relapso.

Le había quedado aquella idea de cosa perversa del espiritismo, del que hablaban allí como si se tratase de una partida de tresillo.

— ¿Dónde nos colocamos?

— Aquí mismo, en el comedor.

Virginia hablaba con tono autoritario de mujer acostumbrada a mandar. Los dos españoles tomaron asiento al lado de ella, frente a la mesa de tres patas, en torno de la cual estaban ya Juanita, la mejicana, un caballero que la cortejaba y era su acompañante continuo y algunas otras señoras. La Uruguaya mostró deseos de tomar parte, pero su marido se opuso. No quería promiscuidades con los espíritus y, poco galante, añadió que todo aquello se le antojaba una porquería. Sin duda evitaba más la promiscuidad de los vivos.

Ella se resignó de buen grado, encendió un cigarrillo y se dispuso a seguirlo al casino, donde pasaban el tiempo al lado de la ruleta.

Poco a poco habían salido todos del comedor. Algunos hubieran querido presenciar aquello; daban vueltas y se asomaban curiosos; pero Virginia ordenó enérgica:

— Que cierren la puerta.

Solo el camarero y la camarera encontraron pretexto de fisgar, fingiendo buscar algo en el aparador.

— Nos van a tomar por brujos — dijo una.

Tenian colocadas las manos sobre la tabla, formando la cadena magnética, unos dedos con otros. Apenas pasaron tres minutos la mesa se levantó de un lado, sin que nadie la tocara y dió un golpe con la pata en el suelo. Bernabé miró receloso a todos. ¿Quién era el que empujaba? Pero la mesa repetía los movimientos, haciendo una inclinación a cada uno, como si saludase. Había que admitir la verdad del hecho; no la empujaba nadie.

Alfonso, más ducho que él, por haber asistido a varias sesiones ya, se reía.

— ¿Qué dices de esto? — le preguntó.

— Es un fenómeno físico, como la electrización de un pedazo de papel, que se atrae y se mueve solo por el calor. Efectos del fluido con que penetramos la madera.

— ¿No la sientes como si se hiciese carne, como si palpitase bajo tus dedos?

— Siento la vida que le comunicamos.

Como una protesta, la mesa comenzó a moverse con violencia, a un lado y a otro. Las señoras se indignaron.

— Es preciso reconcentrarse.

— Tener fe.

— Estar correctos — exclamaron.

Bernabé se resignó a seguir la prueba y ver lo que iba a pasar.

Juanita, la medium, preguntó con voz queda.

— ¿Estais ahí? Un golpe, *si*; dos, *no*.

La mesa dió un golpe.

— ¿Quieres decir tu nombre?

— Si (contestó dando un golpe).

La mejicana propuso que el mejor medio para comunicarse era hacer una especie de ruleta con letras y colocar un vaso de agua en el centro de la mesa; este correría para señalar las letras; pero a las demás les pareció muy complicado y Juanita dijo al espíritu.

— Da tantos golpes como correspondan a la letra del alfabeto que quieras decir.

La mesa empezó a moverse deprisa mientras todos contaban: a b c d e f g h i j k l ll m n ñ o p q. Allí se detuvo.

— ¿Es q? — preguntó Virginia.

— Si (un golpe).

— Sigue.

— a b c d e f g h i j k l ll m n ñ o p q r r r s t u. Quedó parada;

— ¿Es u?

— Si (golpe).

— Continúa.

— a b c d e — volvió a quedar inmovil.

— ¿E?

— Si.

La viuda del oficial pareció tener una inspiración.

— ¿Quental? — preguntó.

La mesa se movió con un desembarazo que daba idea de la alegría de quien ha sido reconocido.

— Sí.

— ¿Anthero de Quental? — repitió ella.

Y la mesa con otro rápido movimiento volvió a responder.

— Sí.

— ¿Quieres comunicar algo?

— Sí.

— ¿Con la típtologia, la escritura con medium, o de otra manera? En el primer caso, un golpe; en el segundo, dos; en el tercero, tres.

La mesa dió dos golpes.

— Escribiendo. — tradujo Virginia.

La viuda volvió a preguntar:

— ¿Quién es el medium? Señálalo con golpes empezando por mi.

— Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Ha dado cinco, es Juanita.

La joven tomó el lapiz con un gesto de mal humor murmurando:

— ¡Como siempre! ¡Que fastidio!

La mesa se enfureció y empezó a dar golpes, saltos, a correr de un lado para otro. Juanita habló con tono de autoridad.

— ¿Hay alguien incompatible contigo y deseas que se retire?

Dió dos golpes.

— No

Y de un salto se dejó caer sobre ella.

— Es que me guardas rencor?

Otros dos golpes.

— ¿Entonces?

La mesa se movió ligeramente y por medio de la típtologia contestó:

— Me disgusta que no respetes a los muertos.

Juanita se dispuso a escribir. Se apagó la luz y en el silencio y la oscuridad se oía el ruido del lapiz.

De pronto se detuvo y el lapiz se escapó de su mano, que permaneció inmóvil sobre el papel. Se encendió la luz y leyeron:

«Sed respetuosos con lo que no podeis comprender». Era una letra distinta de la de Juanita, letra de hombre, y, debajo, la firma con el nombre del gran escritor.

— Esta letra es la suya — afirmó Virginia — conozco sus autógrafos.

Juanita dijo:

— Dame tú el conocimiento que me falta.

— Pides un imposible.

— ¿Te gusta comunicar con nosotros?

— Sí.

— ¿Eres feliz en el sitio donde estás?

— No.

— ¿Por qué?

— Tengo saudades de la vida.

— Pero tú quisiste morir.

— La muerte no existe.

— ¿Conservais ahí pasiones como las nuestras?

— Es natural que por el hecho de dejar el cuerpo no hemos de cambiar.

— ¿Y sufrís todos?

— No.

— ¿Por qué sufrís?

— Es imposible revelar el misterio.

— ¿Volverás a encarnar de nuevo?

— Sí.

— ¿Y las que estamos aquí, hemos encarnado otras veces?

— Sí.

— ¿Quién era yo?

— La Reina D.^a Leonor.

— ¿Y Virginia?

— Ha encarnado varias veces. La primera fué

una dama romana; en la segunda un caballero Lusitano que se llamó Ruy Ferrand y murió en una batalla.

— ¿Era casado?

— No.

— ¿Estaba enamorado?

— Si; no se casó porque murió. Su novia le fué fiel siempre.

— ¿Quién fué Juanita?

— Maria de Médicis.

— ¿Y Adelina?

— La Infanta D.^a Beatriz.

— ¿Y Rosa? preguntó señalando a la mejicana.

— Una princesa india, hija de un rajah.

Juanita estaba pálida, fatigada.

— No puedo escribir más — murmuró.

— ¿Qué siente V. cuando escribe?

— Nada... nada... una vaguedad en la cabeza... no pienso... creo que me voy a dormir... se llevan mi vida para vivir ellos... se alimentan de mi sangre...

La sobrinita de Virginia, asustada, corrió a encender la luz.

— No se debía hacer esto — protestó la voluminosa Elisa.

Estaba allí la camarera pálida, asustada, curiosa. La habia retenido esa fuerza con que las sesiones espiritistas se apoderan de los que las presencian. Apenas se habia enterado de nada y preguntaba con el interés con que preguntaría por un nuevo huésped.

— ¿Quién es el que ha venido?

Bernabé queria disimular su impresión. Habia algo que no podia negar. Lo veia claro, y sin embargo

su razón no se rendía a creer que estaba en presencia de un *muerto que vivía* allí en lo invisible, razonaba como ellos y se expresaba en el lenguaje de nuestras pasiones.

Nunca había pensado seriamente en aquello.

Había creído que las sesiones de espiritismo eran un juego para engañar a los profanos y un medio de aproximaciones pecaminosas, a favor de la oscuridad, como él había empezado aquella noche a oprimir los deditos de Juanita y Adelina que formaban la cadena a su lado.

Una vez en Madrid habían hecho un experimento varios amigos, incrédulos todos, y había visto moverse una gran mesa cuadrada, sin que aquello lo impresionara ni le diera importancia, si no como un fenómeno de magnetismo.

Ahora se manifestaba allí una voluntad, una voluntad consciente. La mesa no se movía a tontas y a locas. Decía que sí y que no a su capricho, señalaba las letras, guiaba la mano para escribir contra la voluntad del sujeto. Había visto cómo éste se convertía en autómeta, sin alma, con los ojos vagos o fijos, vidriosos y sin pensamiento; y al llegar al borde del papel, una fuerza extraña le volvía a colocar la mano en disposición de empezar otra línea. No cabía la duda de la buena fé de todos, de que Virginia no sabía escribir en alemán. Estaba ante el inquietante misterio que incita a descubrirlo.

Silencioso, ensimismado, con esa impresión del que se acerca por la vez primera a esas prácticas en las que todo le impresiona, siguió el curso de la curiosa experiencia. Detrás de Anthero vinieron otros espíritus, con preferencia suicidas o asesina-

dos: Larra, Gerardo de Nerval, el Rey D. Sebastián y Fernando de Magalhães.

Se diferenciaba el lenguaje de unos a otros y los caracteres de la escritura. Juanita escribía lo mismo portugués que francés y español, sin conocer esos idiomas. Sentía simpatía o antipatía hacia aquellas entidades, que creía supuestas. Experimentó una gran ternura cuando una de ellas, que dijo llamarse Margarita, dictó:

“Soy una pobre alma olvidada, a la que tú acariciaste cuando era niña, poco antes de desencarnar.”

Y todas aquellas entidades coincidían en sus apreciaciones.

Era la misma doctrina: sufrían el ansia de vivir la vida incumplida.

— “No se debe forzar al destino” — dijo Larra.

Deseaban encarnar de nuevo y aquel medio de comunicación que se les ofrecía era un gozo supremo. A veces hacían revelaciones curiosas. El mismo Larra aseguró que en encarnación anterior fué Bernardin Ribeiro, el dulce poeta portugués, desdichado amante de la Princesa D.^a Beatriz. Fernando de Magalhães decía que no murió como se creía, sino asesinado a bordo de su barco, en una rebelión de los marineros. Hasta Gerardo de Nerval afirmaba que no fué suicida.

— “Me asesinaron tres miserables a los que me aproximó mi triste vida, — escribió — en el Petit Pont y me colgaron en la calle de la Vieja Linterna que ya no existe, con el cordón que yo llevaba en el bolsillo. Uno de ellos me puso el sombrero en la cabeza. Se llamaban Etienne, Udino y Garrot. Yo necesitaba vivir más para dar lo que tenía en

mi cerebro físico y sufro mucho por no haberlo podido hacer.”

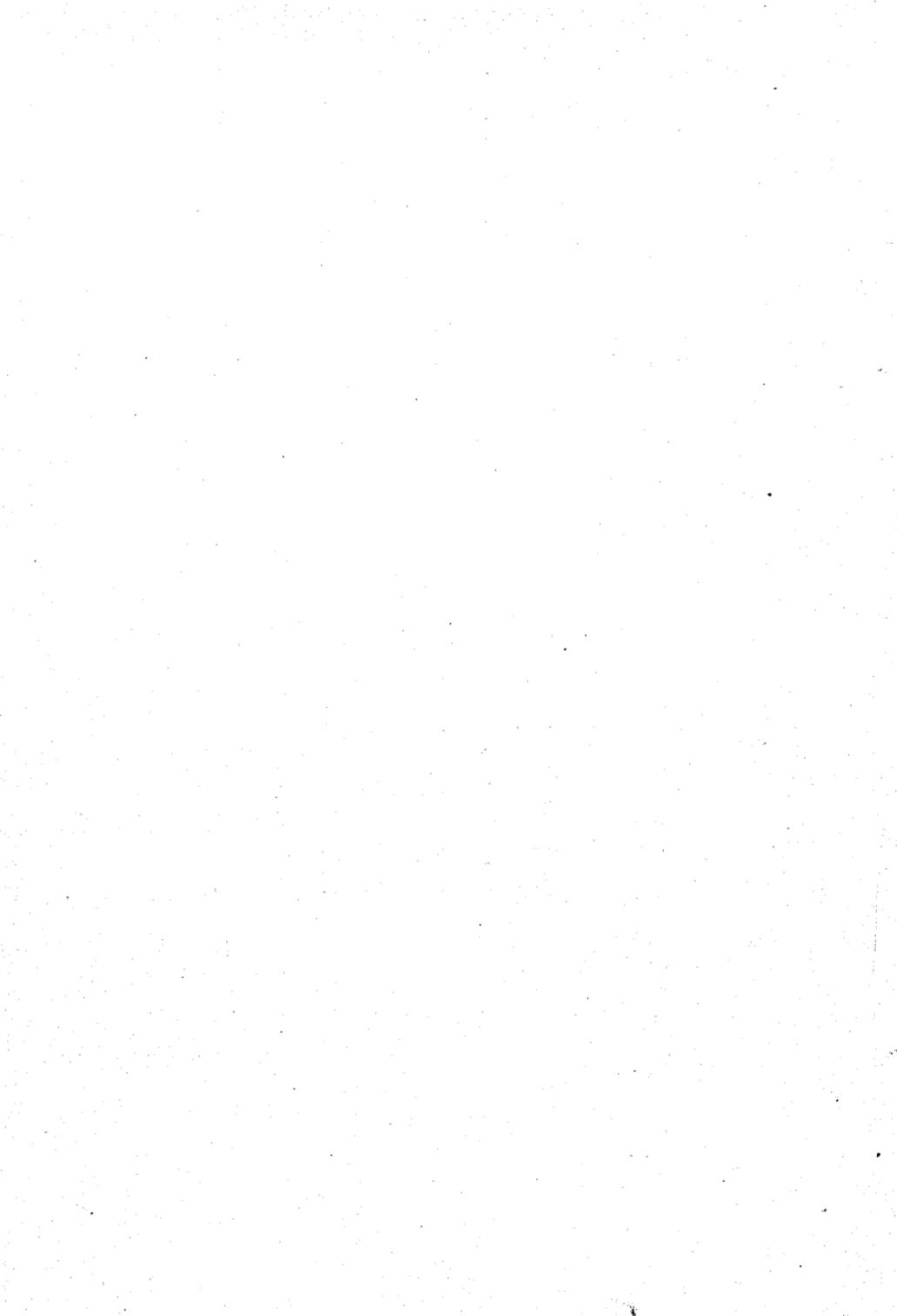
Sólo dos espíritus, que dijeron ser Cervantes y Camões, declararon que eran espíritus perfectos; habían completado su obra y no encarnarían más.

Las señoras se divertían con aquellas declaraciones y hacían nuevos experimentos. Obligaban a los espíritus a levantar la mesa, a inclinarla de un lado y de otro; a cambiar de pata para dar los golpes, y hasta a sustituir estos por otros golpes dados como con nudillos en el centro de la tabla, que se oían distintamente.

Todos estaban ya algo cansados cuando apareció el espíritu del marido de la viuda para entablar un coloquio familiar con su mujer, como si volviese de un viaje. Ella declaró que le eran habituales aquellas comunicaciones.

—Lo conozco en cuanto llega, antes de que hable, — dijo — siento sus pasos y su aliento que estremecen todo mi cuerpo. Sé que está al lado mío.

El enamorado de la mejicana al oír eso debió sentir miedo de que apareciese el marido de Rosa, que debía ser un espíritu de violencia, y, pretextando un gran cansancio, puso fin a la sesión.



IV

La predicción

Aquellas sesiones se repetían todas las noches Bernabé sentía una profunda indignación contra s mismo por no tener fuerza de voluntad para no asistir a ellas. En llegando la hora, sus amigos lo buscaban y allá iban, Alfonso y él, a pasar las horas alrededor de la mesa, escuchando siempre las mismas cosas y presenciando las mismas escenas.

Todos los espíritus decían lo mismo: no habían encontrado la paz después de la muerte. Sufrían, vivían una vida incompleta, se interesaban por las cosas de la tierra. En ocasiones, parecía que se iba a obtener de ellos alguna explicación del enigma, pero siempre se detenían, antes de hacer la revelación.

Era siempre lo mismo; conversaciones insulsas, golpes para señalar letras a responder sí o nó. Su teoría era la de la metempsicosis, la trasmigración de las almas.

Bernabé no se daba por vencido.

— Encuentro todo esto perfectamente ridículo — decía.

— ¿Pero no ve usted que hay algo?

— Yo creeré en que ese algo es un espíritu como ustedes lo conciben cuando, en lugar de decir todas esas vaguedades que considero como manifestaciones producidas por nuestros *yoés subconscientes*, me den señales de un hecho cierto, sencillo, de cuya autenticidad no pueda dudar, o cuando me resuelvan un problema de matemáticas.

Se escandalizaba la mejicana.

— ¡Pobres espíritus! ¿Cómo quieren que ellos sepan de números?

Pero Virginia sostenía que podían hacerlo.

— ¿Acaso no son espíritus que encarnan los que presentan esos fenómenos de niños que calculan, que tocan prodigiosamente el piano, y realizan todos esos actos sorprendentes? Yo conocí una niña de ocho años que hablaba un idioma indio.

— No me diga eso — refutaba Alfonso riendo — daría al traste con mi amor paternal, el día que yo tuviese un hijo, de pensar que era un señor X, que ya había vivido otras existencias, el que se metía en mi casa.

— Pues no lo dude. — insistía ella — Los seres nuevos son siempre reencarnados. Basta mirar los ojos de los niños para ver en su fondo la huella de un pensamiento superior a ellos.

Otras veces decía Bernabé:

— Si hiciésemos caso de lo que dicen los supuestos espíritus habría que convenir en que cada uno de ellos da ciento y raya a todos los Reyes de Armas. Sus archivos para seguir las genealogías a través de los siglos son asombrosos.

— Es que yo no puedo admitir que en eso digan la verdad — exclamó el Uruguayo. — Estoy cierto de que no he sido nunca mujer, como afirmaban anoche.

— No ha sido usted mujer — interrumpió Juanita — pero encarnó en forma de mujer. Los espíritus no tienen sexo.

— Pero es ridículo que todos nos adjudiquemos una noble genealogía. Estamos aquí en un senado de Príncipes, nobles y poetas. Ninguno hemos sido aguador ni carnicero.

— Se explica — saltó Rosa — si somos interesantes ahora, es porque ya hemos sido antes seres superiores. No valdria la pena, si no fuese así, de que los espíritus de elección vinieran a comunicar con nosotros.

Durante todo el día se hablaba de espiritismo.

— Date por vencido — dijo una tarde Alfonso. — No te dejarán en paz si no aparentas creer; un católico, un mahometano, un protestante cejarán en su empeño; un espiritista no. Son los catequistas más ensañados.

— Pues yo te confieso que me da cierto miedo. Es vergonzoso; pero desde pequeño me asustaron con los espíritus.

— Como que la creencia no es nueva. En todas las religiones hay espíritus que velan a nuestro lado y nos influncian. Dios y el Diablo, principios del bien y del mal, los concebimos como espíritus. Un espíritu protector es el Ángel de la Guarda; y la Iglesia acepta que el espíritu no muere y que se aparecen los muertos, lo mismo condenados que felices; y hasta que hemos de volver a encarnar en nuestro propio cuerpo, el día final.

— Si, ya lo sé. La inmortalidad es teoría de todas las épocas. El egipcio conserva el cuerpo y pone objetos para que se alimente el espíritu. El Vikingo y el guerrero primitivo se entierran con sus barcos o sus caballos para el día de la vuelta. El celtíbero quema el cuerpo para libertar el espíritu, y la vieja teoría india es la misma que extiende ahora el espiritismo.

— Es que las religiones espiritualistas son consoladoras; nos halagan. Por eso hacen tantos adeptos.

Más iniciado en esa materia que su amigo, le contaba como desde su origen el espiritismo moderno se había desenvuelto rápidamente, y como funcionaban ahora en todas partes millares de mesas infernales, lo mismo en Europa, que en América. En Portugal los espiritistas formaban legión; los libros de espiritismo se traducían de unos idiomas en otros y se vendían haciendo cola en las librerías para comprarlos. Era preciso aceptar aquello aún tratando de no dejarse influenciar.

Para lograrlo, Bernabé se dedicaba a galantear a Juanita, paseaba con ella por aquellos caminos del bosque llenos de espesos pinares y de plantas resinosas, por la orilla de la playa o por el parque buscando las orquídeas que imitaban con su flor, cuasi animal, candiles y abejas y haciendo ramilletes con las lindas flores de trébol amarillo.

— Te vas a comprometer —le decía Alfonso.

— No lo creas. Ni siquiera le hablo de amor. Es que me sirve para ver mejor el paisaje. Hay cosas en las que, de no ir con ella, ni siquiera repararía.

Juanita tenía siempre la manía del espiritismo.

— Nosotros hemos debido ser algo muy íntimo en otra vida, le decía.

— Quizás marido y mujer — contestaba él.

— ¡Quién sabe!

— ¿Quiere que probemos a buscar el recuerdo?

— ¿Y si cometemos un incesto?

— Por usted llevo hasta a la condenación.

Ella se reía y enseguida, como para llamarlo al orden, le hablaba de su marido, que le había escrito o que le había de escribir.

Un día él le preguntó.

— ¿Como no está V. con su marido?

— Le tengo miedo a cruzar el mar.

— ¿Porqué? No hay más peligros que en tierra.

Un amigo mio, que vió chocar un transatlántico con una bomba durante la guerra, me ha contado la visión de ese momento supremo. Apenas unos minutos para partirse el casco del buque como una granada y sumergirse bajo el agua. En tierra hubiera habido cadáveres, heridos, gritos, carne magullada y cuerpos deshechos; allí el mar se cerró tranquilo y suave sobre una nueva tumba, sin que quedase un trazo ni una huella.

— Si, pero yo no quisiera morir en el mar.

— ¿Por qué?

— Porque acaso no podría venir a comunicar con los vivos.

— Teme usted que se le ahogara el espíritu.

— No gaste bromas.

— Da usted demasiada importancia al espiritismo.

— ¿Crée usted que es escasa la que tiene? Suponga que fuera cierto, ya no habria miedo a la muerte ni a la separación, puesto que ni una ni otra existirian.

— No sea niña. De ser cierto, nuestra suerte sería mucho más terrible que dejando de ser y de sentir.

Para convencerla le recordaba alguna de las sesiones mas impresionantes.

— Piense V. que fuese cierto que aquel hombre que se volvió loco y se dió un tiro por una mujer no hubiese podido encontrar el descanso, como nos decía una de las que ustedes llaman "entidades" la otra noche. Sería atroz.

— No. Uno escribió a propósito de sus sufrimientos: "Estamos aquí como vosotros ahí. Esperando una vida mejor"

— Pero sin esperanza de descanso. Créame que sería espantoso no morir. Y si se les da crédito a esos tristes inmortales, se perpetua hasta el sufrimiento físico, porque aquel hombre que apareció ayer afirmaba: "Sufro de las heridas que me hice en la cabeza."

Pero ella no se convencía y trataba de explicarle las teorías en que la habían iniciado.

— ¿Ve usted la sombra? — le decía — pues yo concibo los espíritus como si fueran *una sombra de luz*.

La disputa continuaba todas las noches en el comedor del Hotel al lado de la mesa, sin respeto a los fenómenos que se presentaban. Era cierto que la mesa se movía, se levantaba del suelo, cambiaba de sitio, daba golpes regidos por algo consciente. Hacía escribir cosas extrañas hasta en idiomas desconocidos, pero todo aquello no lo llegaba a convencer. Él les preguntaba a aquellas fuerzas:

— ¿Cómo estais ahí? ¿Dónde estais?

Y la contestación era siempre la misma.

— «No podemos revelar un secreto que no comprenderiais.»

Un espíritu afirmó:

«Nosotros tenemos un sentido ultralúcido que a vosotros os falta y no podeis penetrar en el plano donde nosotros vivimos y distinguir nuestro cuerpo astral, que posee todos los órganos vuestros más perfeccionados.»

Eran todas las «entidades» unánimes en querer convencerlos de que no existia la muerte y de que ellas habian vivido entre nosotros.

En una de aquellas sesiones un espíritu escribió:
— «Yo no tengo ya lugar en vuestro mundo, pero siento pena por las lágrimas que se van a derramar. Decidle esto a Rosita.»

La mejicana se indignó.

— Valiente mensaje me traes. ¿Es que yo voy a llorar?

— Si.

La enamorada se alarmó en ella, y mirando a su inseparable, preguntó de nuevo:

— ¿Algún desengaño sentimental?

— No.

Las señoras tuvieron miedo de seguir preguntando y separaron las manos de la mesa.

— Al menos — dijo Rosa, con un aturdimiento que denunciaba inquietud — los espíritus son buenos; los dominamos, hacen lo que queremos.

— Hay espíritus buenos y espíritus de violencia — respondió la viuda.

Pero todas estaban preocupadas y aquella noche no se hizo nada más.

A los dos días un telegrama de Méjico anunciaba a la joven pintora la muerte de su padre.

Las señoras se asustaron de ver cumplida la predicción; se alarmaron en todos las viejas creencias religiosas.

Alguna dijo que la Iglesia prohibía con razón aquellas prácticas, porque, tomando diversas apariencias, era el Demonio el que se presentaba.

Doña Elisa había presenciado el caso de un espíritu que fatigaba demasiado a la medium y se había ido, al invocar el nombre de Dios para que la dejase en paz, y aquella noche no se movió más la mesa.

— Eso no puede ser — defendió Virginia — porque en las sesiones serias de espiritismo se invoca el nombre de Dios y los espíritus tienen un espíritu bueno que los guía.

— Es que ese espíritu es de un alma del Purgatorio o de un Angel Guardián y los protege; pero así, como nosotros lo hacemos, pueden venir demonios y condenados.

Apesar de su miedo, la costumbre les hizo seguir en sus prácticas todas las veladas. Era una verdadera obsesión que en ocasiones daba origen a escenas cómicas.

Una noche, al aparecer un huésped en el comedor, las señoras lanzaron un grito como si se vieran en presencia de un fantasma; mientras el que entraba se quedó asustado y confuso, al encender la luz y verse en presencia de aquellas gentes pálidas y desconcertadas que estaban allí tan silenciosas en la oscuridad.

Una noche el espíritu que se presentó dijo que era el padre de una señora que asistía por vez primera a la sesión.

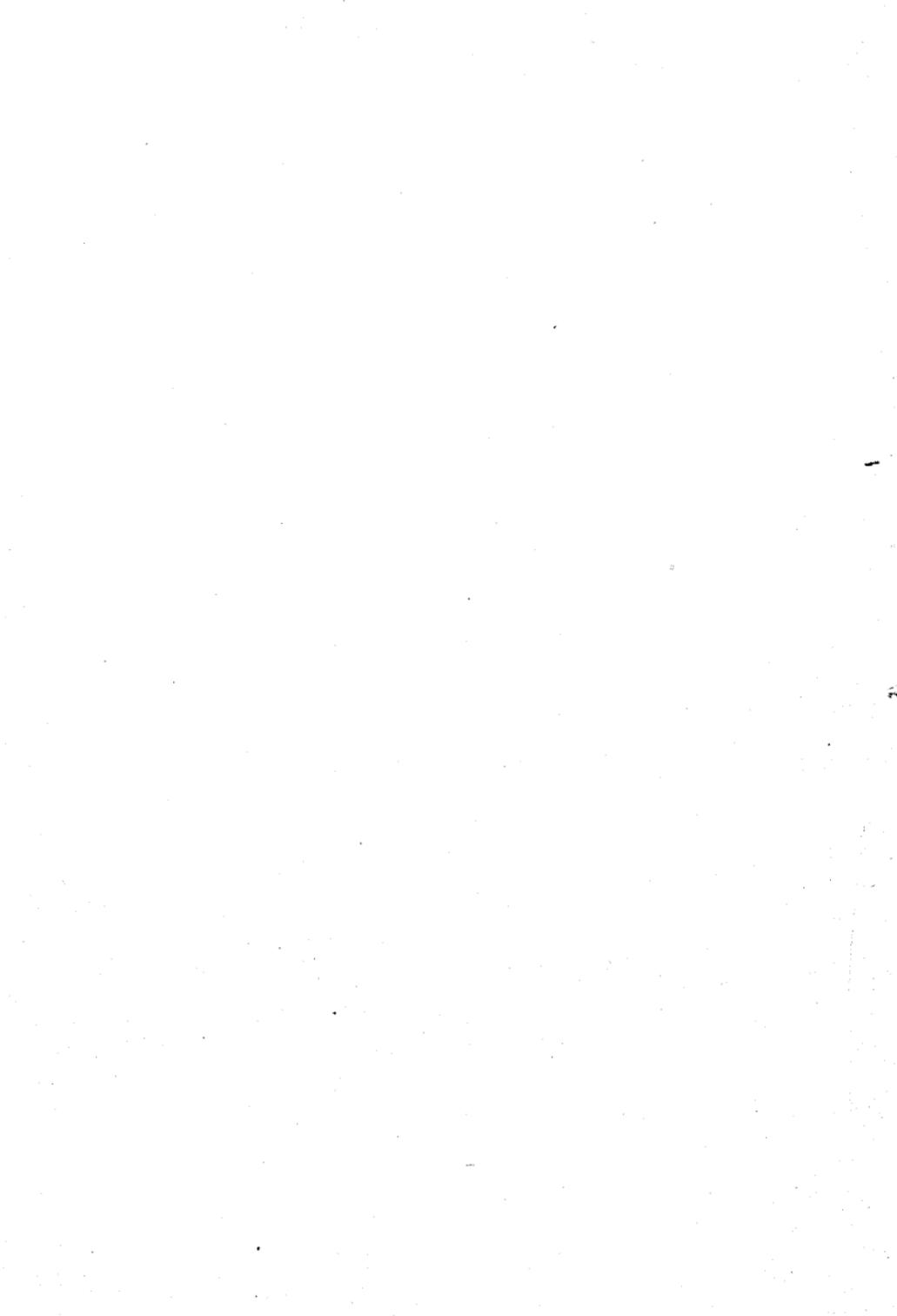
— ¡Padre mio! — exclamó ella llorando, conmovida — ¿Eres feliz?

— Estoy en el Infierno — contestó.

Y la mesa cruja, quemaba de tal manera que nadie podía poner en ella las manos.

La señora se accidentó y tuvieron que prestarle socorro.

Todo aquello llegó a oídos de los huéspedes que no tomaban parte en las sesiones, y declararon que no volverían a entrar en el comedor, y se marcharían del Hotel, si aquello continuaba.



La tormenta

Gracias a eso las sesiones se suspendieron, pero las conversaciones del comedor versaban siempre sobre lo mismo. El cumplimiento de la profecía hecha a la americana los impresionaba a todos.

Se hablaba de muchos casos de revelaciones del futuro. Una de ellas habia sucedido allí mismo en Portugal. Todos conservaban memoria que habia llegado del Brasil, 'dos años antes de la muerte del Rey D. Carlos, una pobre mujer que decia ser enviada por el espíritu de Victor Manuel de Saboya, para avisar a su hija, la Reina Doña Maria Pia del peligro que corría su nieto. La misma mujer aseguraba que fué enviada de Barcelona a Milán, para avisar al Rey Humberto el atentado de que iba a ser víctima; no pudiendo hacerlo porque cuando ella llegó, la corte no estaba ya allí.

La infeliz, a la que unos tomaban por una mendiga y otros por una loca, tuvo la suerte de encontrar en el Jefe de Policia uno de los más fervientes

adeptos del espiritismo, y la introdujo secretamente en la cámara de la Reina.

Allí cayó en trance y dijo con gran aflicción en italiano "Carlo re, fuora Lisbona, fuora Portogallo; voglio uccidere Carlo; fuora, fuora, te ne prego. ¡Povero Carlo!"

La Reina no pudo hacer caso del vaticinio y se limitó a socorrer a la medium. Después la tragedia del primero de Febrero, cuando asesinaron al Rey, le hizo recordar el aviso de la mendiga, que tanto la había impresionado, y más tarde, loca, regando todos los días las flores de su tapete, repetía de vez en cuando las palabras de la mendiga:

"Carlo re fuora, fuora Portogallo".

Los incrédulos encontraban medios de hacer objeciones a estos fenómenos impresionantes, pero los espiritistas explicaban la extraña predicción del porvenir.

— ¿Qué de extraño tiene que los espíritus, con sus sentidos extralúcidos puedan ver lo que los vivos piensan y preparan? — decían.

Se contaban casos múltiples, semejantes entre sí, de avisos dados por los espíritus para predecir el porvenir.

— Generalmente no quieren que las personas que ellos aman desencarnen; deben considerar como una ventura esta clase de vida unida al cuerpo físico — decía Virginia.

— Lo más común es que se aparezcan en el momento de morir a las personas amadas, aunque estén muy lejos. El espíritu camina con más velocidad que la luz.

— El tránsito de dejar el perespíritu al cuerpo físico es doloroso porque lo retiene el amor a la vida.

— O porque las fuerzas enemigas de su liberación luchan por retenerlo. Agonía significa lucha.

— Lo que hay de cierto es que siempre en la víspera y en el momento de morir se nota algo raro ¿No han visto ustedes flotar un ambiente de misterio en las alcobas de los moribundos? Son los espíritus de los que vienen a ayudarles en su tránsito.

— Sí, y a veces suenan timbres o se oyen esos tres golpes que han dado en llamar *golpes de San Pascual Bailón*.

— Y que segun ustedes son como el timbre de la estación que anuncia que se aproxima el tren.

— No hay que burlarse; es preciso hacer caso de esos avisos, que a veces nos llegan en sueños.

— Como las revelaciones de los tesoros.

— Yo conozco una amiga que una noche soñó que oía un gran ruido en la calle, y que al asomarse al balcón, vió un hombre de aspecto vulgar, al parecer, pero fijándose bien, observó que tenía en la mano una guadaña y que su rostro era el mismo de la muerte. Estaba subido en un coche fúnebre y al verla la miró sarcásticamente y le preguntó.

— ¿No sube V., señorita?

Despertó horrorizada, pero poco después olvidó el sueño. No hace mucho entró en un almacén de modas y al ir a tomar el ascensor, reparó en que aquel hombre que lo conducía se asemejaba en todo el cochero de su sueño. En esto, él la miró y le dijo:

— ¿No sube V., señorita?

Era la misma voz. Retrocedió espantada y no quiso subir. Al poco rato el ascensor cayó hecho astillas y en él murieron dos señoras que lo ocupa-

ban y el fúnebre conductor. Este es un hecho real; mi amiga puede dar fé.

—La verdad es—agregó otra—que a veces encontramos en la vida personas que creemos conocer, que hemos visto en alguna parte, en sueños quizás.

—¿Qué duda cabe de esas reminiscencias de otras vidas? Hay unos momentos en que sorprendemos el recuerdo, que es como un rayo de luz en el cerebro, de que ya hemos vivido otro momento semejante, que hemos dicho las mismas palabras, pero el relámpago se borra, la rendija luminosa se cierra.

—Es verdad—dijo Juanita—yo tengo en mi vida un sueño que a fuerza de repetirse he llegado a recordar despierta. Sueño con una casa, una casa en la que yo debo haber vivido y en la que ha pasado algo extraordinario.

—¿Donde está situada?

—No lo sé; una vez pensé que era en Roma, por el paisaje que ví al entrar y por un convento, y un río que no sé quien me dijo que era el Tiber.

—Es curioso.

—Otra vez pensé que era en Francia, quizás en Versalles, habia en esa casa un gran Hall, un teatro; yo corria por una galería larga y brillante para avisarle *a ella* que viniese. Vi ante la cancela de cristales bajar la escalera a muchas mujeres del pueblo, furiosas, vociferando. Senti miedo, me habian visto, me pregunté con angustia que era de *ella* y desperté...

—¿Quien era ella?

—No sé... recuerdo un nombre: Maria pero no sé si era suyo, si era mio, si era de otra.

—Es curioso.

— Esta es la única vez que he visto la casa amueblada y con gente y que he entrado por la puerta principal; yo veo siempre un departamento solo; podría hacer el plano de esas habitaciones artesonadas, altas de techo, amplias, con muros gruesos y grandes balcones.

— ¿Y siempre le aparecen iguales?

— Siempre. Me gusta ir allí, aunque me dá miedo de una especie de subterráneos que existen, unas habitaciones oscuras, del piso bajo, terrosas. . . Tienen un ambiente húmedo. ¿Qué habrá pasado allí? Mi memoria lucha por acordarse y no puede.

— Pues no tendrá nada de extraño que ese recuerdo se enlace con encarnaciones anteriores. Se han dado casos semejantes.

— Además,—dijo el Uruguayo que había permanecido silencioso,— hay casas encantadas. En Rio Janeiro existía una casa en la que nadie podía entrar sin ser recibido a bofetones, por seres invisibles, que le rompían los vestidos y le arrancaban el cabello. El gobierno envió varias veces soldados, que fueron vencidos y desarmados por los espíritus.

— Es que estos han sustituido a los antiguos duendes y brujas — contestó, incorregible, Bernabé,

— No se ría. Los mismos bomberos no lograron penetrar, y al fin fué preciso pegarle fuego a la casa. Ardió sin que se viera salir a nadie de ella.

— ¿Pero usted ha visto eso?

— Sí, si señores, yo mismo lo he visto. Como que se anunciaba: "Mañana va la tropa a la casa misteriosa" y acudía toda la ciudad.

No se podía desmentir el solemne alegato de aquel hombre serio.

Cada uno de los huéspedes añadía su historia:

— En Chile había otra casa donde todo el mundo se asustaba porque se oían gemidos y arrastre de cadenas, hasta que se encontró el cuerpo de un asesinado.

— Pero si aquí mismo, en Lisboa, en Campo Pequeño, existe también una casa donde no puede parar nadie; de noche se oyen ruidos, gemidos en el interior de las paredes, y por las mañanas aparecen todos los cacharros y muebles trastornados.

Bernabé sentía a veces deseos de decir que el misterio consistiría en un centro de conspiradores, monederos falsos, o algo así; como aquellos fantasmas que aparecían en las noches de invierno en los pueblos de Andalucía, inspirando tal terror que nadie se atrevía a salir a la calle después de las ánimas. Un día hubo un atrevido que le dió un tiro al fantasma y resultó ser el sacristán, el cual, subido en unos zancos, llevaba en la cabeza una calabaza agujereada con una luz dentro para fingir ojos, nariz y boca.

Se valía del espanto de los vecinos para visitar, sin ser visto, a la alcaldesa.

Esas bromas molestaban siempre aún a los que se tenían por más incrédulos; en el fondo de todos había una ansiedad por penetrar en el misterio. Los mismos espiritistas, en su obsesión, buscaban el convencimiento. A pesar de su fé, deseaban la prueba, que era el ansia de la vida y de todas las religiones.

Al fin, poco a poco, fué pasando la crisis y las conversaciones de cosas actuales y la preocupación del Casino hicieron olvidar a los espíritus.

Bernabé empezaba a hablar de volver a España, pero se dejaba convencer fácilmente por Alfonso

para continuar allí, donde se encontraba a gusto y se divertía con los continuos viajes a Lisboa. Había llegado a interesarse más de lo que quisiera por Juanita. La muñequita fea, pintada, cuasi grotesca, con sus corales y sus piedras de colores, tenía algo de penetrante, de acre, que despertaba su simpatía. Su fealdad se hacía grata, la necesitaba, llegaba a parecerle bella; se decía que había estropeado su gusto como las comidas picantes que disgustan de la buena cocina clásica.

Ella ponía especial empeño en no encontrarse a solas con él. Había dejado de pasear por el Parque y por el bosque y sólo alguna que otra vez iba con todos los amigos a dar un paseo a Cascaes, o al *Infierno*, que era el lugar preferido de los extranjeros. Impresionaban aquellas rocas, que parecían quemadas, partidas, áridas, en la boca del negro agujero, antigua boca de volcán, donde se precipitaba el agua revuelta y martirizada, de un modo siniestro. Los creyentes en las almas debían ver en aquel fondo negro el lugar de donde salían los espíritus infernales. Se contaba que un día sorprendió dentro del viejo cráter la alta marea, a la Reina, que estuvo a punto de perecer ahogada.

Toda aquella costa estaba llena de recuerdos del veraneo regio. En todos los paseos se hablaba de intrigas y chismes cortesanos, de aquellas cuevas perdidas en la costa donde iba el Rey con sus amigos a pasar la tarde, tocando fados en alegres meriendas.

Cansado al fin Bernabé pasaba los días enteros en Lisboa. Juanita sintió ese impulso de la mujer coqueta que vé que se escapa su cortejo.

— Se conoce que lo pasa bien lejos de Estoril — le insinuó.

— En Portugal se está bien en todas partes.
A la mañana siguiente, cuando se disponía a ir a la estación, encontró a Juanita en el camino. La saludó y le dijo,

— ¿Viene usted también hoy a Lisboa?

Ella vaciló y al fin repuso:

— No... yo no tengo ese interés que usted debe tener en la capital. Prefiero estar aquí.

— Yo no tengo interés; pero es raro verla a usted y no sé como pasar el tiempo.

— No me diga eso. Sin duda enamora a alguna muchacha en Lisboa.

— Se equivoca. No quiero sufrir más repulsas en Portugal.

Ella enrojeció, pero preguntó audazmente.

— ¿Ha sufrido muchas?

— La única que me interesaba no sufrir.

Sin darse cuenta se había puesto al lado de ella y caminaban hacia el pinar.

— ¿Por qué?

— Ya sabe usted que yo la amo...

— Nunca me lo ha dicho.

— Pero usted lo sabe.

— ¿Y mi marido?

— La encontrará cuando vuelva tan encantadora como la dejó. Yo me habré ido ya...

— ¡Amarnos para eso!

— ¿Por qué no? Yo la amo. Si usted me amase, ¿qué mal habría en ser felices sin perjuicio de nadie?

— Se iría usted.

—Y usted se quedaria. Pero uno y otro guardariamos un buen recuerdo.

Habian subido todo lo largo del camino, pasaron cerca del pinar, rodeado de una verja florida, a la espalda del Casino; cruzaron cerca de los pabellones, perdidos entre el ramaje, junto al campo de tennis, y se encontraron en pleno monte, cerca de un último chalet subido en aquella altura. Estaba recién construido, con sus paredes blancas adornadas de azulejos, las ventanas y las puertas cerradas, y un letrero pintado en un lienzo, puesto al borde de la galeria "Véndese".

—¡Que felices podiamos ser en esta casita, en este nido del bosque! — dijo él.

—¡Se verá tan bien el mar desde esa galeria de la esquina! — asintió ella.

—Seria deliciosa nuestra alcoba en aquel otro lado, frente al bosque y la sierra. Debe ser amedrentador el eco del viento en los pinos. Tendrias miedo y yo te esconderia entre mis brazos.

La tuteaba y ella no supo más que balbucear:

—¡Qué cosas!

Seguian camino adelante; la habia cogido del brazo y le hablaba al oido con voz cálida. Los trabajadores y carreteros que pasaban a su lado los tomaban por un matrimonio recién casado.

De pronto una racha de viento sobre las copas de los pinares les hizo volver de su ensueño. Las nubes parecian venir del Tajo y dirigirse hacia Cintra enlutando el cielo con un color gris azul, negro, que comenzaba a velar el gallardo perfil pizarroso de la montaña. El vallecito oliendo a resina y a romero, con la proximidad de la tormenta, ofre-

cia el verde ceniza de los pinares, entre los que se acurrucaban pueblecillos blancos y rosas.

— Vamos a tener tormenta — dijo él. — Yo creo que el mar es el sembrador de tormentas. Hay que volver al Hotel, o nos vamos a mojar.

— Es que ahora vamos a tener malos días — respondió ella. — Ayer fué luna nueva y apareció tendida. Ya se sabe: «Luna tendida marinero de pie».

El cielo se ponía lívido por momentos; el mar tomó un color sordo, venenoso, de un verde negro, en el que las cumbres y las hondonadas de la ola fingían infinitas cortaduras, pliegues, remolinos, cuyas figuras entremezcladas hipnotizaban la vista con una extraña fiesta de arabescos.

— No hemos traído paraguas.

Volvieron sobre sus pasos sin saber qué decirse, preocupados por la tormenta, pero apretándose tanto que sentían el calor de sus cuerpos.

Y de pronto la ducha intensa de la nube los envolvió. Encorvados, apretándose más y más, corrían, corrían hacia la casa deshabitada, entre los goterones de agua que los calaban y los remolinos de viento, que revolvían las gotas y los cegaban.

Juanita se sentía desfallecer, le faltaban las fuerzas; él la sostenía; el agua arreciaba.

— Un esfuerzo más.

— No puedo... no puedo.

— Apóyate en mí.

— Me ahogo.

La levantaba casi en peso, corría con ella entre aquel arremolinarse de los pinos que se inclinaban de un lado a otro como si gesticulasen furiosos, con la amenaza de caer sobre ellos.

Por fin ganaron la pendiente que conducía a la casa y entraron bajo el porche.

Ella se dejó caer en el tranco, contra la puerta cerrada, sin poder hablar, empapada de agua.

— Mira como estoy.

Él la veía más hermosa que nunca; le oía la respiración agitada, el latido del corazón que levantaba los senos, las mejillas encendidas.

Y en aquel momento, pasado el chubasco, el sol lució sobre el campo, y las nubes volvieron a huir hacia la sierra, vencidas por el mar.

— Te vas a poner enferma — dijo él.

Le quitó el sombrero y la piel y los tendió en el muro. Ella entretanto se quitaba los zapatos para ponerlos también al sol.

Aparecía desmelenada con el descote al aire, los pies descalzos, menudos, carnosos, tentadores bajo la media de seda.

El sol mordía. Se bebía el agua de la tierra, con voracidad de sauce sediento, y la secaba rápidamente.

Ellos se apretaban contra el muro, juntando las cabezas para resguardarse de la quemadura del sol. Subía un olor de bosque y de tierra mojada que los envolvía y los mareaba. Un perfume de carne se escapaba de ellos mismos. El aire se había hecho más azul, el mar volvía a estar transparente; la luz del cielo cegaba, el sol ardía. Los pinos, lavados, brillaban con reflejos de acero y las gotas de agua en el alero del tejado, titilaban temblantes, y caían como luces.

Se unieron los brazos, se apretaron las cabezas, un beso hambriento aplastó sus labios. Iban a desfallecer y perderse también en luz...

—¿Estais ahí?

El se levantó de un salto. Parecia la invocación de los espíritus.

Mientras ella se rehacia, contestó:

— Aquí estamos.

Adelina venia corriendo por la carretera.

— Me dijeron que habiais salido a pasear por este lado y he tenido la idea de traer os un paraguas por si llueve otra vez.

— ¡Excelente idea!

— ¡Como os habréis mojado! Llego demasiado tarde.

Aunque ninguno de los dos contestó, los dos pensaron:

— Demasiado pronto.

VI

El Doctor Espiritista

Al día siguiente Bernabé no pudo dejar el lecho. Tenía un fuerte dolor de cabeza, debido sin duda al remojón de la vispera, y al anochecer se le declaró una fiebre bastante alta.

Todos los huéspedes le testimoniaron su simpatía entrando a verlo y recetándole los remedios caseros, contradictorios a veces, que cada uno conocía, con esa afición a recetar de la mayor parte de las personas.

— Debe ponerse ventosas y tomar aspirina, — decía una.

— Un buen vaso de leche con un merengue y sudar — recetaba otra.

— Unos baños de pies con ceniza y una taza de vino caliente con azúcar.

— Una buena cataplasma de linaza y eso pasa.

— Lo mejor es que se purgue.

—No, no, en enfermedades del pulmón nada de purgas.

Se llegaban a mirar con hostilidad de profesionales.

Pero a pesar de todas las recetas el joven amaneció peor y fué preciso llamar al médico. Juanita se empeñó en hacer venir de Lisboa uno de su absoluta confianza.

El Doctor Pereira era un hombre de cincuenta y cinco años que debía haber sido guapo y elegante en su mocedad y que conservaba un aire agradable y simpático.

Desde los primeros momentos llamó a los dos amigos la atención su manera de examinar al enfermo. No le tomó el pulso, ni le vió la lengua. Sacó del bolsillo un estuchito, lo abrió y trató de introducir en la boca del joven su termómetro. Él hizo un gesto de repugnancia.

—¡Oh! no tenga reparo—dijo el Doctor, notando el movimiento—lo llevo esterilizado en alcohol de noventa grados.

Le enseñaba el estuchito lleno de alcohol, que se había tornado en un liquido negruzco y sucio.

Enseguida, así como todos los médicos piden luz, él mandó cerrar la ventana herméticamente y permaneció encerrado con los dos amigos, un buen cuarto de hora, sin hablar más que para hacer que el enfermo se moviese de un lado a otro, de tiempo em tiempo.

Al fin volvió a abrir y declaró:

—Es un poco de gripe, no tiene importancia. Debe estar bien abrigadito. Yo he tratado miles de casos de gripe y solo han sido graves los que no han querido permanecer abrigados y sudar:

Luego añadió:

— Puede tomar caldo verde, arroz con manteca, o macarrones; no cargar mucho el estómago.

— ¿Pero si le sube la fiebre?

— Eso sería culpa suya. En realidad la enfermedad no existe, es obra de la imaginación. Basta que diga con energía, reconcentrando toda su voluntad "Yo no quiero tener fiebre" "Yo no quiero tener fiebre" Y ya verá el resultado. Yo he llegado a curar los dolores reumáticos sólo con la voluntad.

Cuando el doctor se despidió, los dos jóvenes se miraron confusos.

— Este hombre está loco—dijo el enfermo—por caridad te pido que no hagas nada de lo que ha dicho. Excepto el estar abrigado, todo es un puro disparate. Supón el efecto que me harían el arroz con manteca y los macarrones.

— Descuida; solo te daré leche y buscaré otro médico.

— No quisiera ofender a Juanita.

— Le haremos pasar por un amigo que viene de visita

Al día siguiente volvió el buen doctor.

— ¿Cómo ha pasado la noche?

— Bastante bien.

— ¡Lo ve! Concentre usted su voluntad para decir que quiere estar bueno. ¿Durmíó?

— Si señor.

— ¿Ha soñado?

— Bastante.

— ¿Qué soñaba?

— Disparates, pesadillas. No recuerdo bien.

— Pues los sueños en estos casos tienen importancia.

— ¿Por que?

— Pueden ser mensajes del astral, de los que se sacan importantes deducciones.

Los dos jóvenes se dieron cuenta de lo que les había sorprendido antes.

— ¿Es usted espiritista?

— Sí.

— ¡Qué raro!

— ¿Por qué es raro?

— Un médico, que ve de cerca la muerte y que estudia el organismo humano, parece que debe ser por fuerza materialista — dijo Alfonso — Yo no concibo ver sin ojos y oír sin oídos.

Se exaltó el médico.

— ¿Quién les ha dicho a ustedes que el espíritu no es materia? Poseemos en la tierra, además del cuerpo físico, el perespíritu, o sea el cuerpo astral, al que llamamos espíritu y este envuelve al alma; lo más tenue y puro del ser, pero materia al fin.

Los dos jóvenes no se atrevían a decir nada.

— Precisamente porque el espíritu es un fluido perceptible, que irradia del cuerpo, especialmente por los dedos, los ojos y la boca, y lo rodea con su aura, es por lo que yo diagnostico siempre sin equivocarme.

— ¿Cómo, doctor?

— El perespíritu, tiene la misma forma y figura de nuestro cuerpo físico; él envuelve y acompaña siempre al alma. No está limitado a una sola parte del cuerpo, aunque su asiento principal parece ser al lado izquierdo del torax.

— ¿El corazón?

— No, el bazo, pero se extiende por todo. Sólo él retiene unido, prestando cohesión a sus moléculas.

las, a nuestro cuerpo, y en cuanto lo abandona, éste se descompone y perece. Es él también el único que tiene sensibilidad, materia más noble, porque todas las substancias minerales del cuerpo físico no son capaces de sentir dolor. Así, en el hipnotismo, en que se hace que el perespíritu se repliegue, se puede pinchar al sujeto sin que sienta nada.

— ¿Y el perespíritu sigue viviendo después de la muerte, Doctor?— se atrevió a preguntar Bernabé.

— ¡Ya lo creo! Exactamente igual. Sólo que con los órganos que poseemos no lo podemos ver. Es la causa de nuestra imperfección, que no veamos sin *zeis* los barcos que pasan a lo lejos; y sin embargo están allí.

Luego añadía con convicción:

— Ya se descubrirá todo, ya Edison perfeccionará su aparato para hablar con los muertos. Seguramente más hubiera sorprendido a nuestros abuelos la electricidad, que a nosotros esto. El fonógrafo, la fotografía, los rayos X, el radium, el conocimiento de un mundo, tantos siglos insospechado, de microbios y de glándulas que no conocíamos, nos dicen claro que no se debe negar nada. Todo eso existía y el no conocerlo no era motivo para negarlo.

Enfadado por el silencio de los dos amigos, exclamó:

— Claro que todo esto no se refiere a ese banal espiritismo del vulgo. Yo soy teosofista. Miro al espiritismo como una religión, un medio de perfeccionamiento.

Cuando se despidió, Bernabé dijo:

— Si un hombre como este dá con un enfermo timorato, lo mata ofreciendo a su cerebro, excitado

por la fiebre, todos esos pensamientos. Tráeme al médico de que me hablaste ayer.

— Si, un médico así, para quien el cuerpo no tiene importancia, se parece, en parte, a las monjas, que ofrecen los sufrimientos de un enfermo a Dios como expiación de sus pecados, y sólo se ocupan del alma.

La enfermedad retuvo a Bernabé más de diez días en el lecho. Lo visitaban los dos doctores. Coelho, se prestaba a pasar como amigo, pero era el que recetaba y dirigía. Alfonso cuidaba de ocultar las medicinas a la vista de todos y el buen Pereira creía que era el único que lo asistía, pero continuaba sin recetar nada más que la autosugestión y se mostraba satisfecho del curso de la enfermedad.

Los días en que lo encontraba peor cerraba las ventanas para observar el aura del enfermo en la oscuridad.

— Por fortuna soy un sensitivo —decía, — aunque no llego a la doble vista, y así veo su figura en la sombra.

Alfonso, a fuerza de estar con él, creía distinguir también el cuerpo de su amigo, de una blancura incandescente, con las manos mas largas, y las últimas falanges luminosas y prolongadas.

— Yo creo que veo también, Doctor.

— ¿Qué ve usted?

— Una especie de aureola de santo al rededor de la cabeza.

— ¿Nada más?

— El lado izquierdo del cuerpo me parece amarillo y el derecho azul.

— Justo, si se tratara de una mujer lo vería usted al contrario; el derecho amarillo y el izquierdo azul.

— Me parece también que en las extremidades

el amarillo se hace naranja y el azul, más fuerte llega al añil.

— Entonces es usted también un sensitivo; si permaneciéramos en la oscuridad más rato, vería cómo la línea media del cuerpo brilla con una luz indecisa, y una banda de azul muy vivo, aparece y desaparece, hasta la altura del ombligo.

— ¿Y por detrás?

— Es amarillo hasta el cerebro, donde brilla con un color gris de un tono particular.

Se alarmó Bernabé.

— ¿Pero eso indica gravedad?

— No, no tenga cuidado. Es lo normal y me alegro que lo pueda ver su amigo. En los casos de enfermedad aparecen tonos violeta, que usted no tiene y en la tisis, el cáncer, o enfermedad mortal, se hacen visibles placas de sombra y de color verde. Los rayos cebrados, indican la locura.

— En fin, Doctor, abra el balcón.

Pereira lo complació sonriendo.

— Esto es lo que les sucede a todos. Se creen ustedes que con no verlos dejan de existir esos colores y esos fluidos del aura de su cuerpo; y sin embargo, a cada movimiento respiratorio, el lado derecho de la nariz da un pequeño haz de rayas azules, y amarillas el lado izquierdo. Hasta la voz es luminosa; en los tonos agudos, color azul; en los nasales, grisáceos y rojos; en los gritos, el sonido es violeta. Cuando se golpean las manos se produce una luz verde que se proyecta a lo lejos.

Bernabé tuvo días de alta fiebre en los que sentía esa paz y ese reposo inmenso de la fiebre.

— ¡Que envidiable es la fiebre! — decía el Doctor — ¡Si pudiésemos tener fiebre sin peligro! Se

respira mejor, se centuplica la vida, se hace más leve. Los hospitales, que se miran como casas de dolor, deben encerrar la felicidad suprema de algunas vidas,

Bernabé se daba cuenta de que era cierta aquella sensación de felicidad que proporciona la fiebre.

— El desencarnar debe ser un placer exquisito — añadía el médico — y en el momento en que las teorías espiritistas se acepten, el miedo a la muerte dejará de existir. Es mucho más consoladora la verdad que las falsas teorías que se inventaron hasta ahora. No hay ya el temor de un infierno y unos tormentos eternos.

Les explicaba que el alma, envuelta en su cuerpo astral, nos abandona cuando ha cumplido su destino, o cuando el cuerpo deja de ser habitable por un accidente cualquiera. Al irse ella, el cuerpo muere.

El perespíritu recobra la consciencia de sus encarnaciones anteriores, conserva amor a los seres con quienes ha convivido, y mucho de sus pasiones, todo lo que les queda de esta vida. Por eso vaga en torno de los vivos esperando otra encarnación para purificarse y llegar a la mayor perfección, donde el alma alcanza, libre de lazos terrenos, la completa felicidad.

— ¿De modo que sólo encarnan los espíritus imperfectos? — preguntó Alfonso.

— Generalmente, los que tienen consciencia de su inmortalidad solo encarnan por su voluntad. Por eso de tarde en tarde aparecen espíritus de elección en la tierra.

— ¿Y los espíritus de los gatos, de los perros y de los otros animales?

— Hay quien asegure que también encarnan, y

cuando lo hacen en un ser humano, son idiotas en las primeras encarnaciones. Vamos siempre hacia la perfección y cuando un espíritu delinque su castigo es encarnar en un animal inferior, y hasta en una planta.

Muy seriamente afirmaba haber tenido una perra que era el espíritu de una bailarina y haber visto al padre de una amiga suya convertido en loro y a otro amigo en una planta de salón.

Los dos amigos se miraban asombrados ¿Era un loco aquel señor tan sensato y de tan gran cultura? El conocía su duda y les decía enfadado:

—Niegan ustedes como los gentiles negaban a Cristo, hasta que vieron la luz y se convirtieron.

—Lo cual no quiere decir que encontraron la verdad—replicaba Alfonso.

Se desconcertó el buen señor.

—Lo peor que puede ocurrir—dijo, con cierta tristeza—es la negación sistemática. Acaso en un mundo desconocido habitan los espíritus en la cuarta, la quinta o la X dimensión, no sabemos cuántas existen. Nosotros conocemos tres, pero eso nada prueba. Si no tuviésemos ojos ¿dejaría por eso de haber luz? ¿Dejaría de existir el sonido aunque no lo oyéramos? Pueden existir cosas que no conocemos porque no tenemos sentidos capaces de apreciarlas. Un ser completamente plano no podría conocer más que dos dimensiones. ¿Dejaría, por eso de existir, la tercera?

Bernabé quiso atenuar el disgusto del doctor.

—Bien pudiera ser cierto eso—dijo—Tan difícil es creer en la emanación del yo subconsciente y en los otros fenómenos.

El Doctor se alegró.

—¡Naturalmente! Usted tiene talento.

— Pero es asustador eso de continuar una vida donde todos dicen que sufren.

Pereira tuvo un gesto paternal de esos con que un buen abuelo se reviste de paciencia, ante la terquedad, y dijo:

— Fíjense ustedes, hijos míos, en qué por el hecho de desencarnar y recobrar le consciencia plena de nuestras existencias, no alcanzamos repentinamente la perfección.

Después de un suspiro añadió.

— ¡Hay tantos espíritus inferiores! En el mundo de los espíritus abundan esos seres imperfectos, atormentados por pasiones. Son esos los que continuamente encarnan.

— Entonces es por eso por lo que vale tan poco la humanidad — dijo Alfonso.

— Son esos los que cuando vienen a comunicar no dicen nada interesante — añadió el Doctor, sin prestarle atención — y se permiten burlas y hasta maldades. El espíritu conserva las pasiones humanas. Quizás es el único que las tiene, en lugar del calumniado cuerpo físico que nosotros conocemos.

Y acabó, muy en serio, mientras los amigos hacían esfuerzos por aguantar la risa:

— En las tabernas de Londres hay siempre una inmensa multitud de espíritus de los borrachos que desencarnan. Los pobrecillos andan allí a la rueda, en torno de los que beben, a ver si pueden pillar una pizquitilla de vino o de alcohol.

VII

Los quemarrupias

Llegaron los paseos de convaleciente. Bernabé se había quedado débil, con esa debilidad que deja la gripe. Bajaba al jardincito del Hotel, se sentaba a la sombra de la mimosa, cuyos racimos dorados formaban el parasol, que perfumaba tenuemente el aire. De día en día crecían las plantas, se elevaban las palmeras; geráneos, margaritas y glicinias florecían con prodigalidad, los claveles de sangre se abrían al aire libre; mariposas grandes como pajarillos revoloteaban, con esa cosa de papel que arrastra el viento que tienen las alas de las mariposas; los palomos de buches metálicos, arrullaban a la hembra en el alero del tejado, con un énfasis muy portugués, y las golondrinas, coquetas, se le aproximaban, con su vuelo indeciso, para dar esa media vuelta en la que enseñan la blancura de la pechuga, y desaparecen después.

Su vanidad pensaba:

— Esa mujer juega conmigo al *Juego de la perdiz*. Finge acercarse y alejarse para interesarme más.

Para ofrecerle ocasión salía sólo, entraba en el pinar, pisando las orquídeas y las primaveras que alfombraban como estrellitas blancas todo el pavimento. Había un desbordamiento de vida; brotaban flores por todas partes. Aquel terreno era tan fértil que el polvo hacía germinar la semillas entre las ramas cortadas de las palmeras, cuyos troncos sinuosos, con muñones mutilados, aparecían cubiertos por lozanas plantas de trébol. Hasta en el tronco de un reumático cactus había nacido un vástago, que se agarraba con las raíces descubiertas a la intersección de las ramas, como uno de esos negrillos que rodean los brazos en torno del cuello de la madre cuando los lleva a la espalda. Esperaba, esperaba en vano, ella no venía.

— ¿Temerá que la vean? — se preguntaba.

Para disculparla, pensaba en la severidad de costumbres que estaba obligada a guardar una mujer en un país intransigente e intolerante. Se daba cuenta de la clase de vida de aquellas austeras villas portuguesas, rientes y tristes a un mismo tiempo. Tendía la vista por los hotelitos diseminados en toda la ribera. Hasta en las mismas agrupaciones que formaban calles no se mezclaban unos a otros, las gentes no se veían, apenas se visitaban. A no ser por los extranjeros cada uno de aquellos pueblecillos parecería un gran Béguinage, en el que cada celda albergaba una familia. Estaban los hoteles cerrados como si no los habitase nadie.

De vez en cuando surgía el penacho de humo del tren, confundiéndose con la espuma del agua que se vislumbraba a lo lejos; se le veía llegar ar-

rastrando los coches llenos de gente y lanzando ese grito triunfal que hay en la laringe de la locomotora.

El debía irse un día en aquel tren, dejar aquellos lugares donde todos los sentidos estaban alagados en el ambiente de reposo, de perfume sutil de panoramas mágicos. Los árboles movían las ramas como si las agitase el viento. Había en ellas más pájaros que hojas, y piaban, trinaban, cantaban con mil suaves voces.

¡Sería tan hermoso amar allí! ¡Si Juanita hubiese querido! Pero la joven sólo se dejaba ver en compañía de sus amigas. Para estar a su lado tenía que tomar parte en las sesiones de espiritismo que se habían reanudado en el cuarto de Virginia, donde estaba Adelaida enferma, hacía varios días, con fiebre y un gran desequilibrio nervioso.

Juanita era siempre la medium, escribía comunicaciones en una especie de estado de sonambulismo. A veces se dormía y hablaba con una voz empañada y cavernosa.

Cada vez avanzaban más en aquellas prácticas. Hasta una noche, con la luz apagada, habían creído algunos de los asistentes oír ruido de pasos, sentir un sople frío en sus rostros y ver una sombra luminosa. Alfonso afirmaba haber visto algo y Bernabé no se atrevía a confesar que al oírlo había cerrado los ojos.

El Doctor se indignaba.

— Es una profanación hacer esas prácticas por diversión — les decía — Yo soy teosofista; buscamos en los buenos espíritus luz y ayuda, y tratamos de ser buenos, de perfeccionarnos para ser felices. No se puede pensar en el espiritismo de otra manera.

Alfonso no daba su brazo a torcer. Quizas por lo mismo que se impresionaba seriamente, ponía mas empeño en negar.

— Son ilusiones nuestras — decía — y la prueba está en las diferentes manifestaciones de un mismo espíritu. Cuando se evoca a un espíritu de alguna persona célebre, que acude todos los días a cien mesas diferentes, se ve que en unas se presenta como un espíritu de violencia y en otras lleno de mansedumbre y bondad. Según la concepción que de él tienen en cada caso.

La discusión era inacabable.

Adelina seguía enferma; la sobrecogían crisis nerviosas, sueños profundos, tenía fiebre algunos días y se desmejoraba visiblemente. Bernabé y Alfonso pensaban que debían dañarla aquellas sesiones, pero nadie participaba de su opinión.

Una noche la mesa anunció una entidad.

— ¿Quieres decir quien eres?

— Si.

— ¿Eres mujer u hombre?

— Mujer.

— ¿Portuguesa o Española?

— Española

Los dos amigos se alarmaron. Juego o verdad tenían miedo de ver un día profanados allí sus afectos mas íntimos.

— ¿Dónde has desencarnado?

— No he desencarnado.

— Es el espíritu de una persona viva — dijo con alegría Elisa — Un caso nuevo.

— Es muy frecuente.

— Pero aquí no se había presentado.

— ¿Cómo te llamas?, preguntó la medium.

— Aurelia.

— No, no — exclamó Alfonso con violencia — dejemos esto.

— ¿Eres la novia de Alfonso? — volvió a preguntar Juanita.

— Sí.

El joven no se pudo contener.

— He dicho que no tolero que siga esta broma.

— No es broma.

— Pues haga usted que se retire.

Su voz era tan decidida que Juanita ordenó al espíritu que tornara a su destino.

Alfonso estaba visiblemente disgustado. El médico reía.

— Es usted muy pusilánime; veo que tiene miedo, y precisamente cuando yo le traigo un desafío.

— No es miedo, es que no quiero que sirva de juego lo que hay en el mundo de más sagrado para mi corazón.

El Doctor sacó del bolsillo una carta. Era una carta perfumada, escrita en lujoso papel *color tango*, con una figura dorada al extremo.

— Una dama me ha dado para usted esta carta.

El la abrió y la leyó.

Después dijo riendo:

— Esto es otra cosa. No me causa miedo ninguno.

— ¿Qué es? preguntaron todos curiosos.

— Una médium que me desafía a hecer una sesión a solas con ella, ofendida de mi incredulidad, que le ha contado el Doctor.

— ¿Va usted a aceptar?

— ¿Qué duda cabe, invitándome una dama?

— Yo quisiera ir también — dijo Bernabé.

— Es imposible: a las citas femeninas se va siempre solo.

Las señoras querían continuar la sesión.

— Pero nada de seres vivos—dijo Alfonso.

— Eso no es culpa nuestra— protestaron algunas.

— Es que nos embroman espíritus burlones — dijeron otras.

— Serán de esos que en España se llaman *quemarrupias*— agregó Bernabé.

— Pues para esos hay un remedio—dijo ya exasperado Alfonso.

Mientras la medium preguntaba á una entidad que respondía ser un navegante portugués. «¿Estás ahí?»

Alfonso sacó la navaja del bolsillo, la abrió y trazó una cruz en el aire.

Se oyó cómo un chasquido, cómo algo que se rasgaba, un gemido doloroso y tenue y no se volvió a producir ningún fenómeno.

Corrió por la médula de todos un escalofrío de pavor.

— ¡Jesús!

— ¡Dios mío!

— ¡Qué espanto!

Exclamaron las señoras asustadas. Todos estaban impresionados.

— ¿Esta V. cierto de que no ha cometido un asesinato? — preguntó severamente el Doctor.

El joven estaba pálido.

— Segurísimo — contestó.

— Pues yo no diría tanto—insistió Pereira.—Creo que ha matado usted a un muerto, que ha destrozado su cuerpo astral en un momento en que se mate-

rializaba. Además, si yo cometiese un asesinato con el pensamiento me consideraría asesino.

— ¡Qué exageración! — dijo Bernabé acudiendo en socorro de su amigo.

En aquel momento Adelaida dió un grito terrible y se despertó. pálida, descompuesta, con muestras de terror en el semblante. Todos corrieron hacia ella.

— ¿Qué tienes?

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ese hombre amarillo! ¡Ese hombre de la túnica bordada y los ojos torcidos! — decia ella delirando.

— ¿Pero qué hombre?

— El hombre amarillo... ¡Me queria llevar! Ha pasado por mi cara las manos frías.

No podían calmar a la joven. La agitaba una convulsión nerviosa violenta. Fué preciso administrarle unas gotas de éter.

— Yo creo — insistió Bernabé — que estas cosas del espiritismo la impresionan demasiado en el estado en que esta.

El cariño de Virginia alarmado le dió la razón.

— Es verdad, hay un gasto de energías, de fluidos vitales, que pueden perjudicar. Se ha impresionado demasiado con lo que Alfonso ha hecho. No haremos más sesiones. Tiene razón el Doctor: esto no es un juego.

Costó trabajo que Adelina se calmase; al fin se quedó dormida en la butaca.

— Ha pasado el peligro — dijo Pereira —; podemos, si ustedes quieren, ir al comedor.

— Yo me quedo a su lado — dijo Juana —; he comido ya.

Todos salieron dejando a las dos jovenes solas; pero al llegar a la escalera, Bernabé retrocedió y volvió a entrar en la habitación.

— ¿Ha olvidado usted algo? — preguntó Juanita.

— No... vengo para poder hablar con usted un momento a solas.

Ella le señaló con la mirada a la enfermita.

— Duerme — dijo él —; quiero despedirme de usted porque dentro de un par de días me voy para no volver.

— ¡Que sea usted feliz! — susurró ella.

— Se queda usted tranquila sin el espectáculo de un amor importuno.

— Si de mi dependiese, no se iria usted.

— Dígame una palabra, y me quedo.

— Bien sabe que no puedo pronunciar esa palabra, ni usted se quedaria.

— Pero al menos dígame que me podria haber amado.

— Si...

— ¿No le soy indiferente?

— No.

— ¿Y nos vamos a separar así?

— Es preciso.

La sentia temblar ansiosa y conmovida.

Por el balcón abierto se adivinaba el paisaje iluminado por la luna, y entraba el croar de las ranas.

Bernabé atrajo hacia sí dulcemente a Juanita. Brillaban las luces de los hoteles en la lejania; un perfume indescriptible se escapaba de las palmeras, de las mimosas, de las flores y de la tierra. Era un olor de campo en flor, de una noche

de luna: un enloquecedor perfume a noche de luna.

— ¡Dime que me amas!

— ¡Si...!

— ¡Deja que se unan nuestros recuerdos para siempre!

— No...

Lo decía con esfuerzo. El joven tuvo la idea de que Juanita había puesto tanto empeño y coquetería en defenderse, que el juego había llegado a convertirse en empeño. Luchaba con su deseo y con su orgullo. El entregarse constituía ya para ella un vencimiento.

Le suplicó humilde:

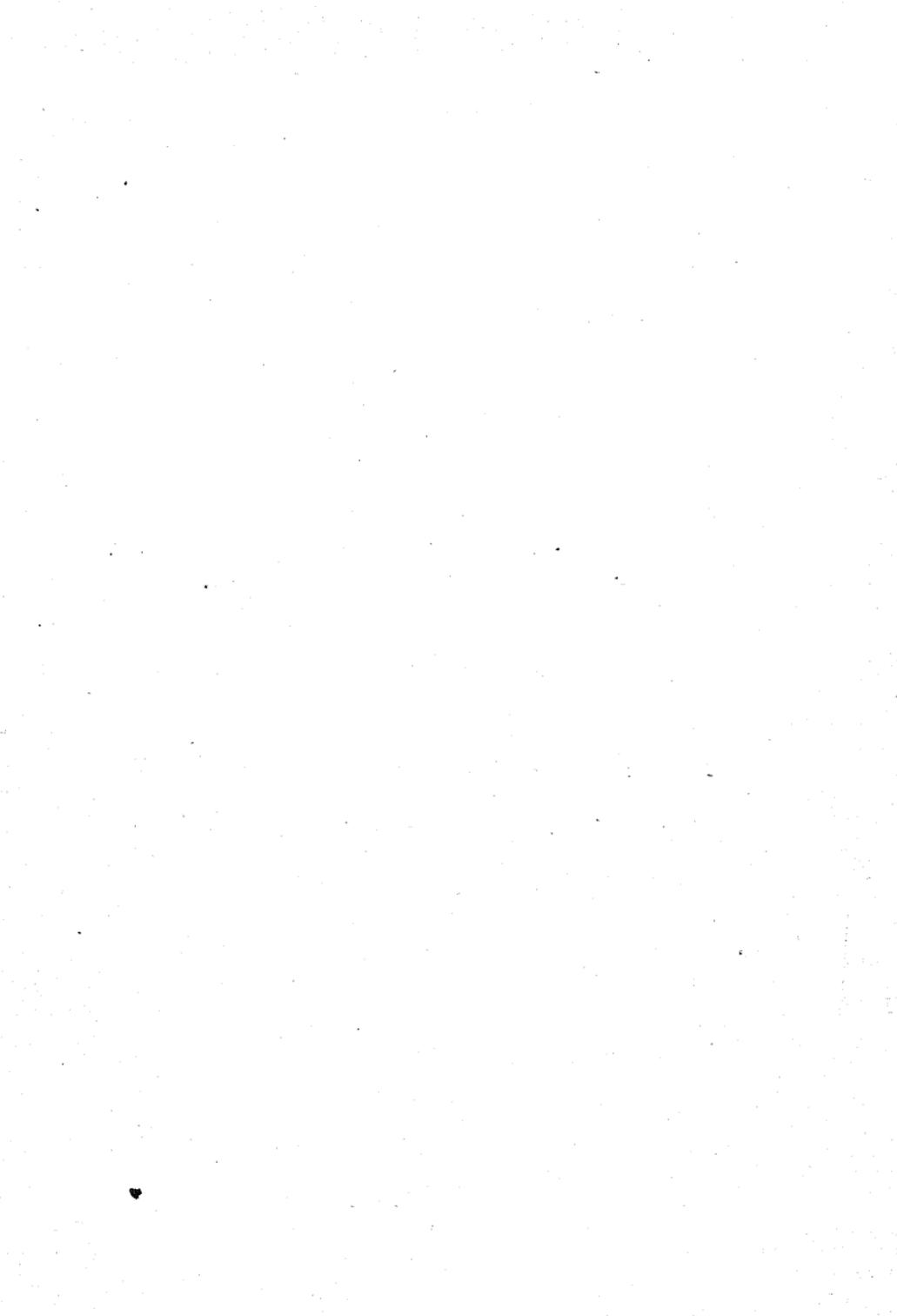
— ¡Sé piadosa! ¡Tú eres la fuerte, la árbitra, la todopoderosa!! Ten piedad...!

Y ella murmuró:

— Si...

— ¿Cuándo?

— El último día de tu estancia en Portugal.



VIII

La Pitonisa

Aquellos tres días últimos que Bernabé pasó en Estoril estuvo más respetuoso y comedido que nunca con Juanita. Quería que ella viese en su actitud su agradecimiento; ponía especial interés en parecer triste, como el que va a conocer la felicidad para perderla. Quería que ella se viese dominadora y triunfante, que lo creyese el vencido, el esclavizado; pero en el fondo experimentaba una inmensa alegría. El no amaba a Juanita, pero sentía una gran pasión, indomable, que le impulsaba hacia ella, y cuya satisfacción le proporcionaría una gran felicidad. Esa sensación del sediento que en una larga caminata bajo el sol encuentra la fuente fresca y serena, y después de la gran satisfacción sigue el camino, dejándola sin pena y lleno de un grato recuerdo.

Sin duda ella le amaba igual. No le dejaría su paso un dolor ni un remordimiento. Hasta la originalidad de elegir para entregarse a su amor el

último día de su estancia allí, para evitar toda complicación, ponía en la aventura un aliciente más. El guardaba cuidadosamente su secreto a todos, hasta a Alfonso.

Este estaba preocupado. Había recibido carta de Aurelia en la que la joven le decía que sentía una inmensa pena porque lo había visto en sueños rechazándola de su lado: "Yo había ido a Portugal le decía, había entrado en ese Hotel, en que tú estás; te encontré sentado con Bernabé cerca de varias mujeres, en la habitación donde había una niña enferma. Yo estaba como asustada, porque tú parecías no conocerme, y cuando una de aquellas mujeres me preguntó quien era y le dije que era tu novia, te enfureciste y mandaste que me arrojaran de allí. Desde entonces tengo mucha pena, pues me parece que esto ha sucedido en la realidad. Tranquilízame y dime que me quieres como siempre".

Estaba obligado a creer en la verdad de aquellos dobles de los vivos de que hablaban los espiritistas. No cabía dudar de este hecho. Aurelia había estado allí en el momento que la mesa había denunciado su presencia.

Aunque le afirmaban que estos desdoblamientos no eran peligrosos, él sentía un miedo invencible a poseer una fuerza en su pasión para atraer el espíritu de su novia. Creía que ese espíritu que la abandonaba para llegar hasta él podría no volver a entrar en el cuerpo tan bello y tan adorado.

No le satisfacía saber que estaba a su alrededor; quería verla y poder llegar a tenerla completamente suya, en cuerpo y alma.

Vacilaba en acudir al desafío de la médium, con el temor de que se pudiese reproducir el fenómeno.

En vano Bernabé, siempre incrédulo y dispuesto a la chirigota, trataba de tranquilizarlo.

—Estos desdoblamientos de vivos pueden ser una transmisión de imágenes psíquicas entre dos cerebros armónicamente acordados — le decía — en los que uno hace el papel de aparato emisor de ondas y el otro el de receptor.

—Es que en este caso no ha sido una telepatía, ni siquiera una imagen, sino una realidad tan fuerte que Aurelia la recuerda después de despierta, lo que no suele ocurrir en los desdoblamientos o doble vista que se ha comprobado ya en los sonámbulos. Es verdad que ella ha estado aquí.

—Pues sin duda no ha sido más que uno de esos estados magnéticos. Tal vez tu pensamiento que fué hacia ella obligandola a venir hacia tí. Nuestro cerebro es un aparato maravilloso, dotado de facultades físicas y mecánicas extraordinarias.

—Pero yo no he querido producir este fenómeno.

—El que sea involuntario no quiere decir nada. Nuestros pensamientos pueden viajar como viaja la palabra, que se descompone en ondas Hertzianas para ir del punto de partida al de llegada, donde el aparato de recepción la reconstituye.

Pero él no se convencía:

Fué preciso que el Doctor Pereira le asegurase que la médium evitaría la evocación de seres que le fuesen queridos, vivos o muertos, ya que lo creía una profanación. Al Doctor, en cambio le parecía una monstruosidad que el joven no quisiera convivir con los espíritus de los que amaba.

—Estamos en medio de un mundo maravilloso, que la tosquedad de nuestros sentidos no nos consiente conocer, y no queremos abrir sobre él las ventanas de nuestras almas — decía — ¡Cuántas sensaciones admirables perdemos! Es como si asistiéramos a la ópera con los ojos cerrados y tapados los oídos.

Por fin se decidió a acudir a la cita. Sus amigos lo despidieron todos como si emprendiese un viaje peligroso. El bromeaba.

— Descuiden ustedes que si me muero he de venir a avisarles y a contarles lo que hay por allí.

— ¡Ay! No, no, no diga eso, — exclamaban asustadas las señoras.

— No tengan ustedes miedo y sobre todo no dejen de llamarme a la pata de la mesa.

Bernabé se puso serio.

— Por muy en broma que se tomen, no se debe abusar de estos juegos espiritistas — dijo.

— Es cosa sin importancia — repuso Alfonso — Ya les contaré lo que suceda y si hay algo digno de tenerse en cuenta, solicitaré que puedan asistir ustedes a una sesión.

— Te advierto que no tengo interés. Lo que quiero es que me prometas apartarte de todo esto. Hace daño al espíritu el pensar tanto en la muerte.

— Procuraré complacerte, pero te aseguro que las prácticas espiritistas tienen algo de lo que sucede con el opio y la morfina. Se aficiona uno a ellos.

Había en todos una extraña inquietud que duró hasta el regreso de Alfonso. El joven venía pálido, comovido. Se notaba que había sufrido.

Lo rodearon llenos de inquietud y de curiosidad.

— ¿Qué ha sucedido?

— ¿Ha visto usted algo?

— ¿Es verdad que hay espíritus?

Se esforzó por sonreír.

— Amigos míos — respondió — no quiero desflorar con un relato de mis aventuras la emoción que les preparo para mañana.

— ¿Cómo?

— La admirable medium que he conocido hoy consiente en hacer mañana una sesión a la que podemos asistir todos.

Adelaida y Juanita palmotearon.

— No se alegren ustedes tan pronto.

— ¿Por qué?

— Es preciso que se armen ustedes de valor.

— ¿Tan asustador es lo que allí sucede?

— Ustedes mismas juzgarán. Yo por mí sé decirles que he tenido que pedir gracia antes de acabarse la sesión.

— ¿Qué ha visto usted?

— He prometido el silencio para no privarles de la sorpresa.

— ¿Pero hay algún peligro? — preguntó Doña Elisa inquieta.

— Les ruego que no hablemos de esto hasta mañana.

Fué inútil preguntarle nada más, pero su aspecto impresionó de tal modo a la mayoría de las señoras que al día siguiente se excusaron de ir. Se habían contado unas a otras cosas de espíritus que habían damnificado a los incrédulos. Un peñodísta, invitado por la misma médium había reci-

bido una soberbia paliza de los espíritus, que le obligaron a retractarse de sus burlas.

Así sólo Juanita, la viuda y Virginia acompañaron a los dos amigos. En cuanto llegaron al Cais de Sodré tomaron un automovil y se dirigieron a la travesia de Santa Justa en busca del Doctor. Este los esperaba ya, dentro del Hotel Francfort, que con sus claras paredes de cristal sobre la calle tenia un aspecto de gran pecera, dentro de la cual se veia moverse a los huéspedes.

— Les voy a presentar a ustedes a la mujer más notable que existe en Portugal, desde el punto de vista de las ciencias psíquicas.

—   Quien  s?

— No tengo permiso para decir su nombre: llem mosla la *Pitonisa*.

—   Es la médium de ayer? pregunt  Alfonso.

— No, amigo mio. La médium que usted vió y que le ha interesado, por lo que puedo observar, lo cual no tiene nada de estra o porque es bellísima, trabaja solo bajo la direccion de nuestra Pitonisa. Es una mujer extraordinaria.

El automóvil cruzó la Plaza del Rocío, siguió la hermosa Avenida de la Libertad, con sus jardines y sus aulayas floridas y penetr  en las Avenidas Nuevas, donde se detuvo ante una casa moderna de apariencia elegante y risueña.

— La verdad es que esto no tiene aspecto de antro macabro — dijo Bernabé.

Subieron la escalera del primer piso y una criada les condujo al salón, sin preguntarles una palabra,

La mirada recelosa de Bernabé recorrió la estancia.

Ademas de la puerta de entrada tenía otra que comunicaba con un salon contiguo. y dos ventanas sobre, la calle; pero todos estos huecos estaban cubiertos por espesos cortinajes que mataban la luz y los ruidos.

Las paredes estaban decoradas con cuadros sencillos, las rinconeras sosteniendo plantas y flores, el piano y la consola con bibelots de bazar; en unión de las sillas y el sofá enfundados en crudillo, le daban la apariencia común a todas las casas de burgueses acomodados, donde preside un pueril gusto femenino. En el centro de la habitación habia una enorme mesa de comedor, tallada y pesante: nada de cabalístico, ni siquiera el velador de tres patas, y, sin embargo todos creian percibir algo extraño en al ambiente, algo denso, quizás la presencia invisible y material de los espíritus que acudirian allí en mayor número.

La Pitonisa era una mujer de cabellos blancos y rostro inteligente: muy simpática y vivaz. De pequeña estatura, algo gruesa, un poco cargada de espaldas, habia en ella algo extraño que impresionaba de un modo inexplicable.

— Esa mujer tiene algo misterioso en los ojos — dijo Bernabé.

— Dejas volar la imaginación — repuso Alfonso.

— Fíjate en esos ojos algo hundidos, profundos, que no se sabe de qué color son. Parecen ojos de muerto.

— Al contrario, yo encuentro en ellos una luz, que tiene algo de llama. Los compararia más bien a unos crisólitos con su luz verdosa y azulina, de reflejos tabaco y oro.

— Se comprende que esos ojos vean a los espíritus.

La dama se acercó a ellos.

— ¿Murmuraban?

— Decíamos que tiene usted unos ojos extraordinarios, señora, — respondió Bernabé.

— Capaces de leer en lo infinito — agregó Alfonso.

— Es cierto — afirmaron las señoras.

La Pitonisa sonrió como quien acepta un cumplimiento y repuso.

— Ya me lo han dicho muchas personas.

— Es usted un ser extraordinario, una verdadera Pitonisa — dijo Virginia — Las ciencias ocultas han tenido pocos cultivadores que, con la misma pericia, sepan echar las cartas, leer en las líneas de la mano y trazar un horóscopo.

— Ese elogio, hija mía, hubiese hecho que me quemaran viva y me pasearan por la calle untada de miel y cubierta de plumas, hace unos centenares de años.

— Una vez — siguió Virginia, dirigiéndose a los españoles— vine a que me echara las cartas para saber la suerte de una amiga mía a la cual le iban a hacer una operación. "Morirá" — me respondió — ¿En la operación? — "No, después". En efecto la intervención se realizó felizmente: mi amiga estaba mejor, casi buena; vine a decírselo a nuestra Pitonisa. Ella tomó la baraja, tendió las cartas y, después de mirar aquello en donde ella leía sin que yo pudiese comprender nada, me dijo: "Morirá mañana". Me fuí de aquí a casa de la enferma. Estaba mejor, casi fuera de peligro, pero al día siguiente recibí

la noticia de que habia muerto repentinamente, de una embolia, al amanecer.

— Yo habia visto la muerte y no me podia engañar — dijo la señora.

— ¿Cómo la habia visto usted? — preguntó Bernabé.

— No puedo decirlo, es una cosa que se ve y no se explica.

— Pero es una cosa terrible--intervino el Doctor.
— Una vez vine yo con un amigo que deseaba saber el resultado de un viaje al Brasil que proyectaba. La señora consultó la baraja y le dijo: "No va usted a hacer ningún viaje" Mi amigo se echó a reír "Tengo ya el equipaje a bordo — afirmó" y los dos salimos de aquí convencidos de lo falso de la profecía... Al día siguiente mi amigo cayó enfermo con pulmonía y murió... No hizo el viaje.

— Yo no quise decirle que veia su muerte, y su aura ennegrecida en torno suyo.

— Es terrible buscar las profecias — dijo Juanita — a mí me aterraria conocer mi destino.

— Pues yo siento una gran curiosidad — exclamó Alfonso.

La Pitonisa extendió las manos suaves, brillantes, de gran señora, unas manos depuradas, como solo pueden ser las manos de las ancianas educadas e inteligentes y cogió las manos del joven.

— Hay que mirar las dos — dijo — La una suele ser como la fé de erratas de la otra, la que pone las notas aclaratorias a los signos que aparecen indecisos y oscuros.

Las palpaba con movimientos de masajista, como si quisiera penetrar en los tejidos, en los

huesos, moviendo los dedos y mirándolos por ambos lados.

— ¡Oh! Los dedos tienen mucha importancia, — volvió a decir — En los dedos hallamos el secreto de la mente, de lo espiritual, y en la palma de lo material. En usted hay un buen equilibrio entre uno y otro. No tiene los dedos largos de las personas detallistas ni la impulsividad que indican los cortos. Algo flacos, indican gustos sencillos, tendencia económica y mente investigadora... El color de su piel expresa genio vivo y algo melancólico... El tercer dedo largo, talento... en la segunda falange se lee que está dispuesto a trabajar... Esta segunda falange del pulgar en anillo indica inteligencia rápida y viva... Tan echado hacia atrás significa generosidad y algo de extravagancia... La articulación ideal no es filosófica... Las uñas cortas y redondas, sobre las que crece la piel naturalmente, dan idea de una naturaleza irritable pero pronta a calmarse... En el color de ellas se ve que ha nacido usted en luna vieja.

Bernabé interrumpió.

— Jamás había visto un análisis tan detenido.

— Porque habrá usted confundido la charlatanería con la cartomancia. Hay que examinarlo todo. ¿Ve usted las líneas del puño? es el brazalete de la vida, que indica si es feliz y libre de cuidados y torturas... La forma de la mano nos dice el carácter... el señor tiene un noble carácter... generoso... sentimental... Todos los montes están desenvueltos. Debajo del índice, el monte de Júpiter, dice que siente ambición y orgullo... Bajo el dedo del corazón, Saturno, expresa intensidad de pensamiento y acción... Bajo el anular, el Sol, inteligencia, cla-

ridad de juicio... Aquí, bajo el meñique, Mercurio, expresa penetración. Más abajo, el monte de la Luna, naturaleza viva.

— Pero no me dice usted más que cosas amables, señora.

— Ya veremos lo que dicen las líneas... El comienzo normal de la línea de la cabeza en la línea de la vida indica poder de la voluntad... La línea del destino es buena por que empieza en Saturno, pero la línea de la influencia, que la intercepta, hace necesario no ser demasiado confiado en la suerte... Aquí hay una estrella que indica que lo amenaza un accidente hacia los cincuenta y cinco a los sesenta años...

— Pues ya es una buena predicción llegar a esos años.

— Sin duda... La línea del corazón, terminando en el monte de Júpiter, indica amor, idealidad, y el tener en sus comienzos tantas ramas, amor profundo y apasionado... La línea de la vida...

Se detuvo.

— ¿Diga?

— Larguísima y dichosa.

— Confieso que me había asustado.

— No hay razón... Procure dominar la fantasía.

Le dejó la mano con un gesto triste en el que no repararon.

— ¿Y a mí? — Pregunto Bernabé — Yo quisiera que me dijese esas cosas tan bellas que le ha dicho a Alfonso.

— ¿Y si no son tan agradables?

— De todos modos me gustarán. Cuando pequeño, uno de mis placeres, era que mi madre acariciase mis dedos en ese juego infantil, en que uno

de los dedos pide un huevo, otro se lo come y cada uno hace su papel. Desde ahora en adelante mis dedos serán para mí Jupiter, Saturno, el Sol y Mercurio.

La Pitonisa tomó riendo la mano que le tendía.

— Amigo mio, la primera falange de su índice nos dice que usted no tiene interés científico, y la tercera del dedo del corazón expresa amor a la belleza y al éxito... Su pulgar corto, falta de energía... las falanges, normalmente cortas, poca voluntad... la flexibilidad de los dedos, generosidad y extravagancia... Este vello que nace en ellos, genio apasionado y pronto a encolerizarse. El monte de Venus, bajo el pulgar, habla de grandes pasiones... poca gana de trabajar... La línea de la vida larga, de buen color, rodeando el monte de Venus es para vivir más de cien años, no hay ni un solo cuadrado peligroso. Y esa otra línea paralela a ella indica una constitución robusta.

— Estoy encantado.

— No tan pronto... Le amenaza un gran disgusto... lo dice la línea del destino.

— ¡Un gran disgusto! ¿Por qué?

— No sé.

— ¿Alguna muerte?

— No sé.

— ¿Una desgracia?

— No sé.

Se veía el propósito de no decir más. Bernabé rió.

— Es cierto: el disgusto de dejar Lisboa — y sus ojos buscaron los de Juanita, que halló fijos en los suyos.

— ¿Pero es posible que en las líneas de la mano esté escrito lo por venir? — dijo la viuda.

— Los hechos lo demuestran. En el espiritismo hay predicciones maravillosas. Una vez me avisaron los espíritus para que escribiese a un amigo que dejase el lugar donde se encontraba y viniese a Lisboa, para librarse de un gran peligro. El no hizo caso, y al poco tiempo fué asesinado por uno de sus criados.

— Quizás el espíritu piadoso que avisó veía el odio, y aconsejaba por deducciones lógicas.

— ¿Y como se explica usted eso?

— No sé... no sé... Yo no soy una catequista... Yo digo lo que he visto... Yo trabajo ansiosa para hallar la verdad y convencerme de que la muerte no existe, de descifrar ese terrible problema que planteó Schakespeare "Ser o no ser" "To be or not to be".

Hablaba agitada, vehemente, sugestionándolos a todos.

— Ni creo ni dejo de creer: He visto. Hay algo que no sé lo que es, pero algo cierto. Fenómenos que no se pueden poner en duda. Existe una fuerza desconocida que aparece débil, que dura poco, que se desvanece pronto... ¿Son realmente los seres que existieron que viven invisibles? ¿Es otra cosa? No lo sé... Esa certidumbre es la que busco ansiosa.

— ¿Es usted teosófista?

— No... yo no gusto de sistemas. He estudiado las ciencias ocultas... he viajado, he estado en la India, conozco la última palabra de la magia... Nada de eso me interesa... Ante la vida perdurable todo le demás tiene poca importancia.

— ¿Pero usted duda, a pesar de lo que ha visto, pregunto Virginia.

— Siempre.

Se indignó el Doctor.

— Es demasiada incredulidad. No podemos dudar de que el cuerpo físico es diverso del cuerpo astral y pueden obrar separados. No solo se demuestra en el sonambulismo, sino en plena vigilia. Están comprobados muchos casos y todos conocemos el de una joven profesora que se desdoblaba involuntariamente, de un modo que todos podían verla. Sus discípulas la contemplaban a un mismo tiempo sentada en su sillón y en el jardín cogiendo flores, si bien en esos momentos no hablaba. Su cuerpo astral era tangible separado del cuerpo físico, que quedaba paralizado hasta que volvía el primero a poner en marcha su máquina. Si no hubiera vuelto, se hubiese muerto. Y yo deduzco de aquí una enseñanza. En estos desdobles no se experimenta el dolor que suponemos al morir. El espíritu desencarna y encarna sin dolor.

Parecía dispuesto a seguir en su discurso, pero Bernabé lo interrumpió con una de sus continuas bromas.

— Yo desearía encarnar en un hermoso gallo al que admiraran todas las gallinas.

La salida de tono causó la hilaridad de todos.

— Y un buen día lo echaban a usted al puchero, amigo mío, dijo riendo la Pitonisa.

— Echarían mi cuerpo de gallo, señora; yo me iría a buscar nueva habitación donde meterme.

— No se burle de las encarnaciones—exclamó el Doctor.— Ellas son las que nos purifican para librarnos de todos los elementos materiales y llegar a la felicidad suprema. El cielo para todos, sin esa visión terrorista y angustiante de las penas eternas.

—Pero queda el Purgatorio—dijo Alfonso.

—Y el cuerpo físico como si fuese un filtro —añadió incorregible Bernabé.

—No se debe hablar con esa ligereza —atajo sería la Pitonisa. Las cosas tienen un significado diferente al que nosotros les damos, mas allá de la frontera de la vida. En una de las últimas sesiones que he tenido, apareció la madre de un amigo mio y le manifestó que no estaba con otro hijo que se le había muerto. Le preguntamos si había ido al cielo o al infierno y respondió "Aquí es todo distinto de cuanto habíamos imaginado."

—Pero no reveló el misterio.

—No. Sin duda hay leyes a las que tienen que obedecer. Yo tenía un espíritu protector que estaba al lado mio siempre. Ese espíritu se aparecía en todas las sesiones hasta que un día me dijo:— "Hoy es la última vez que puedo manifestarme." Experimenté una sorpresa dolorosa. "¿No vendrás ya más?" "No" "¿Pero donde vas?" le dije con angustia, como si viese morir a una persona querida, y se limitó a contestar "A cumplir mi destino".

—Si —añadió el Doctor — Las manifestaciones tienen un término misterioso. El célebre espíritu que evocaba Miss Florence, la médium de William Crooks era el más perfecto de cuantos se conocen. Le pusieron Katie King y se estuvo manifestando muchos años con tanta perfección, que la veían todos, en la forma de una bella joven; reía, hablaba, se movía, se dejaba tocar; hasta que un día, después de mucho tiempo, declaró que no volvería. Había cumplido su misión e iba a realizar su destino libre del gran sufrimiento que el aparecer le había costado. Lo mismo le sucedió a otro de los espec-

tros más perfectos, Jonh King, el que formaba la italiana Eusapia Paladino. Sin embargo otros tienen un gran placer en comunicar con los vivos.

—Yo he observado— dijo la Pitonisa— que aunque el espíritu es eterno, las pasiones no lo son. A nuestras sesiones venia un espíritu que en vida habia estado apasionado de la médium, hasta el punto de volverse loco y morir-se de amor. Este espíritu la acompañaba siempre; un día le trajo un aporte de flores y escribió, con escritura directa en un papel colocado sobre el piano. «¡Le consagro todo mi amor!» y dejó allí su firma auténtica.

Los jóvenes no se atrevían a manifestar su duda de aquellas maravillas por no ofender a la dama.

—Pues bien— siguió ella— llegó un día en que ese espíritu volvió a escribir de su puño y letra: «Ya no te amo»; y al poco tiempo se despidió para siempre.

—¡Ni siquiera en los espíritus hay fidelidad--- suspiró Juanita.

—¿Pero dice usted que trajo flores? ¡Y usted las vió!—insistió Bernabé.

—Ya lo creo. Pero eso no tiene nada de extraordinario. Les voy a enseñar a ustedes el pequeño museo espiritista que he ido reuniendo al través de mis investigaciones.

Se levantó, con su cuerpecito un poco encorvado y su cabecita de cabellos blancos, erguida y vivaz y se dirigió a la habitación cercana, seguida de sus visitantes.

Bernabé le dijo en voz baja a su amigo:

—Fijate. Bastaría echarle el clásico manto de estrellas sobre los hombros para que pareciera una verdadera Pitonisa.

IX

El museo de los espíritus

La señora se detuvo ante una vitrina, introdujo la llave en la cerradura y la abrió. Parecía que acababa de abrirse la puerta de un Panteón mucho tiempo cerrado, y se esparció por el aire ese ambiente de humedad, ese olor mohoso e inconfundible de los cementerios.

La señora de Albar introdujo su mano aristocrática dentro del mueble y empezó a sacar objetos que los demás recibían tratando de ocultar la repugnancia que les producía su contacto.

Ella les explicaba:

— ¿Ven ustedes esta cabecita de buho?... Es de mármol y está admirablemente esculpida... Ha llegado aquí en unas circunstancias rarísimas... Era un día en el que yo había trabajado mucho y sin embargo no quise faltar a la sesión habitual. Al empezar exclamé: — «¡Ah queridos amigos, que fatigada estoy! Bien merezco que me obsequiéis con

alguna cosa" — No tardaron en aparecer varios espíritus. Sentíamos pasar sobre nuestros rostros manos frías y manos con la temperatura natural de los vivos. De pronto yo dije; — "Vamos amigos míos, un aporte" — En el acto cayó sobre mi mano un objeto que se deslizó al suelo. Encendida la luz encontramos este buho tan bello, una obra maestra. Como ustedes ven el tiempo ha hecho adquirir al mármol esta pátina de antigüedad, y la parte de dentro conserva la blancura ya un poco empañada, pero que cuando lo trajeron aparecía limpio, acabado de arrancar.

— ¿Y no sabe usted de dónde es?

— Si. A las pocas noches, en otra sesión, nos dijeron las entidades. por medio de la tiptología, que lo habían traído de la calle 80 del cementerio del Père Lachaise. Escribí y en efecto, en esa calle de la ciudad de los muertos falta a un monumento una cabeza de buho, compañera de otra que aparece al lado izquierdo, y cuya fotografía no da lugar a dudas de que es hermana de esta. Véanla ustedes.

Era en verdad una cabeza igual a la de la fotografía.

— A mayor abundamiento — continuó ella — aquí tienen la fotografía del monumento, de un buen comerciante ostentoso, cuyos descendientes querían darse el gusto de que llamase la atención por su derroche de lujo, más que el monumento del pálido Musset que duerme allí, bajo su sauce, o el de la enamorada Eloisa.

— ¡Pero como tendrán fuerza los espíritus para arrancar una piedra tan dura? — exclamó ingenua Virginia.

— ¿Y no hizo ruido ni daño al caer? — preguntó Juanita.

— No. Todos los aportes. flores, libros o otros objetos, caen siempre en línea recta sobre nuestras manos o a nuestros pies, sin producir ruido ni daño.

— Tal vez no tengan la pesantez que luego adquieren — agregó el Doctor.

— Lo más admirable en este — siguió la Señora de Albar — es la delicadeza de premiar mi esfuerzo de trabajo con la cabeza de buho, que, como ustedes, saben es el símbolo del estudio.

— ¿Y ha tenido ustedes muchos aportes? — preguntó Bernabé.

— Muchos. Vean. Estas flores, estos ramos de lilas. Todo esto ha aparecido en diversas ocasiones, frescas y acabadas de cortar. Estos jazmines vinieron en pleno invierno y dan idea de estar traídos de muy lejos, de un país donde en esos días de frío para nosotros floreciesen los jazmines.

Nos iba enseñando, á medida que hablaba, plantas y flores secas, conservadas como los recuerdos de amor romántico que se guardan entre las hojas de los devocionarios.

— Estos cabellos rubios son otra ofrenda del espíritu de una jovencita de quince años que acudió a varias sesiones.

— Yo la hubiese amado — dijo Bernabé, con seriedad — ¡Que cabellos de luz!

— Quizás ella le hubiese correspondido — Aquí tenemos una pulsera de pedida que trajo el espíritu de una joven, muerta la vispera de su boda, y a la que enterraron con sus joyas. La trajo como devo-

lución al que iba a ser su esposo, porque, según dijo, no quería estarle prometida en la eternidad, ya que había dejado de amarlo y tenía un nuevo amor.

— ¿Se había enamorado después de muerta?

— Eso creyeron algunos; otros, y yo con ellos, pensamos que había vuelto a recobrar su verdadero amor, puesto que, mientras el espíritu está encarnado, pierde la memoria de su existencia anterior; porque su consciencia es más limitada y sólo se reconoce en la entidad de su cuerpo físico. Al morir, la consciencia se amplía, se reconocen en toda su extensión. Recobran la memoria de todos sus vidas físicas y astrales.

— Pues será divertido la que se encuentre allí con una pluralidad de esposos o de padres — exclamó la viuda.

— Suponemos que allí no tendrán ya pasiones como las nuestras — agregó Virginia.

— No podemos asegurarlo — interrumpió la señora de Albar. — Este sonajero lo trajo un niño de cuatro años, que apenas podía hablar. Nos dijo que lo acompañaban dos de sus madres, de otras existencias, y que tenían celos de la madre viva aun, la cual había colocado los juguetes en su caja.

— ¿Y este collar? — preguntó Alfonso.

— Lo tenía yo puesto una noche, me lo quitaron, y se lo llevaron, no devolviéndomelo hasta varios meses después.

— ¿Lo perdió usted y lo volvió a encontrar?

— No. Me lo quitaron en una sesión y me lo trajeron en otra. Es frecuente que me quiten las horquillas y las joyas, o me traigan las flores de la habitación para demostrar simpatía. A veces se

llevan las cosas, pero las devuelven, excepto en el caso de que sean tuyas.

— ¿Cómo?

— La noche de ánimas, hace tres años, traje un ramo de flores que les ofrecí a los desencarnados. A la mañana siguiente el ramo había desaparecido y fué inútil cuanto hice por encontrarlo.

En la primera sesión les pregunté por las flores y me respondieron "Eran para nosotros y nos las hemos llevado".

— ¿Pero dónde están los espíritus para enterarse de todo? — dijo Bernabé.

— Yo creo que están a nuestro lado, en todas partes — dijo el Doctor — Son seres que pueden recorrer miles de leguas en un instante, con más velocidad que la luz. Ellos deben verse unos a otros y comunicarse. A nosotros, como les he dicho en otra ocasión, nos falta el sentido extralúcido que ellos poseen y no podemos verlos sin prestarles de nuestro fluido, sin vestirlos de nuestra materia, para que sean perceptibles.

La señora de Albar interrumpió la charla del Doctor.

— Vean ustedes una prueba de la fuerza de esos espíritus sutiles de que habla Pereira. Estas son las astillas de un velador roto al lado nuestro en una sesión. Lo partieron en cuarenta y ocho pedazos de un solo golpe.

— ¿Y tienen tanta fuerza?

— Ya lo ven... Aquí tienen platos partidos por ellos; hacen sonar esta campanilla que pesa más de dos kilogramos y levantan la mesa de más de sesenta... A veces dan terribles golpes, vuelven

los cuadros del revés y se llevan de un lado a otro las sillas.

— Entonces podrían dañarnos — dijo Virginia medrosa.

— Nunca han hecho mal a nadie — que yo sepa — pero un golpe de esos dado a una persona, sería peligroso.

— ¿Y usted no tiene miedo? — preguntó la viuda.

— No. Son mis amigos. Una vez estuve enferma y me decían. “No temas, todos te protejemos”.

— ¿Pero como se entiende esa protección?

— Conservándonos la vida. De las manifestaciones de todos se deduce que los impulsa una fatal pasión de vivir, quizás porque viviendo se purifican y alcanzan mayor perfección.

Mientras hablaba, había ido sacando de la vitrina unos moldes de arcilla y dándoselos a los asistentes.

— En esta arcilla han dejado huellas, que ya se habían observado sobre arena y sobre harina. La ponemos fresca y así pueden quedar impresas en ella. Fíjense. Este es un dedo... un pie... una mano.

Los objetos pasaban en silencio de unos a otros.

— ¿Ven este cardo? Es la contradicción de toda nuestra ciencia. Representa el paso de la materia al través de la materia. Una noche lo han llevado desde encima del piano al corredor con todas las puertas herméticamente cerradas y precintadas... Y no es esto sólo... Este ramo de nardos, estas rosas.

— ¿Cómo puede ser eso?

— No lo sé... Ignoro si la materia que los com-

pone se hace fluida y luego recobra su forma natural. Yo no hago más que narrar el hecho.

Y, como deseosa de terminar con las continuas explicaciones, siguió:

— Este pañolito de encaje es regalo de otro espíritu. Estos aretes, tan difíciles de desabrochar, me los han quitado de las orejas.

— ¿Y no tiene usted miedo de que la toquen?

— No... Estoy habituada.

— ¿Qué impresión siente?

— Unas veces es como un hueso que me empuja en el brazo o en la espalda. Otras algo leve como una pluma o viscoso como la tela de araña. A veces la sensación es como de manos que aprietan o acarician. Generalmente están frías y húmedas, pero en ocasiones recobran el calor vital. Una vez sentí como si una cabeza reposase en mi seno y hallé estos cabellos negros. Este pedazo de sudario me lo dieron en una sesión en la que algo semejante a un hocico humedo dejó un beso en mis labios.

— ¿Besan? — Preguntó con terror Juanita.

— Cuando se les consiente y ellos quieren. No siempre besan o se dejan besar... Miren ustedes otra manifestación curiosa. Este dibujo a lapiz, que representa un mausoleo, está hecho por un espíritu, y todas estas hojas que he reunido en el album son pruebas de escritura directa.

— ¿Cómo?

— Se pone un lapiz y un papel y ellos escriben solos. Miren. Aquí hay firmas de personas conocidas, auténticas... De todos estos lápices, estas plumas y estos tinteros se han servido *ellos*.

Parecía gozarse en el asombro de todos.

— Vean esa partitura, Está también escrita por un espíritu. Los hay que tocan el piano y la guitarra. Un día que yo estaba cantando oímos palmadas.

— ¡Por Dios, Señora! — atajó incredulo Bernabé.

— No lo dude — dijo poniéndose seria la pitonisa — Yo no soy capaz de mentir.

— Desde luego . . . pero la sugestión . . .

— Es más difícil creer en ella cuando se está segura de la realidad.

— Pero oír palmadas . . .

— Lo mismo que se oyen pasos y se escuchan palabras. Un día se presentó un espíritu que se hizo reconocer de su esposa por el ruido de las pisadas.

— Yo la creo a usted y sin embargo no concibo andar sin pies y palmotear sin manos — intervino Alfonso.

— Si, y hablar sin lengua y pensar sin cerebro — asintió ella como quien conoce el argumento. — ¿Pero es que cree usted que carecen de esos órganos? No, lo que sucede es que son distintos de los nuestros, a propósito para desempeñar sus funciones en el ambiente en que han de estar . . . para que se convenzan ustedes de que no hay sugestión, les voy a enseñar lo más contundente: vengan conmigo.

Sacó una carpeta llena de fotografías y volviendo al salón tomó asiento en el sofá. Todos la rodearon.

— Son fotografías de espíritus retratados por mí.

— ¿Es posible?

— Vean.

— ¿Y cómo ha logrado esto?

— A mí no me interesan las comunicaciones de los espíritus; lo que me interesa es adquirir la cer-

teza de su realidad. No me importan sus consejos ni su ciencia. Ellos no han adelantado en esto más que cuando vivían y la moral la conocemos bastante para no necesitar repeticiones. Así, pues, ya que los había visto quería la prueba plena de que no era una alucinación de mis sentidos, de que los veía también el objetivo de una máquina fotográfica. ¿Cabía dudar de él?

— Evidentemente que no — repuso el Doctor satisfecho.

— Yo preparé la máquina—seguió ella—y encendí una luz roja, muy tenue, ante la cual se manifiestan los espíritus mucho mejor que a la luz de otro color. Cuando se consiguió la materialización hice las fotografías. Pero durante mucho tiempo no conseguí resultado. Por luminosas que fueran las formas aparecidas no dejaban huellas, a no ser que apareciera la placa rallada o con estas cruces que ustedes ven.

— ¿Y qué logró al fin?

— Consulté con la mesa y preparé el magnesio.

No se rían ustedes. Esto es serio. Los espíritus pasan a través de la materia y obran con perfecta inteligencia. En aquella sesión todos los vimos avanzar y colocarse delante del objetivo. Entonces resonó un golpe — «¿ Es la señal de encender el magnesio? — pregunté. Un golpe algo débil indicó que sí. La médium volvió a insistir — «Repíte la contestación más fuerte, que no deje duda» — Resonó un golpe violentísimo. Encendimos el magnesio y a su resplandor creímos ver una mujer con velos blancos. Aquí tienen la fotografía.

Les enseñaba el retrato de una linda Doña Inés.

Una religiosa con las tocas blancas, la cruz al pecho, y los contornos vagos y graciosos.

— Fijense en que a su lado hay otra sombra informe, de la que sólo se distinguen con claridad las manos cruzadas y otra cruz semejante. Esto prueba que las entidades presentes eran más de una.

Seguía mostrando fotografías de fantasmas. Las había con la cabeza cubierta y otras con un rostro semejante a personas vivas.

Este es amigo nuestro — dijo, mostrando una nueva fotografía. Tenemos la última que se hizo en vida y la obtenida después de su muerte.

La semejanza era exacta entre la imagen del hombre vivo, vestido de americana y la imagen del fantasma envuelto en su sudario. Era indiscutible.

La dama seguía mostrando fotografías en las que aparecían fantasmas cerca de ella y en torno del velador.

Eran todas figuras informes, de silueta humana, con la cara tapada, como los vivos que quieren asustar a un pequeñuelo. En algunas fotografías había grupos de tres o cuatro.

— El más asustador es este — exclamó Virginia.

Era una silueta indecisa, con tenues velos blancos y una espantosa calavera.

— Pues es este mismo — dijo la señora de Albar, mostrando el retrato de un fantasma que se cubría la cara con el brazo.— Dijo que no se acordaba de sus facciones para poderlas reconstruir y que si queríamos podía mostrarse tal como estaba en la actualidad. Lo volvimos a retratar y apareció esa calavera.

Seguían todos, llenos de interés el examen de aquellas fotografías. Había una de un soldado árabe, que dijo que había muerto en Europa. Otra de un soldado portugués.

— Este dijo su nombre y el lugar de su muerte — añadió la Pibuisa — y ambas cosas las hemos comprobado y son exactas. Lo más raro es que se quejaba aun del dolor de las heridas en la cabeza.

La dama los desconcertados sin saber qué pensar. Había que aceptar todo aquello o creer que la dama era una embaucadora.

Limpió retratos interesantes de mujeres bellas, jóvenes, con trajes a la moda de los siglos pasados, en los que destacaban haber muerto. En otras fotografías se encontraban sólo puntos de luz, claridades inciertas, manchas que recordaban las fotografías de las nebulosas.

— Esto es lo que aparece en todas las sesiones — dijo la dama — estos puntos luminosos que poco a poco se condensan y toman apariencias distintas.....

— Yo me lo explicaría todo si no apareciesen vestidos — dijo Alfonso. No puedo comprender que los espíritus tengan ropas.

La Pibuisa, sin molestarse por la obstinada negación de los oponentes, empezó a recoger las fotografías con un gesto tan auroso como si hubiesen sido de personas de su familia, y repuso con dulzura.

— Les he mostrado a ustedes todo lo que sé. ¿Debemos dudar de la autenticidad de seres que aparecen ante nuestros ojos, que dejan huellas en la arcilla fresca y en la placa fotográfica? ¿Podemos dudar de los objetos que nos traen? Nadie respon-

derá negativamente, pero sin embargo no me atrevo a afirmar tampoco de una manera absoluta. ¿Que es lo que produce el fenómeno? ¿Es un desdoblamiento de la personalidad? ¿Es la condensación de fluidos nuestros? ¿Son imagenes proyectadas por nuestro cerebro? ¿Son seres invisibles? Lo único que se puede asegurar es que vivimos en medio de un mundo donde existen fuerzas desconocidas, que nos importa estudiar. ¿Llegará un día la ciencia a darnos la solución que buscamos?

Bernabé aprovechó la ocasión para solicitar:

— ¿Y no podríamos nosotros ver esos fenómenos, señora?

Vaciló ella.

— No sé si la médium querrá. Se ha negado a sábios, doctores y periodistas, en muchas ocasiones y yo no puedo obligarla. No es una médium de oficio a la que se le ponía exigir. Es una dama aristocrática, dotada de una mediumnidad admirable y poco frecuente. Lo usual es hallar médiums como Juanita, como yo... mas para llegar a los grandes fenómenos se necesita un médium extraordinario.

El joven no se dió por vencido por la dificultad. Sabía que Juanita necesitaba el pretexto de asistir a la sesión para poder salir de su casa sin llamar la atención.

— Señora, yo me atrevo a suplicarle que acceda.

— Pero, si ustedes son incrédulos.

— Deseosos de convencernos, créalo usted; no hay nada tan interesante como este problema de nuestra propia existencia.

La señora sonrió.

— Bien — dijo. — Se lo pediré a mi amiga y nos pondremos de acuerdo con el Doctor respecto al

local donde podemos o reunirmos el Domingo próximo. El les avisará.

La visita no debía prolongarse; se sentían deseosos de salir de allí.

Cuando llegaron a la calle, les pareció que les envolvía una claridad diferente. A pesar de la lluvia torrencial se encontraban mejor, respiraban un aire más ligero. Sus ojos acariciaban la hermosa Avenida cuyos árboles comenzaban a florecer.

— Confieso que estoy contenta de haber salido de allí — dijo la viuda.

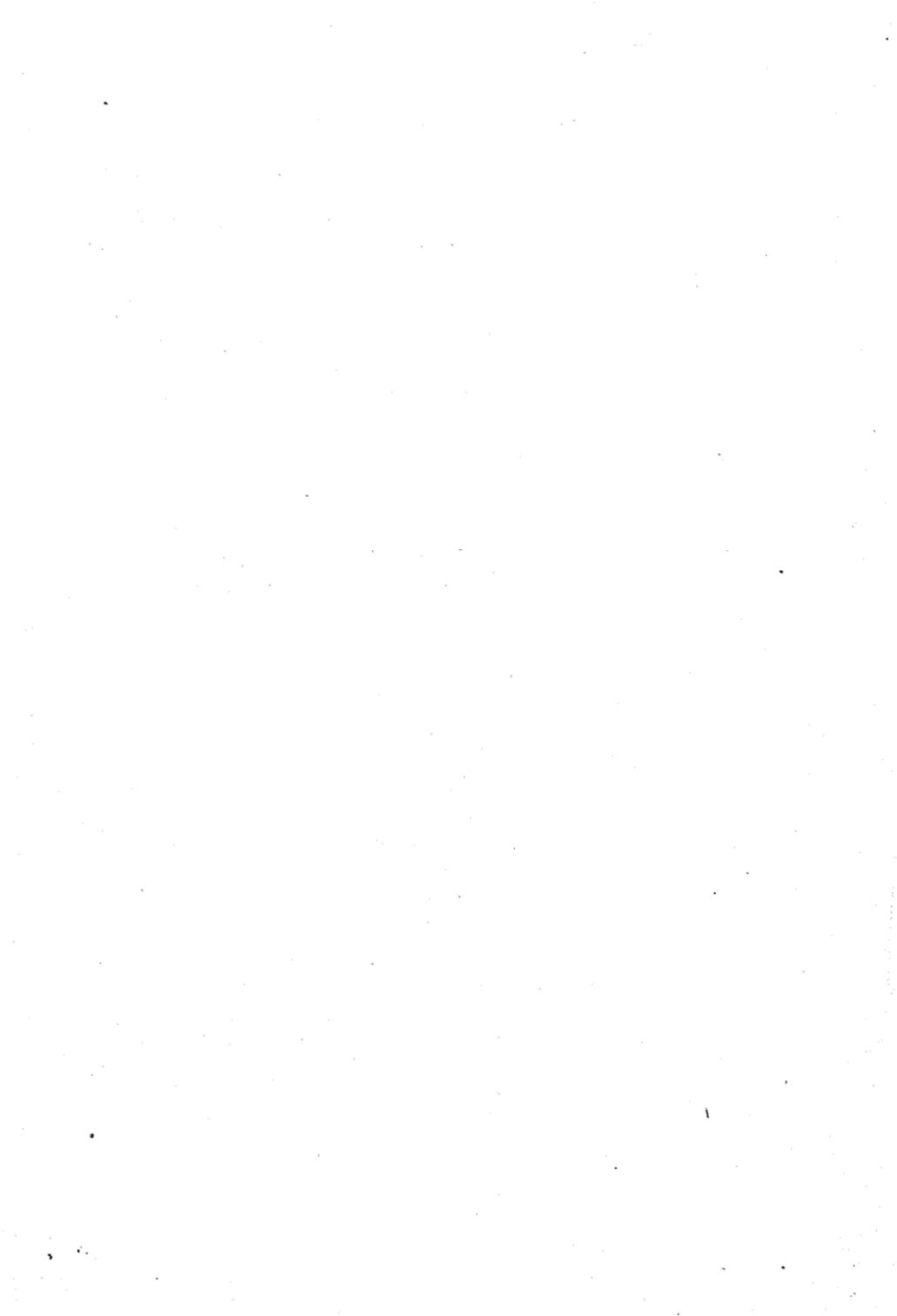
— Yo me sentía rodeada de espíritus — añadió Virginia.

— Y olía a cementerio, — dijo Alfonso.

— Estoy como si saliera del Cabaret de la Muerte en Montmartre — añadió incorregible Bernabé.

— Yo tenía miedo — volvió a decir la viuda.

— ¡Miedo! — exclamó el Doctor, escandalizado — ¡Miedo! ¿De qué? La señora de Albar es la mujer más buena que existe. Buena esposa, buena madre, dotada de sentimientos tiernos. No crean ustedes que los que se dedican a investigar en el *Más Allá* son brujos o tienen pacto con el demonio!



X

La Médium del Antifaz

El Domingo volvieron a reunirse en el mismo sitio con el Doctor.

— Nos imponen ciertas condiciones — dijo este. Seremos solo las personas que estuvimos a ver a la señora de Albar, que desgraciadamente no puede acompañarnos hoy. La médium se presentará enmascarada. Es lástima, porque verían ustedes una de las caras más bonitas de Portugal; pero es de una familia de viejos hidalgos, y no quiere ser conocida. Han de prometerme ustedes no seguirla ni tratar de averiguar quien es.

— ¡Oh doctor, puede estar seguro, nadie piensa en eso!

— Es que los españoles son Donjuanescos y así que la vean...

— ¡Pero si va a ir tapada!...

— Enseñará lo bastante para poder dar idea de su hermosura. El aire, el porte, las manos, la dis-

creción. . . y la voz. La voz es un poema, una música.

— Se diría que el enamorado es usted Doctor.

— A mis años no hay peligro ya, amigos míos.

A Juanita y a la viuda no les hacía gracia el elogio del Doctor; se sentían celosas. Llegaron a la plaza de la Estrella y penetraron en una casa de lujosa apariencia.

— Aquí no hay gabineté negro ni nada — siguió el Doctor.

— Se opera en el salón. La médium es maravillosa. Eso es lo principal.

— Yo no me explico, — exclamó Virginia — esa influencia del médium.

— Es uno de los misterios, señora. El médium tiene el poder de desintegrarse, de prestarse. Los pobrecitos espíritus son débiles y necesitan de esa ayuda para presentarse en nuestro mundo.

— ¿Por qué no sirven todos para médium? Yo creo que trabajando se llegaría a serlo — añadió la viuda.

— Si, las facultades se desenvuelven. Pero esto es como la poesía. El médium nace. Los pobrecitos espíritus tienen instrumentos imperfectos para actuar en nuestro mundo. Es como si a Paganini o a Sarasate se les diera un violín de féria. El médium es el instrumento. . . el violín.

Entraron en el salón y se sentaron sin que nadie los recibiera. Era una habitación en la que reinaba una nota francamente cursi, tierna y conmovedora. En el centro, una gran mesa de tres pies, era como el ara del sacrificio.

Sobre el piano, la chimenea y la consola se veían marcos con retratos de espíritus, otros con

flores disecadas, bibelots que se miraban con el miedo de que procediesen de un cementerio. En medio de todo aquello, las cortinas, los pañitos bordados, denunciaban un gusto femenino. Sobre el sofá almohadones de seda rosa, con fundas de linon blanco, finos encajes y cintas rosas tambien, recordaban esos vestidos de cristianar, con esa cosa de recién parida que tiene la blancura vaporosa del *valenciennes*, con el viso y las cintas rosa.

Observaron con placer que no habia más huecos que la puerta de entrada y la ventana. Ni grandes muebles, ni cortinajes pesados, ni cuadros que diesen ocasión a sospechas: nada.

— Tenia usted razón — dijo Bernabé — esto no es un gabinete negro sino un gabinete rosa.

— ¿Vive aquí la médium? — preguntó Virginia.

— No. La médium es una gran señora, vive en un palacio. Este es un local prestado por unos amigos, los cuales no nos pueden hoy acompañar.

Las mujeres curioseaban entre los bibelots. Se oyó la bocina de un automovil que se detenía delante de la casa y poco despues el ruido de unos pasos ligeros y firmes, pasos de mujer joven y buena moza; el rumor de unas ropas de seda, un acariciador perfume de jazmín, y apareció una silueta alta, esbelta y graciosa, envuelta en una gran capa. El Doctor se adelantó a recibirla y fué presentandolos a todos.

— Tanto gusto, tanto gusto — dijo ella en español cuando les llegó el turno a los dos amigos. Tenia en la voz un timbre claro, sonoro, de música de Wágner en instrumento de cuerda y esa graciosa blandura, que los extranjeros que tienen un idio-

ma menos enérgico ponen en la magestuosa fuerza del castellano.

Se quitó la capa luciendo un magnífico cuerpo, y un elegante traje marrón Ticiano que armonizaba con la blancura de la garganta y el tono tabaco de los ojos, vistos al través de su antifaz, y con el color castaño de los cabellos que le ocultaban la frente y las orejas. No se le veía más que la garganta mórbida, blanca, arrogante, de donde salía el encanto de su voz, y un ligero perfil de la barbilla, que se dibujaba bajo el encaje negro.

— ¿Son ustedes creyentes? — preguntó sentándose ante el velador con una graciosa desenvoltura.

Las damas contestaron a coro que sí. Bernabé, no atreviéndose a mentir, repuso:

— Deseamos serlo, señora.

Se vió como una línea luminosa de nacar blanco entre la abertura del antifaz, que dejaba adivinar una adorable boca, fresca, roja y húmeda, de la forma noble que acusaba toda la armonía de su personalidad. Era toda ritmo aquella mujer.

— Entonces — dijo — es preciso que se convengan ustedes bien. Tengan la bondad de encender la luz, registrar la estancia y cerrar las puertas y las ventanas.

Los jóvenes vacilaron, temerosos de molestarla con su desconfianza. Pero ella añadió, poniendo en la voz dulce la nota imperiosa de las mujeres acostumbradas a mandar:

— Tengan la bondad.

No, allí no había nadie ni había lugar donde nadie pudiera esconderse. Cerraron la ventana y la puerta y la joven añadió, dirigiéndose a Alfonso:

— Tenga la bondad, caballero, de guardar la

llave en su bolsillo. Sacó de su carterita de piel de Rusia, perfumada, unas tiras de papel engomado y dándoselas a Bernabé añadió:

— Colóquelas usted sobre la puerta y la ventana cerradas, después de escribir en ellas su firma; es preciso que no nos quede duda.

El joven obedeció sin replicar. Mientras el Doctor a instancia de la Médium, puso sobre la consola un plato con arcilla amasada y cernió harina blanca delante del piano, donde dejó un lápiz y un papel blanco.

— Ahora — dijo la Médium — vamos a comenzar; siéntense todos alrededor de la mesa. Los incrédulos aquí a mi lado; hay que darse las manos. Es condición precisa no soltarse las manos ni deshacer la cadena suceda lo que suceda, pues eso es peligrosísimo. María Esperanza, una de las médiums más notables de Europa estuvo cuatro meses a la puerta de la muerte porque en una sesión uno de los asistentes rompió de repente la cadena y encendió un fósforo. No me suelten; apagaremos la luz y me quitaré los guantes. Evitaba que la viesen las manos, pero Alfonso exclamó.

— Quisiera tener el honor de sujetar su mano antes de que la luz se apagase.

Brilló otra sonrisa a través del antifaz y la Médium repuso bromeante:

— Sea.

Apagó la luz blanca y encendió una tenue luz roja, débil, pero que permitía ver los objetos y lentamente se quitó los guantes. Centelleaban las piedras que la enjoyaban sobre una blancura de mármol, aumentó la intensidad del perfume, y las manos largas, sedosas, carnales, de un dulce calor de vida,

se apoderaron de cada una de las manos de los jóvenes, levantándolas en alto.

— Vean que los dos me tienen bien sujeta.

— ¿Podremos ver los fantasmas con esta oscuridad? — preguntó Bernabé.

— Si se presentan, será la única manera de verlos.

— El tener que trabajar en la oscuridad es lo que más hace dudar a la gente — dijo de mal humor Juanita, que había hallado medio de sentarse al otro lado de Bernabé.

— No debe extrañarle a usted, señora — repuso amable la voz de la Médium. No necesitamos oscuridad absoluta, pero aunque así fuese ya es sabido que los gérmenes de los vegetales, de los animales y de la humanidad, no se reproducen más que en lo oscuro.

— Es cierto.

— La luz es un agente que modifica las cosas de un modo cuyo origen no conocemos — añadió el Doctor. — Una mezcla de hidrógeno y de cloro se puede conservar en lo oscuro el tiempo que se quiera; pero en el momento que se exponen a la luz viene la explosión, desaparecen ambos cuerpos y nos queda en su lugar el ácido clorhídrico.

La Médium pareció querer cortar la verbosidad del Doctor, y dijo:

— Vamos a comenzar.

Su voz se elevó en el silencio como un canto:

“Señor Dios Omnipotente y Creador del Universo, nosotros te invocamos y te veneramos. Espíritus buenos y tutelares, haced que alguno de vosotros tome este grupo bajo su protección y dirección, permitiendo que a nuestras sesiones vengan

solo espíritus bondadosos que nos inspiren para el bien y los espíritus que sufren y pueden recibir de nosotros auxilios y consejos. Amen."

La invocación que halagaba sus viejas creencias religiosas, tranquilizó a todos.

A los pocos momentos la mesa comenzó a moverse.

—¿Estais ahí, queridos amigos? preguntó la Médium con la cariñosa cortesía de quien sabe que se dirige a seres inteligentes.

—Si.

—Dad señales de vuestra presencia.

Um terrible golpe sobre el piano los hizo estremecer a todos. Inmediatamente sonaron varias notas.

"Si, Dó, Ré sostenido, Do Do" y desde el otro extremo de la habitación respondió un acorde de las cuerdas de alambre de la guitarra.

—Parece que siento pasos detrás de mí— exclamó con terror la viuda. Era cierto y todos los oían distintamente. En torno de ellos, habia otra gente extraña, de una naturaleza diversa.

—¡Ay!— chilló Virginia, me quitan una cosa de la cabeza.

Resonaban golpes en los cuadros, en el balcón, en las mesas, golpes formidables, cóncavos, como no los podría producir el chocar de los cuerpos conocidos.

—Basta, basta, — suplicó Juanita.

El Doctor protestó:

—Hay que continuar.

El velador hacia fuerza para escaparse de las manos que lo sujetaban, y sobre las cuales pasaba un soplo helado, y un cosquilleo semejante al que

producirían las barbas de una pluma. Bernabé no pudo reprimir un movimiento.

— ¿Qué es eso?

— He sentido una cabeza sobre mi hombro y una cosa dura me golpeaba la espalda.

— ¡Que no me toquen, que no me toquen! — Exclamó la viuda llena de terror — Una mano fría y húmeda me ha pasado por la cara.

— He sentido un beso — dijo aterrorizada Virginia.

Se oyó como el ruido de algo que se quebraba y luego de algo que caía sobre la mesa.

— ¡Por caridad! ¡

— ¡No puedo más! ¡

— ¡Ay! ¡Ay!

No se podía dominar el espanto de las damas.

La voz de la Médiun hizo cesar los fenómenos y pareció tranquilizarlas un poco.

— Es esta una sesión espléndida — dijo. — No deben tener miedo. Se presentan varias entidades y podían manifestarse.

— ¡No, no!

— ¡Me muero de miedo!

— ¡No tengo valor!

Dijeron las señoras.

Ellos callaban con el íntimo deseo de escapar de allí. Alfonso creía que se necesitaba más valor para resistir aquello que para afrontar un peligro y Bernabé pensaba que era cierta la existencia de Angeles y Demonios y que eran instrumentos de estos últimos.

El Doctor logró que se tranquilizaran todos. El espiritismo solo demostraba modos de existencia diferente de la nuestra, constitución distinta. No se

oponia en nada al catolicismo, que dice que las almas viven en los diferentes lugares donde esperan volver a encarnar. ¿No se reza todos los días en el Credo, simbolo del cristianismo "Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable? ¿Por que asustarse de esa verdad?

Calmado el espanto con esas razones, la sesión continuó.

— ¿Queréis manifestaos, amigos míos? — preguntó la médium:

— Sí.

— Procurad ser amables y no asustar a estas damas.

— Sí.

— Veo lucecillas de colores que vacilan sobre el velador — dijo Alfonso.

— Es lo primero que se ve siempre.

— No tengan ustedes miedo; ya ven que no hacen nada.

— Yo veo sobre el piano como una bola color de luna — exclamó Virginia.

La veían todos distintamente, pero un chillido de la viuda les hizo desviar la mirada.

— No. Es allí, allí, en el balcón.

Dirigieron los ojos hacia donde señalaba y entre las manchas luminosas que surcaban por la habitación, distinguieron una especie de vapor blanco, al través del cual distinguían los cuadros y los objetos colocados en la pared. Poco a poco este vapor, se prolonga. se hace más espeso, toma la forma de un fantasma que dá la impresión de un monge vestido de blanco. Parece avanzar y retroceder indeciso. El terror los tiene a todos paralizados. De pronto la luz se extingue como si se

fundiese la bombilla, y en la más completa oscuridad, el fantasma fosforescente avanza... avanza...

— ¡Socorro!

— ¡Me muero!

— ¡Me desmayo!

La médium pronuncia unas palabras que no se entienden y enciende la luz.

Se miran unos a otros como salvados de un naufragio.

¿Es todo aquello verdad? ¿Han dormido y han soñado?

El piano no está abierto y han escuchado sus notas. Han visto al fantasma, se han sentido tocar, han oído pasos y la ventana y la puerta, cuyas llaves guarda Bernabé, conservan sus precintos intactos. Las flores que había en el búcaro de la consola están a los pies de las damas. Varios cuadros aparecen vueltos hacia la pared. Los libros de la biblioteca se hallan sobre los almohadones rosa. La caja de taracea permanece cerrada y han puesto en ella el lápiz y el papel donde han escrito un nombre y una rúbrica. Para que no pueda quedar duda, la huella de un pie desnudo se señala en la harina y va en dirección a la mesa. En la arcilla se halla la de dos dedos.

— Me falta mi peina — dice Juanita.

— Se la han llevado.

— Puede que esté en el pasillo — dice la médium.

Se abre la puerta y la peina de concha aparece en el suelo. Ha pasado a través de puertas cerradas, a través de los muros, no cabe dudar.

Son todos comentarios inciertos, vacilaciones; se sienten confundidos por la demostración de lo que es incomprendible.

La médium se levanta, se envuelve en la capa, les ofrece la mano enguantada y tiene para cada uno una frase amable. Golpea cariñosamente el hombro del Doctor y dice en su español vacilante a los jóvenes.

—Creo que estarán ustedes convencidos. Las negaciones del excepticismo no prueban nada más sino que se quieren cerrar los ojos a la evidencia.

Sale, dejando su reguero de perfume, envuelta en el frufruar de las sedas.

Se miran todos de nuevo desconcertados; tienen prisa de salir de allí.

Ya en la calle, experimentan la misma sensación de libertad que días antes al salir de casa de la Pitonisa.

La luna tendía su luz plateada iluminando el paisaje admirable de la ciudad, escalonada en la colina que desciende hasta el Tajo. Los tejados de las casas, los jardines, las plazas, mezclaban de un modo arbitrario y pintoresco las siluetas. Al fondo el río, con las lucecillas de los barcos anclados, fingiendo un mar inmóvil sobre el que la luna ponía extraña nota de color. Venía de allí el vapor de la niebla.

— Parece que se va a cumplir la predicción — dijo Virginia; — en una noche así de niebla y luna ha de volver el Rey D. Sebastian, que tan pacientemente espera el buen pueblo lisboeta, siglo tras siglo.

— Pues ahora — bromeó el doctor — bien puede convertirse la profecía en una realidad. La primer noche de niebla evocamos al loco heroico para que nos desvanezca las dudas de si murió en Alcázarquivir o fué víctima del tétrico señor del Escorial.

Los dos amigos se miraron, sin tiempo de cambiar impresiones. Era preciso acompañar a las damas. Alfonso dió el brazo a Virginia, el Doctor se ofreció a la viuda y Bernabé acompañó a Juanita. — Cuando se quedaron solos caminaron breves momentos, encogidos e indecisos por las calles en cuesta, como si tuvieran bajo sus pies toda la ciudad dormida.

La niebla que subía del río, haciéndose más espesa cada vez, los envolvía en cielo y luna. De pronto se estrecharon uno contra otra con un ansia loca.

Continuaron avanzando de aquel modo, sin ver donde ponían los pies, en busca del refugio preparado por Bernabé para albergar los breves amores. Corrian hacia él con ansia de llegar pronto, de aprovechar los momentos, de gozar la dicha completa una vez en la vida.

Era como si aquellos horrores que acababan de presenciar los incitasen más y más. Como si quisieran henchir su inmortalidad de un recuerdo que bastara a la felicidad de siglos en el tiempo sin medida. La muerte era el mayor incentivo de la vida. Se sentían arrebatados como en un remolino de pasión. Quizás por todos los espíritus lujuriosos que quedaron vagando por las calles de Lisboa, como el buen Doctor suponía los espíritus de los marineros en las tabernas de Londres. Tal vez eran ellos la fuerza misteriosa que los impulsaba con los deseos impotentes que aumentaban la pasión de los vivos.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, Bernabé se despedía de Alfonso en la estación del Rocio y tomaba el Rápido para Madrid.

XI

El Aparecido

Bernabé subió deprisa la escalera del tercer piso de la calle de los Reyes. Su madre misma, una señora gruesa de carnes blandas y rosadas, vestida con falda, blusa negra y un amplio delantal, le abrió la puerta.

— ¡Cuánto has tardado, hijo mio! vendrás fatigado.

— Rendido. Estos ministros exigen que se entre temprano en la oficina; ellos en cambio llegan tarde y se les olvida que tienen que irse.

Se despojó, mientras hablaba, del gabán y el sombrero, los dejó en el perchero del pasillo y entró en el pequeño comedor, donde ya lo esperaban sus dos hermanas.

Su madre le seguía con una mirada de ternura, de agradecimiento, al verlo así trabajar para atenderlas.

— Vicenta, la sopa — gritó una de las jóvenes.

Apareció la criada con el delantal de cocina recogido de medio lado y colocó en la mesa la sopera humeante.

Bernabé se restregó las manos, heladas, una contra otra, antes de tomar el cuchillo para partir el pan.

— Hace un frío de todos los demonios en la calle -- dijo. — Aquí se está bien. Se necesita no tener mas remedio para resignarse á pasar los inviernos en Madrid.

— Yo los paso muy bien — dijo la mayor de las hermanas.

— Yo no siento el frío tanto como dicen — añadió la otra.

— El ideal sería poderse ir los inviernos a Niza o a Estoril.

A propósito — interrumpió la madre — ¿Sabeis quien ha venido?

— ¿Quién?

— Alfonso.

— ¡Gracias a Dios! Ya era hora.

— No vino ni para el verano ni para Navidad, como había prometido — dijo una hermana.

— No podría — contestó Bernabé.

— La verdad es que los hombres... — dijo la otra. — Pobre Aurelia... tanto esperar.

— Vendrá a casarse — añadió la primera.

— Viene muy raro — dijo la madre.

— ¿Qué te ha dicho? — Preguntó Bernabé.

— Ni una palabra.

— ¿Cómo es eso?

— Estaba yo arreglando tu cuarto cuando me pareció que andaban detrás de mí; volví la cabeza

y me encontré con Alfonso, que miraba a todas partes, buscándote.

— ¿Y no dijo nada?

— No. Cuando vió que lo miraba, se sonrió de un modo triste y se fué por el pasillo.

— ¡Qué raro!

— No me conocería.

— ¡Claro! Pero ¿cómo entró?

— Lo ignoro. Este vicio de Vicenta de dejar la puerta del piso abierta; un día vamos a tener un disgusto.

— Y tan listos como andan los rateros.

— Hay mucha hambre.

La conversación continuó indiferente hasta que Bernabé acabó de tomar su café, que solo para él se hacía, con ese preferencia al hombre, que hay en la familia española, para hacer lo objeto de atenciones, que ellos reciben como cosa natural y debida. Entonces se levantó.

— ¿Vas a salir?

— Si; voy en busca de Alfonso.

— Dile que venga a vernos — exclamaron las dos jóvenes.

— Y dile que me ha asustado con el modo de entrar y de marcharse sin decir una palabra — añadió la madre. — Pregúntale de mi parte si es que ha aprendido eso en Portugal.

Se puso el sombrero y el abrigo, encendió un cigarrillo y se dirigió, a buen paso, hacia la calle de Barbieri, donde vivía la madre de su amigo. Iba contento, animado del deseo de ver a Alfonso, de recordar los días del invierno pasado en Lisboa y en Estoril, de cambiar sus confianzas, con aquella confianza creada a través de tantos años, desde

que vivian las dos familias en la misma casa, allá en su provincia de Murcia, iban juntos, al colegio primero y al instituto despues; cimentando asi una amistad y un cariño de hermanos, capaces de comprenderse y de estimarse.

— ¡Ah! señorito Bernabé—le dijo Agustina, la vieja sirviente, que parecia un estudio de anatomía, vaciado en cobre, apenas le abrió la puerta.— ¡Qué oportunamente llega usted! Iba a ir a llamarlo ¡Dios nos valga!

— Sí, sí, ya se—repetió él sin hacer caso de la pobre mujer, que plañia continuamente.

— ¿En donde está ese perdido?

— La pobre señora está desconsolada — siguió con su voz de duelo, Agustina — Quiere irse a Lisboa, hoy mismo... y la señorita Aurelia... Ahí está tambien la pobrecita.

— ¿Qué dices?

— Siempre se figura una lo peor... y luego el corazón de una madre...

— Explicame.

— Ha venido D. Nicolás, ese señor portugués amigo de la Señora, y ha dicho que ha recibido telegrama de que el señorito Alfonso está enfermo... muy enfermo... grave... muy grave.

— ¿Pero no ha venido Alfonso?

— ¿Cómo iba a venir el pobrecito, si está tan malo?

Bernabé se estremeció. El temblor recorria su médula y un presentimiento triste le oprimia el corazón.

Cuando entró en la sala, la madre y la prometida de su amigo se abalanzaron a él. No podian dominar los sollozos para hablar.

— ¿Cómo no ha telegrafiado él directamente? — decía la madre. — Es que me quieren preparar para una noticia terrible.

— ¡Alfonso! ¡Mi Alfonso de mi alma! — sollozaba la joven.

El logró calmarlas: No era cosa de pensar siempre lo peor.

— Yo me quiero ir esta noche a Lisboa — decía la madre.

Sentía esa superstición del instinto de las mujeres que habiendo creado la vida no comprenden que se pueda destruir su obra, sino en su ausencia. El hijo, al lado suyo, se les aparece siempre salvado.

— Me parece bien — concedió Bernabé, conociendo cómo la esperanza de aquel viaje calmaba su dolor y su ansiedad — Pero antes sería bueno hablar con don Nicolás.

— Ha dicho que volverá esta tarde.

— Yo iré a su encuentro.

Pero las dos mujeres lo retuvieron con el egoísmo de su pena, que hallaba consuelo en hablar de aquello que la producía.

Bernabé reparó en Aurelia. La joven estaba desconocida. No podía haber causado aquel desmejoramiento le impresión de la noticia por triste que fuese. Era algo largo y lento lo que había obrado sobre su belleza. Ella era de esas hermosuras cuyo encanto está en la juventud, el color, la calidad de la tez, el jugo fresco de la carne.

Belleza de cromo blanquirosa y lechitierna, sobre la que había pasado una ráfaga ardiente, como la brisa del lebeche que quema los sembrados. Era la suya una belleza marchita. Sus carnes fofas, sus

contornos vagos, su blanco y rojo fundido en amarillento, los ojos tristes, sin luz, de un color sucio, como si se hubiesen llevado su hermoso añil las lágrimas, muy hundidos en las órbitas. Su seno acusaba la ausencia bajo lo flojo de la tela rizada, y el cuerpo había perdido las curvas graciosas.

— Me encuentra usted, estropeada ¿verdad? — Preguntó ella.

El no se atrevió a mentir.

— Algo.

— Es que yo, desde hace un año he sufrido mucho sin confiárselo a nadie — añadió la joven.

Como la madre había salido, dando órdenes para el viaje, ella aprovechó la ocasión de hablar con Bernabé

— Ya ve usted que yo no pretendo ir. ¿Para que? Alfonso ha muerto.

— ¡Quién sabe!

— Lo sé yo.

— ¿Cómo?

— Hace un año que yo voy todos los días una vez o dos a su lado.

— En sueños.

— Al principio solo en sueños, luego hasta despierta. Me desdoblo. Siento cómo me separo de mi cuerpo. cómo éste se queda inmóvil, vacío... me voy de él como de una casa que deshabitamos y en el instante estoy a su lado. Es que él me llamaba y yo acudía. Pero en cuanto se daba cuenta de mi presencia me ordenaba volver a mi cuerpo... este cuerpo se convertía para mí en una cárcel, volvía a vivir... siempre deseando escapar-me para estar cerca de Alfonso... Así he ido per-

diendo el apetito, el sueño, me he ido desmejorando... Y nadie acierta mi enfermedad.

— ¿Se ha confiado usted a alguien?

— No.

— ¿Por qué no se lo ha escrito a Alfonso?

— Temía que dejara de llamarme.

— ¿Y cómo se ha dado usted cuenta de su desdoble? Sería una ilusión.

— He ido a ver a una sonámbula.

— Una charlatana.

— No. Una mujer que magnetizada posee la doble vista y se desdobra también a voluntad del hipnotizador. Ella me ha visto salir de mi cuerpo, irme, me ha acompañado, me ha descrito después lo mismo que yo veía.

— ¿Y usted recuerda? ¡Es raro!

— Si recuerdo. Unas veces he encontrado a Alfonso en su habitación trabajando. Otras haciendo prácticas espiritistas cerca de varias personas.... Una rubia con un antifaz.... muy hermosa.... él.... No recuerdo bien.... Me pierdo...

Rompió a llorar.

El joven se limpió el sudor que le corría por la frente a pesar del frío. Venían a su mente todas aquellas sesiones que tanto le habían interesado y amedrentado en Estoril. Creía que era verdad aquel desdoblamiento de Aurelia, que iba agotándola y matándola. Algo repetía en su interior.

— Alfonso debe haber muerto. Lo que mi madre ha visto es un aparecido.

Aurelia siguió con desesperación:

— Hace dos días que no salgo de mí. Quiero salir y no puedo. Me falta el auxilio de la voluntad que me llamaba.... Ahora es Alfonso el que ha

venido. Anoche a las once. . . . oí un gran ruido en el pasillo. . . . ví moverse la puerta. Se agitaron como con un viento fuerte las cortinas y tuve el presentimiento de que algo le pasaba a Alfonso.

La madre se acercó.

— Ya lo tengo todo dispuesto. Ojalá podamos correr a su lado. ¿No dices nada. Au: elia? ¡Hijo del alma! Siempre lo tengo presente pero ayer no sé qué me daba el corazón. Me quedé durmiendo en la butaca en el comedor y soñé que me dió un beso en la frente. Le quemaban los labios. . . .

— Y. . . . ¿A que hora pasaría eso?

— Poco antes de dar las once.

— Voy a buscar a don Nicolás.

Salió de allí para respirar para desaturdirse en la calle. En algunos momentos le pareció sentir como una sombra que caminase a su lado. Tenía menos miedo de que fuese Alfonso que de sentirse víctima de un desdoblamiento. Recordaba á Alfredo de Musset, que afirmaba haber visto su doble al lado suyo y que se le parecía como si fuese un hermano. A pesar suyo se le imponía la creencia de la personalidad independiente del cuerpo físico. La existencia del misterioso *Ka* eijpcio representado en los hipogeos, del *cuerpo espiritual* de que hablaba S. Pablo y que no era otro que el *cuerpo astral* de los teosofistas y el *perespiritu* de los espiritistas.

Deseaba con todo el ardor de su alma saber que Alfonso vivia; no solo ya por su gran cariño, sino por que la existencia de su amigo disiparía las supersticiones.

Cuando llegó a casa de don Nicolás, el viejo diplomático portugués se disponía a salir.

— ¡Ah, amigo mio! ¿Recibió usted mi carta?

— No.

— La providencia me lo envía. Le he escrito a usted para que viniera a ayudarme a dar la triste noticia a la infeliz señora de Núñez.

— ¡Ha muerto Alfonso!

— Ha muerto.

Rompió a llorar convulsivamente sin poderse contener.

— Es preciso tener ánimos — dijo el amable viejecito. — La vida es un viaje. Estamos todos en la estación esperando el tren que ha de llevarnos: es cuestión de tomarlo un poco más tarde o más temprano. Todos nos encontraremos allí.

— ¡Pero es muy triste quedarse en el andén cuando se van los que queremos!

— No lo sabe usted aún muy bien por que es usted muy joven. Cuando se ha doblado el cabo de la mitad de la vida es cuando nos acomete esa gran tristeza de ver que los que lo habían doblado cuando nosotros nacimos, los que llenaron nuestra juventud con sus hechos, con sus nombres, con su cariño, desaparecen uno a uno.

— Yo quería mucho a Alfonso, era un hermano de elección, mi amigo mas querido.... y tan joven.... tan bueno.... tan lleno de vida.... Cuando podía esperar la recompensa de su esfuerzo.

— ¡Qué se le va a hacer! La muerte es una deuda que contraemos al nacer. Un cheque a la vista. Hay que pagarlo con gallardía en el momento en que se presenta.

— ¿Pero de qué ha muerto?

— Mire este telegrama del Cónsul: "ingeniero

español alfonso nuñez murió anoche hotel estoril
once horas diez minutos repentinamente hemorra-
gia cerebral prevenga familia,»

Se estremeció Bernabé. De aquellos caracteres
toscos, sin mayúsculas ni puntuación se destacaba
la hora: ¡Las once y diez!

— Es terrible, terrible, — murmuró.

El diplomático, equivocando el sentido de sus
palabras, repuso:

— Yo no he tenido valor de decirselo a aquellas
señoras.

— Hizo usted bien. Pero hay que hacerles cono-
cer la verdad. La madre quiere ir a Lisboa.

— ¡Pobre mujer! Ya todo es inútil.

— Y yo que pensaba que iba a abrazarlo hoy.

— ¿Por qué?

— No sé si confesarlo.

— Diga...

— Alfonso ha estado hoy en mi casa.

— ¿Cómo?

— Se le ha aparecido a mi madre.

— Explíquese.

— Hoy, estando mi madre en mi habitación, sien-
tió pasos a su espalda, se volvió y se encontró con
Alfonso, que la miró tristemente y desapareció sin
decir una palabra.

— ¿Y cómo había entrado?

— Ella se lo explica por un descuido de la cria-
da que dejase la puerta abierta. No oyeron abrirla
ni cerrarla.

— Sería otra persona.

— Mi madre conoce bien a Alfonso.

— Una alucinación.

— No sabe aún lo sucedido.

— Me interesa todo esto — dijo con curiosidad el viejo diplomático — durante mis largos viajes por el extranjero he oído hablar mucho de estos fenómenos espiritistas.

— Yo he visto muchos.

— ¿Y cree en ellos?

— No me los explico.

— No necesitamos explicarnos las cosas para saber que existen — atajó con viveza el viejo — ¿Se explica usted porque la electricidad pasa instantáneamente por un hilo de alambre de mil kilómetros y no atraviesa un hilo de alambre de un centímetro? La resistencia ¿verdad? ¿que es esa resistencia? ¿Por qué el óxido nitroso hierve a la temperatura del hielo? ¿Por qué respiran las plantas? Hay que admitir lo que se ve — no es pedir una fé ciega — aunque no conozcamos el porqué de su existencia.

— No sé, ni sé siquiera que fé merece lo que vemos, ni lo qué es verdad ni mentira en todo ello. Hasta ignoro si es más consolador pensar que todo acabó para los que amamos, o pensar que están aquí a nuestro lado, sufriendo el tormento de no poder comunicar con nosotros.

— Por lo menos hay un consuelo en creer que están cerca y ven el cariño que les profesamos.

— Ese es un punto de vista hijo de nuestro egoísmo, sin atender a la felicidad suya, ni a la nuestra en lo futuro.

— En todo caso el móvil de todas las grandes virtudes es el egoísmo. Todo lo que parecen sacrificios son en el fondo grandes placeres. Vamos. Ya con esta charla se ha tranquilizado usted un

poco. Tenemos que pasar el mal rato de dar la triste noticia a esas pobres señoras. Hasta en esto sentimos la satisfacción de cumplir un deber y tratar de aminorar un duelo. El dolor absoluto no existe en el mundo. Jamás hay ausencia de todo bien.

— Esas pobres señoras se van a impresionar doblemente — dijo Bernabé.

— ¿Por qué?

Le refirió les desdobles de Aurelia y las apariciones de Alfonso.

El anciano meditó un momento.

— Esto es lo que se llama proyecciones de la voluntad, el pensamiento productor de imágenes, proyectándose a distancia. Indudablemente Alfonso pensaba más en su madre que en nadie y antes de morir, casi en el momento preciso, se proyectó para llegar a su lado. Una vez cumplido esto; en el momento de la muerte fué al lado de Aurelia, sin fuerza ya para manifestarse.

— ¿Y la aparición a mi madre?

— Esta ha sido después de muerto. Sin duda iba a buscar a usted. Quizás en esas sesiones a que ustedes asistían se han hecho alguna promesa. Volverá.

Bernabé no tenía fuerza para hablar. Recordaba con miedo aquellas bromas de Estoril en las que jugando se habían ofrecido: "El que de nosotros sobreviva llamará al otro para comunicar con él."

No eran aquellas palabras vanas, Alfonso debía haber tomado cuenta de ellas y si era cierta aquella vida de ultratumba, si la muerte no existía, su amigo recordaba su promesa. La aparición en su casa era un elocuente medio de exigirla.

Hubiera querido que don Nicolás, tan sabio y tan ilustrado, se hubiese reido de sus temores, dándole valor, pero el buen anciano añadió:

— La que saldrá ganando aquí, a pesar de su duelo, es la novia. El espíritu, que le fué inconstante, por lo visto, la dejará en paz.

— ¿Crée usted en los desdobles?

— Si. Los desdobles de vivos son una cosa probada. Periódico tan serio como el *Daily News*, de Londres, referió el caso de haber aparecido en el Parlamento el doble de Sir Carne Raschase, en una sesión que le interesaba y a la que no pudo asistir por encontrarse enfermo. Todos sus compañeros lo vieron y le hablaron. El parecía dormido. No contestó a nadie y desapareció sin que se viese por donde. Luego pudo comprobarse que no se había movido ni un segundo de la cama. El biómetro inventado por el doctor Baraduc para medir las radiaciones magnéticas y el estenómetro mas recientemente perfeccionado por el doctor Joire han demostrado que entre las nuevas radiaciones, ondas Hertzianas, rayos X, rayos N, hay una que ha dejado de permanecer oculta y es la radiación humana. Según Dupony, su realidad científica está demostrada por sus efectos luminosos en los tubos de Geissler y de Crooke, por la transmisión de las ondas sonoras y la exteriorización de efluvios que no solo son visibles, sino que pueden fotografiarse. Hay un algo, por tanto, que puede salir del cuerpo humano bajo ciertas condiciones, é influir, no solo sobre los seres vivientes sino también sobre los objetos materiales. Diríase que es un segundo cuerpo, y hasta tal punto puede definirse así, que el doctor Baraduc asegura que cada

segmento del organismo humano, cada célula de los pulmones, del cerebro y del estómago, tiene su radioactividad particular, y que una herida en ese cuerpo astral separado, significa la misma herida en la parte correspondiente del cuerpo físico.

Como Bernabé callaba, Don Nicolás continuó:

— Pero este fenómeno de Aurelia no tiene de tal más que el caso de estar causado por una voluntad a distancia. En los sonámbulos se desdoblan involuntariamente y llega a ser una enfermedad. En los que caen en el sonambulismo, porque se les magnetiza o se les hipnotiza, el desdoblamiento se efectúa por la voluntad del hipnotizador, pero algunos se ponen en comunicación con otro sujeto y le obedecen. Hay quien cae en estado de sonambulismo solo con mirar fijamente un objeto brillante. Ya sabe usted los fenómenos sorprendentes que se producen. Pueden leer con los ojos cerrados, adquieren una gran fuerza y exaltan todos sus sentidos. La memoria se desenvuelve, cantan sin ser cantores, recitan páginas enteras que oyeron alguna vez. Su aspecto es de aletargados.

— ¿Se explica usted por un estado así el de los dobles?

— Algo de eso. Ya es sabido como llegan al éxtasis los fakires indios. Se cultiva la voluntad no comiendo carne ni pescado, sembrando y guardando los vegetales de que se sustentan, y guardando castidad absoluta. Yo conocí a un joven inglés que siguió este método y se desdoblaba de tal modo que un día vie a su doble que quería tirarse por un balcón de un rascacielos de New York. Tal susto tuvo, que empezó a comer y a beber para perder la facultad. Sin duda la pobre Aurelia será

vegetariana, como casi todas las mujeres, y comerá poco, estará débil, nerviosa. Se ha puesto en condiciones sin saberlo.

— ¿Y cree usted que en esos estados se puede llegar hasta a la adivinación de lo porvenir?

— Indudablemente no. No son ellos los que adivinan, pero se ponen en relaciones con otros seres que adivinan. El hombre no es el sér más elevado en la jerarquía terrestre. Hay seres intelectualmente superiores a él. No los conocemos. Con sentidos más perfectos, ellos ven acciones, móviles, designios, deducen y avisan o previenen. Tal vez es su voz la que oímos en lo que llamamos presentimientos. ¿Cómo se explica usted el caso, por ejemplo, de aquella joven Princesa que desde niña se había negado a pasar por la puerta que se desplomó y la mató el día de su boda? Los ángeles y los demonios son en este momento los buenos y los malos espíritus. El eterno principio del bien y del mal.

Como vió a Bernabé desorientado, dió una carcajada y dijo:

— No esperaba usted encontrar en mí un creyente. Yo estoy firmemente convencido de que la muerte no es más que un desdoblamiento. Si no temiera que la imagen le pareciera vulgar, le diría que es como el que sale de casa y pierde la llave. El sabio Steinmetz veía su doble y decía que veía al Steinmetz mortal y al inmortal.

— ¿No sería solo una proyección óptica de la persona?

El viejo se sonrió y dijo muy serio:

— No. Yo me he muerto una vez.

El joven miró con recelo a don Nicolás, que continuó imperturbable.

— Si. Me he muerto. Me separé de mi cuerpo, pero me quedé algo unido a él. Yo me veía muerto tendido en mi cama... y mi doble estaba a los pies, hecho una especie de niebla blanquecina, de tamaño mayor que cuando estaba encarnado. Era yo... y las gentes no me veían; mi madre besaba desesperada mi boca — ¿Para que besaré eso? — pensaba yo. Sentía una especie de asco por mi cuerpo, por mi despojo... Como el que se quita una camisa sucia. De buena gana me hubiera ido de allí, pero mi pobre madre lloraba tanto... Yo seguía amando a mi madre... Hice un esfuerzo y me metí en mi cuerpo... No he perdido la memoria de esto. Soy un reencarnado en mi propio cuerpo viejo.... No le quepa duda. Yo me he muerto y he resucitado. Y creo que este milagro no lo hace nada más que el amor. El amor inmenso, que me hizo encarnar para devolver el beso a mi madre.

XII

Los mensajes de la muerte

Profundamente emocionado volvía Bernabé a contemplar aquellos lugares. La naturaleza era odiosa en la indiferencia salvaje que tenía para el hombre. Nada había cambiado en ella. El mar sereno, riente, como una gran llanura surcada por el lago que cabrilleaba, en una ebullición de espejuelos de plata, bajo los rayos del sol. La tierra florecida con el lujo de sus palmeras, sus mimosas y su trébol amarillo. Solo los edificios habían adelantado. El hotel del parque iba a abrirse ya. Allí había dejado Alfonso mucho de su vida, de su pensamiento, en las piedras ingratas, en la obra que no recordaba al creador.

El necesitaba ir allí para tener la certeza de que Alfonso había muerto. Le faltaba realidad a la noticia sin ir allí y convencerse de que ya no estaba donde lo había dejado.

Había ido a Lisboa para evitar ese triste viaje a

la madre de su amigo y cumplir respecto a él los últimos deberes. Cuando llegó ya estaba enterrado Alfonso y el Cónsul lo puso en posesión de sus ropas y sus papeles, cuidadosamente recogidos. No le había faltado ni asistencia en su rápida enfermedad, ni ninguna de las honras póstumas. Sus jefes y sus amigos lo querían y todos habían rivalizado en demostrarlo.

Podía dar por terminada su misión y volver a Madrid, pero quería ir a Estoril, recoger la mayor suma de dolor, saber al detalle los últimos momentos, el empleo de sus últimos días; cuanto había de buscar ansiosa la madre como un triste consuelo.

El hostelero lo recibió con grandes aspavientos y extremos de dolor, tan propios de su carácter meridional.

— ¡Dios mío, desde que él falta está la casa sorda! No nos apañamos sin él. Hay veces que me parece que lo oigo, que me llama! Era tan bueno, tan noble! Parecía un rapaz. Siempre jugando con la nena. Lo mirábamos como cosa propia.

Fué preciso dejar pasar el flujo de palabras y de lamentaciones para preguntarle detalles de los últimos días.

— ¡Pobre D. Alfonso! Estaba bueno, algo triste y serio, como siempre.

— Se había desmejorado bastante — intervino la mujer, que como de costumbre se había quedado escuchando a distancia y jugando con la punta del delantal.

— Pero comía bien — intervino el suizo — la comida abundante, buena; tenía apetito, tomaba su vino, su café... Buena vida.

— Iba mucho a Lisboa--siguió ella. Venía tarde.

— Hombre mozo y solo. Ya se sabe — interrumpió con su aire de suficiencia el patrón; con el aire que tomaba al hablar de los caprichos de las princesas.

— No, D. Alfonso no se divertía — repuso ella cogiendo la alusión. — Era muy serio, y bueno como el pan. Yo pienso que le volvían el juicio con aquellas cosas de espiritismo.

— ¿Seguían con esas prácticas? — preguntó Bernabé.

— Si señor, seguían. Desgraciadamente. Y eso lo puso como estaba. Pálido, flaco, ojoso; como se ponen todos los espiritistas, que se consumen como cirios y se quedan en el pábilo.

— ¡Que sabes tú! — interrumpió el hombre temeroso de desagradar a Bernabé.

— ¡Vaya si sé! Muchas veces, como lo quería bien se lo dije: — «Déjese usted de espiritismos D. Alfonso, que bastante tenemos que hacer de tejas a abajo» — Se sonreía, con aquel modo suyo, y me contestaba: — «Sí, sí, tienes razón». — Pero ¡ni por esá! No se enmendaba. Lo tenían bién cogido,

— ¿Quiénes?

— El Doctor Pereira, doña Virginia. Todas sus amigas y amigos de allá, de Lisboa. A mí no me quita nadie que eso lo ha matado. Le dió el ataque después de venir de Lisboa. ¡Si lo sabré yo, que no me aparté de su lado y le cerré los ojos!

— ¡Hay que ver lo que charlas! — reconvinó el hostelero para hacerla callar.

— Déjela usted; me interesa lo que dice. ¿Observó algo raro en su muerte?

— Sí que observé.

— Yo quisiera saberlo todo. Recuerde bien.

— Verá usted: Vino de Lisboa en el tren de costumbre. Comió y salió a acostarse. Al poco rato sonó con violencia el timbre de su cuarto. Pensé que ocurría algo extraño para que llamase así, un señor tan prudente. Acudí y lo encontré rojo, con los ojos encendidos.

— “No llame usted — me dijo. — Es niútil. Me voy. Ha llegado mi hora”.

Yo no hice caso. Corrí a buscar al médico y éste dijo también que no había remedio. Estaba en la agonía. Me puse a su lado, le daba agua para que se mojara los labios. Yo sentía como si no estuviéramos solos, como si hubiera allí alguien invisible; me apretaba el corazón una cosa que no se podía explicar. Se oían ruidos por los muebles, por los balcones, como en las sesiones de espiritismo, que hacían ustedes en el comedor. De pronto don Alfonso abrió los ojos; parecía que le volvía la niña de allá dentro, como esas muñecas que tienen una bola que les hace abrir y cerrar los párpados. — “Yo me voy a ir ya — dijo — pero antes quiero ver a mi madre” — y se quedó inmóvil, con los ojos fijos, de un modo que parecía que el alma se había salido del cuerpo. Pensé que se había muerto y dí un grito.

Entonces volvió en sí; parecía satisfecho.

— “La hora ha llegado, Aurelia” — dijo muy bajito y se quedó inmóvil. Acerqué mi cara a la suya a ver si respiraba, y oí claramente que me respondía — “Ya me he muerto” — Me entró tal miedo que no me podía mover. Por suerte en este instante entró mi marido.

— Que estaba más asustado que ella — agregó

el hombre.—Habían empezado a sonar, sin que nadie los tocasse, todos los timbres de la casa y al abrir la puerta ví que se movían las cortinas y la ropa de la cama como si hiciera viento. Nunca se ha visto una cosa así.

—Solo en los libros—dijo ella—Yo he leído muchas veces de personas que anunciaron a fecha fija cuando se habían de morir. Enfermos que ellos mismos han dicho. — « Me moriré tal día. » — Es que oían la llamada de la muerte; aunque algunos dicen que se morían por su voluntad.

— ¿Qué cree usted, don Bernabé?

El evitó contestar. Creía mas bien lo primero. Sabía que la voluntad no detiene al corazón. La naturaleza ha confiado los movimientos cardíacos a los centros nerviosos colocados en las partes inferiores del encéfalo, fuera de la acción directa de la voluntad.

Se acordaba de aquel caso que tanto le impresionó en la historia de España: El rey emplazado por sus víctimas en un día fijo para morir, y que compareció a la cita.

— Sí, se oye la llamada de la muerte — dijo el hostelero.—Un tío mio despertó una noche de pronto con pesadilla y le dijo a su mujer.—«He soñado que me llama la muerte»—Se volvió a dormir y amaneció cadáver.

— Sí, pero esto de don Alfonso es otra cosa. Estoy segura de que habló después de muerto. Mire usted si tendré miedo, que no he vuelto a entrar en ese cuarto.

Bernabé ya no oía. Reconstruía en su cerebro aquel momento supremo en el que debieron condensarse todos los recuerdos de la vida de su amigo

en un solo cuadro. Se daba cuenta de la tranquila resignación que había labrado en él su fé espiritista, para no decir una sola vez: "Voy a morir" sino—"voy a irme."—Creía en el último viaje, ejecutado por su voluntad, para ver a su madre antes de esa partida de su cuerpo. Su pensamiento obrando como un agente material, se proyectó lejos. El no dudaba que el pensamiento era un cuerpo imponderable, que posee fuerzas que le son propias y puede enviar las imágenes que crea a otro aparato semejante. Está bien probado en la ciencia que basta el que una persona piense en nosotros fuerte y apasionadamente para suscitar en nuestro cerebro la visión de su forma, como una visión corporal. Esta es la base de la influencia que tantos abusos puede entrañar.

No le cabía duda de que Alfonso había visto a su madre antes de morir; de que en el momento supremo fué en busca de Aurelia y de que aún tuvo fuerza para darse cuenta de su estado y decir:— "Ya estoy muerto".— Quizás quedó flotando de aquel modo que le había descrito don Nicolás. Y doce horas después había ido en su busca.

Entre tanto el matrimonio seguía discutiendo. El quería hallar a todo una explicación lógica.

— ¡Estaría de Dios que sucediese!

La mujer no se dió por vencida.

— ¡Claro! Todos hemos de morir; pero a mí no me quita nadie que si no fuera por los espíritus don Alfonso estaría bueno y sano todavía.

— No digas tonterías.

— La que está bien enterada de todo es doña Juanita. Ella lo metía en esas danzas... y luego vino con muchas lágrimas y muchas cosas.

Pero cuando llegó a su colmo el enternecimiento de los hosteleros fué al entregarles Bernabé el donativo que llevaba de parte de la madre infeliz para los que habían cuidado los últimos momentos de su hijo.

— ¡Pobre señora! ¡Qué lástima! — sollozaba ella. — ¡El dichoso espiritismo! A mí no hay quien me quite que eso es cosa del Demonio.

— Por sí o por no — añadió él — lo que es en mi casa no se ha de volver a hacer jamás nada de eso. Yo quiero vivir en paz y en gracia de Dios.

Bernabé, cristiano en el fondo de su alma, sintió un miedo supersticioso al oír esas palabras. Desde niño había creído en las apariciones que refieren los libros religiosos de los seres perfectos; Elías, Cristo, la Virgen, y los Santos, cuyos cuerpos eran solo los que quedaban incorruptos.

Después creyó en que las Animas venían a pedir sufragios y en que los condenados acudían a confesarse, para ejemplo, de vez en vez.

Pero ahora esto de las apariciones se generalizaba. Todas las teorías religiosas, todos los relatos de duendes, de brujas, de seres sobrenaturales que mecieron su niñez en la campiña, murieron. Se reducían a un solo cuerpo de fenómenos, a una sola clase de seres: *Los espíritus*. Desde que la señorita Fox, allá en Norte América, había oído por primera vez, hacía poco más de medio siglo, la voz de los espíritus, la investigación y la implantación de la nueva teoría, retoñando en viejas raíces, ganaba terreno. Los fenómenos se repetían. Se consideraba como el que está con los ojos vendados.

en medio de una multitud que puede disponer de él a su capricho.

Su pobre madre había estado enferma del terror que le produjo la aparición de Alfonso y él se preguntaba, lleno de pavor: " ¿Para qué habré venido a Lisboa? " Había ido apesar suyo. No se elige entre dos caminos, pensaba; es falso ese libre albedrio con que creemos tomar uno u otro, según nuestra voluntad; se elige dominado por la fuerza interior que preside nuestra vida.

XIII

Los amores de los muertos

El Viernes estaba Bernabé, una hora antes de la cita, en el *Monumental Club*, sin explicarse por qué Virginia había preferido aquel lugar para hablar de cosas tan tristes.

Era aquél el más suntuoso de todos los Clubs en que se jugaba y se divertía la gente, como si el poseer lugares de lujo, de recreo y de vicio, fuese el signo del progreso de los pueblos.

Los lisboetas se sentían dichosos de su Club, ricamente decorado en estilo árabe, donde había un remedo de vida parisina que permitía alternar a las grandes damas con las grandes cocotas, aunque todo ese *gran* fuese reducido proporcionalmente de dimensiones, según se alejaba del Boulevard.

Dió una vuelta, sin saber que hacerse, por la sala de juego, triste y desanimada, por la biblioteca desierta, por el *fumoir* donde una muchachita, con ojos y labios pintados, una falda corta y escote largo,

hacía alarde de fumar un cigarro con las piernas cruzadas y el brazo enlazado al cuello de un señor calvo, de gran brillante en la corbata y opulenta cadena de reloj. Era una actitud forzada, de mujer deseosa de hacerse notar, de gana de escandalizar; tan falsa que hizo sonreír a Bernabé, al notar qué lejos estaba de la sencillez de las acostumbradas al medio que esta quería imitar.

— Lo mejor es tomar una mesa para cuando venga Virginia,— se dijo.

Entró en el salón, amplio y espacioso, cruzó sin fijarse en la concurrencia, hacia la primera mesa que vió desocupada, casi tropezando con las parejas que daban un aspecto de salón de baile al salón restaurant donde se verificaba el Té Danzante.

Una vez sentado se entretuvo en contemplar las parejas alegres y felices que saltaban entre el vaho de las tazas a medio consumir, humeantes como pebeteros que perfumaban el ambiente con su aroma asiático.

Una voz conocida le hizo volver vivamente la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Juanita. Ella sostuvo un momento su mirada y sin la más ligera emoción volvió la cabeza a otro lado, con un gesto bien marcado de no querer darse por enterada de su presencia. A su lado un oficial, de un color tostado, cuasi mulato, ponía unos terrones de azúcar en la taza. Bernabé recobró su actitud indiferente y siguió mirando el baile. Virginia no llegaba y él sacaba continuamente el reloj, con la comezón de las personas que se sienten miradas por la espalda. Al cabo de un rato, Juanita y su marido se levantaron, pasaron a su lado sin mirarlo siquiera, y salieron del salón.

Experimentaba un amargo disgusto, una desilusión honda, que le indignaba sentir, ante la fría indiferencia de aquella mujer, a la que dejó temblando de pasión y de voluptuosidad.

Unos minutos después entró Virginia, que vino a sentarse a su lado.

— ¡Cuánto siento haber tardado! — dijo.

El intentó disculparla, galante, pero la joven interrumpió :

— ¿Ha visto usted a Juanita ?

— Sí.

— ¿Y ella le ha visto a usted ?

— ¡Indudablemente!

— ¿Y... ?

— Ha permanecido tan indiferente como si no nos hubiéramos conocido jamás.

— ¡Qué estúpida! Ha debido presentarlo a su esposo.

— Después de todo, mejor es así.

— Cierto. Desdichado del que toma esas cosas en serio, como el pobre Alfonso.

— No sé que quiere usted decir.

— Alfonso y yo continuamos siendo buenos amigos siempre. Hablábamos mucho de usted... de Madrid... de Murcia... de España. El lo quería a usted mucho.

— Como yo lo quería a él.

— Pero en la amistad que sentía por mí, había algo de interesado... un interés que no confesaba. Alfonso se había enamorado de la que llamaba *La Médium del Antifaz*.

— Es para mí difícil creer eso, aunque sea de gran peso el testimonio de usted. Alfonso amaba a Aurelia de una manera decisiva.

— Sí, la adoraba, tenía toda su alma en ella... pero lo dominaba por la médium una pasión física inmensa, voraz, que ella se entretenía en avivar para verlo consumirse de amor.

— ¿Cómo?

— Dora — se llama Dorotea — es una de esas mujeres hermosas, coquetas y frías, de la peor especie. A fuerza de admirarse a sí misma ha llegado a la egolatría y a no poder amar a nadie. Ella, acostumbrada a dominar y a seducir, tenía especial gusto en el amor de un hombre sencillo e ingenuo como Alfonso; le agradaba ver la virginidad de aquella pasión. La divertía jugar con él como una gata. Orgullosa de haber despertado ese amor sin haberse dejado ver el rostro.

— Pero Alfonso tenía talento, comprendería...

— Comprendía e intentaba apartarse. En muchas sesiones se despidió para no volver más, pero entonces era ella quien lo llamaba y él no tenía voluntad para resistirse.

— ¿Seguía amando a Aurelia?

— En medio de todo su delirio por esta mujer, Alfonso no negó jamás su amor a Aurelia, ni su propósito de casarse con ella. Es que Dora lo enloquecía. No tiene usted idea del arsenal de coquetías y de provocaciones que empleaba.

— ¿No la veía nada más que en las sesiones espiritistas?

— Nada más. El fingía ser ya creyente por estar cerca de ella.

— Me sorprende todo eso en el carácter de Alfonso.

— El luchaba. Una tarde, le dijo que no quería seguir siendo su juguete, que ella había provo-

cado su pasión con sus risas, con sus movimientos, con aquel agarrarle las manos y mirarlo en los ojos ofreciéndose continuamente y sin darse jamás; que no se quejase si un día llegaba a la fuerza y la brutalidad. Entonces sucedió una cosa que no he podido olvidar y que deseaba comunicarle a usted.

— ¿Qué?

— Ella echaba relámpagos por los ojos y contestó:—“Debe usted agradecerme todas estas muestras de simpatía y no ser ingrato. Guárdese de intentar nada contra mí, porque no es usted mi único enamorado; los espíritus me aman, me defienden, están celosos, y si yo lo amase, lo matarían”.

— ¿Pudo usted creer eso?

— Hablaba muy en serio. Debía estar interesada por Alfonso y sentir miedo. Dejó de venir a las sesiones.

— ¿Y qué sucedió?

— Alfonso estaba desesperado al principio. Después se fué tranquilizando poco a poco; hablaba de ir a España a pasar la Navidad, ya que, entretenido con su pasión, no había ido el verano. No volví a saber nada hasta que el 20 de Diciembre recibí una carta de Dora citándome a una sesión. Llegué y allí estaba Alfonso. Lo había citado ella también. Siguieron las sesiones y volvió la locura del pobre muchacho; ya no pensó más en su viaje; estaba embrutecido por su amor a Dora. Ella lo incitaba cada vez más.

— ¿Qué objeto podía tener su coquetería?

— Ya se lo he dicho. Creo que ella lo amaba y tenía miedo a los espíritus. Una médium pertenece en cierto modo a los espíritus y se expone al hacerles traición.

— ¿Cómo no rompía entonces?

— Es que usted no tiene idea de lo que eran aquellas sesiones. No conoce usted más que las sesiones que hemos hecho con inocencia. Aquellas sesiones eran voluptuosas hasta un extremo doloroso.

— ¿Y por qué se prestaba usted a ellas?

— Primero fué por deseo de complacer a Alfonso. Después por una tendencia superior a mi voluntad. La cadena estaba llena de sensaciones. Yo ví muchas veces a los dos temblar y poseerse entre aquel fluido que se escapaba de sus cuerpos y prestaba vida momentánea a los espíritus. Nunca he presenciado tantos fenómenos de materialización. Aparecían figuras de hombres y de mujeres, grupos, cosas lascivas; resonaban chasquidos de besos. Manos frías nos acariciaban y hocicos húmedos venían a buscar nuestros labios. Era algo terrible y extraordinario que nos hacía gemir de dolor y goce, lo que sucedía en aquellas sesiones que hacíamos los tres solos.

Se detuvo a tomar aliento y Bernabé guardó silencio, impresionado por la descripción.

— Una tarde la pasión de Alfonso se desbordó y sin hacer caso de mi presencia para nada, se arrojó sobre Dora y le arrancó el antifaz.

— ¿Y era tan hermosa como parecía?

— Mucho más. Blanca como un mármol, con la boca roja y los ojos diabólicos bajo la luz de sol de sus cabellos rubios. El se quedó mirándola fascinado. Ella se puso de pie indignada y satisfecha. Yo estaba como hipnotizada, con las manos agarrotadas sobre la tabla de la mesa, que se movía locamente a impulso de un viento frío que revolvía

mis cabellos. Por toda la habitación creía ver parejas confundidas en espasmos de amor. Rodaban lucecillas de colores brillantes por todas partes, y sobre la cabeza de ella, iluminándole los cabellos, una nube blanca, lechosa, de la que se destacaba un enorme globo rojo... Yo no sé. Aquello era locura, borrachera, un aquelarre vertiginoso, una posesión demoniaca. Alfonso la tenía entre sus brazos y la besaba con besos hambrientos... Ella se desasía y, con una voz de terror que nos volvió a la realidad, dijo: — «¡Dejame! ¡Dejame para que pueda salvarte! ¡Ese espíritu!... ¡Ese espíritu te muerde en la nuca!!!» Estábamos asustados. Ella invocó a sus espíritus protectores a los que llamaba *Flor Blanca* y *Flor de Luz*. Les suplicó que librasen a Alfonso de aquel espíritu celoso que le mordía en la nuca. Esta fué la última sesión. A los pocos días supe la muerte de Alfonso de una hemorragia cerebral.

— ¿Y usted cree? — dijo Bernabé.

Pero Virginia se había recobrado y respondió con cierta frialdad:

— Yo no creo nada, amigo mio; me limito a referirle a usted los hechos.

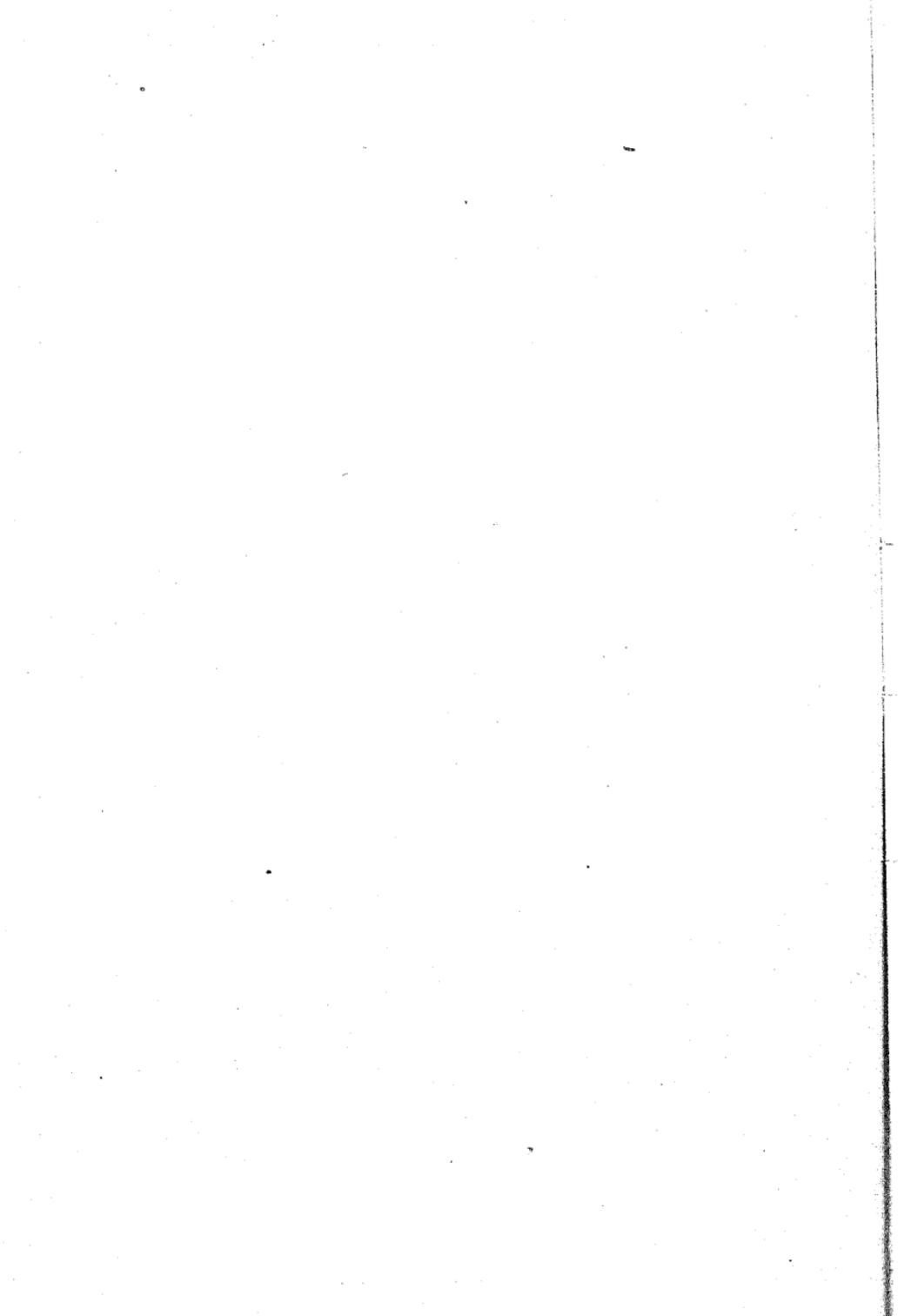
— Virginia, por caridad, líbreme usted de esa sospecha de que mi amigo pudo ser víctima de los espíritus.

— Nada afirmo ni niego.

— ¿No podríamos tener una sesión con Dora?

— ¿Para qué?

No lo sé. Yo he venido de Madrid, he ido a Estoril, estoy aquí, sin poderme ir, por algo superior a mi voluntad. Experimento un gran deseo de acercarme a ese misterio que tal vez ha matado a mi amigo.



XIV

Los espíritus dañan

De fuertes muros, ancho portal y maciza escalera, era como un palacio encantado, el caserón donde penetraron sin encontrar a nadie, sin que nadie saliese a recibirlos, como si caminasen por una casa deshabitada. Desde el recibimiento todo eran grandes salones, con las paredes cubiertas de tapicería, techos ensamblados, suelos con alfombras en las que se enterraban los pies, y frisos con antiguos escudos de armas que daban idea del viejo linaje de los moradores.

Se descorrió una cortina y en el marco de la puerta iluminada, apareció la figura alta, gallarda, inconfundible de la Médium. Su voz de canto, llena de armonía, vibró en sus oídos.

— Pasen ustedes.

Bernabé apesar de la antipatía que le inspiraba aquella mujer, después de las revelaciones de Virginia, sintió el encanto de su hermosura. Veía su

garganta de mármol pulido, adornada con el collar de perlas; la magnífica cabellera, los ojos azules, tan oscuros como los ojos negros y el rostro estatuario de una Juno, blanco y pálido, en el que los labios se entreabrían como una flor de sangre. Estaba tan maravillosamente bella que comprendía la pasión de Alfonso y le perdonaba sus coquetearías de mujer divina.

Ella salvó lo embarazoso de la situación.

—Virginia me ha escrito el deseo de usted y no he querido negarme a complacerlo.

—Gracias, señora.

—Tengo inmensa afición a las prácticas espiritistas, ya que la naturaleza me ha dotado de condiciones para ser médium, pero la posición social de mi familia me impide prodigarme.

—Lo comprendo, pero...

—Además—siguió ella, como el que ya ha pensado lo que tiene que decir y no quiere detenerse—mi marido aborrece el espiritismo. Se diría que está celoso de todos estos seres que me aman, que están en torno mio y a los cuales presto mi vida a fin de que puedan comunicar con los vivos.

—¿Crée usted, Dora, que les proporciona un placer con eso? —interrumpió Virginia.

—Sí. Siempre que opero veo acudir los espíritus, como acudirían los que estuviesen ahogándose, al cable que les tendieran. Vienen, hablan, vuelven y se sienten felices de vivir con nosotros, apesar del esfuerzo que ejecutan, y que debe ser menos doloroso que su impotencia para manifestarse. Sin embargo, algunos, como la celebre Ketty King, afirmaron que las materializaciones les eran dolorosas y las aceptaban como una expiación.

— ¡Si al menos los desencarnados fuesen felices! — suspiró Bernabé.

— Al contrario. Parece que sufren, porque sienten ansias de estar en este mundo.

— Ese es un suplicio mayor que el de no existir.

Rió la médium.

— Naturalmente que el no ser no puede causar dolor, puesto que no cabe sentimiento ninguno en lo que no es. El sufrimiento es anticipado, es por el absurdo de pensar en que pueda cesar la existencia. El espiritismo nos da el consuelo de saber que hemos de vivir siempre, acá o allá, en una forma o en otra, pero *Vivir*. ¡Vivir es el placer supremo!... Pero dejemos filosofías pues los sabios dicen que no resultan bonitas en boca de mujer, y vamos a hacer la sesión que ustedes desean.

Se la veía inquieta, nerviosa. Ella misma colocó el velador y dijo:

— Estamos solos. Vean ustedes bien la estancia... y hasta toda la casa. He aprovechado la ocasión de que mi marido está fuera.

Los ojos de Bernabé recorrieron el gran salón de suntuosas cortinas, pesados muebles de tapicería, todo en azul y oro, que hacía resaltar admirablemente la belleza de la dueña. Se fijó en lo muelle de las paredes y de las alfombras, en los divanes y en las butaquitas bajas, llenas de multitud de almohadones, que parecían preparados para la voluptuosidad de los sueños del éter y de la morfina. Sintió la curiosidad de saber porqué extraña perversión aquella mujer elegante y hermosa se dedicaba al espiritismo de un modo tan apasionado.

— ¿Cómo se hizo usted médium? — preguntó.

Ella rió de nuevo.

— Los médium no se hacen — dijo. — Son facultades especiales. Se desarrollan en los que las tienen con el ejercicio, o se crean a fuerza de perseverancia; pero el verdadero médium es espontáneo, algo que la naturaleza ha formado. Presentan anomalías, como las de Daniel Duglas, que se remontaba y volaba como un pájaro.

— ¿Y como se conocen?

— Suelen hacerse experimentos hipnóticos. El juego de la llave de hierro que se pone en medio de la mesa, se tienden hacia ella las manos y, al cabo de un rato, corre y va a colocarse bajo las de determinada persona, así señala a la que tiene más fluido. También puede hacerse cerrando los dedos de ambas manos en forma de cono y colocar una frente a otra; si es médium se atraen con fuerza y cuesta trabajo separarlas; pero todo eso es elemental; hay otra cosa, el aura, el nerviosismo; no se explica con palabras. Una vibración especial.

Se sentaron en torno de la mesa y la joven pronunció la invocación que ya había oído anteriormente Bernabé.

— Si usted quiere — dijo éste — podemos llamar a Alfonso, mi amigo, ya lo conocía usted. . .

Sintieron estremecerse las manos ensortijadas de la médium que repuso:

— ¡De ninguna manera!

— ¿Por qué?

— No hace bastante tiempo que desencarnó para estar completamente desligado de la materia y acudir.

Intervino Virginia.

— A veces acuden desde el primer momento. Podemos probar.

— Yo tengo la costumbre de no hacer invocaciones. Estoy cierta de que el cuerpo astral no abandona al cuerpo físico inmediatamente después de morir. El doctor Baraduc, con la radiofotografía ha colocado una placa muy sensible, envuelta en papel negro para protegerla contra la luz, sobre el corazón, los pulmones, o cualquier otro órgano de importancia de un cadáver de tres días. Al revelar la placa aparecieron nubosidades y líneas ondulosas semejantes a las llamadas de fuerza que se forman sosteniendo un imán sobre limaduras de hierro. Esas figuras representan el ritmo con que funciona el órgano correspondiente.

— ¿Y como explica le Doctor Baraduc que permanezca el misterioso doble en el cuerpo muerto?

— Créese que contribuye la costumbre de tener al cadáver en una habitación fría y medio á oscuras; según él, esto produce en el cuerpo astral cierta depresión, lo acobarda, digámoslo así, y le decide á quedarse en casa. Vean ustedes por donde la teoría científica está conforme con la creencia popular en los aparecidos en castillos ruinosos, en subterráneos y en cuevas. Los fantasmas de la leyenda no andan nunca en sitios donde haya luz y calor. Se debe permitir entrar en la cámara mortuoria la luz del sol á torrentes, pues de este modo el cuerpo astral se separará del cadáver y se alejará flotando en los espacios, a cumplir su destino.

— ¿Qué destino?

— Se cree que el cuerpo astral, una vez separado definitivamente, tal vez se eleva en el espacio, tal vez retorna al gran depósito de energía cósmica.

Los que han sido en vida seres superiores ó grandes génius, envían sus cuerpos astrales á los más elevados espacios; las almas comunes, permanecen durante más ó menos tiempo apegadas á la tierra. Por esta razón tal vez, la mayor parte de los aparecidos son, por lo general, almas de mercadores, de soldados, de labradores, que siguen en la tierra sin aspirar á mayores alturas. Esa es la idea de los creyentes en estas doctrinas.

— Es que yo deseaba hablar con mi amigo — insistió Bernabé.

— ¿Por qué?

— Lo amaba como a un hermano.

— ¿A qué ha venido usted a Lisboa?

— Para ofrecerle los últimos homenajes y evitar el viaje á la pobre anciana madre, para quien la pérdida del hijo ha sido un golpe mortal. . .

— ¡Pobre señora! Pero tome mi consejo: Ya que no es usted creyente, no se entregue a esas prácticas.

— ¿Las cree usted peligrosas?

— Yo quisiera no haberlas hecho nunca.

Hablaba con voz de lágrimas, como sorprendida en un momento de sinceridad.

— ¿Cree usted que los espíritus pueden dañar?

— Sí.

— ¿Acaso Alfonso. . . ?

— No lo sé.

— Usted le dijo que un espíritu le mordía en la nuca.

— Es cierto. Lo ví. . . Pero le obligé a dejarlo.

— Acaso más tarde se apoderó de él.

— ¡Quién sabe!

— ¿Conoce usted algun caso semejante?

— Sí. Hay espíritus malos. No cabe duda. Co-

noché una señora a cuya nuca estaba aferrado el espíritu de su marido, La infeliz sentía dolores de cabeza que la volvían loca. Al fin logramos que la dejara en paz. Otra señora estaba perseguida por el espíritu de la primera esposa de su marido y de noche en la cama se subía sobre su pecho y la oprimía hasta ahogarla. Los médicos decían que era asma. Ella observó un soplo, un aliento frío. Llamaron a un médium y la libertó.

— Las pasiones van más allá de la vida — dijo sentenciosa Virginia.

— Como que el hecho de desencarnar no nos cambia — repuso la médium. Yo he conocido a la joven que llevaba a su novio en el corazón. Lo había agarrado y le hacía oscilar como un péndulo, causándole sufrimientos atroces. Hasta que la mató.

La conversación había llegado a interesarlos de tal manera que no pensaban en comenzar la sesión. Bernabé, para el que todo aquello era nuevo, sentía una gran curiosidad.

— En las influencias sobre naturales se ha creído siempre — siguió ella — y siempre se han realizado prodigios. Es bien conocido el de Miguel Escoto que convidaba a comer a sus amigos, sin tener nada preparado y a su invocación se cubría la mesa de manjares cuya procedencia explicaba; — “Esta golosina procede de la cocina del Rey de Inglaterra; este licor viene de la bodega del Rey de Francia”.

— ¡Es posible!

— Es un hecho. Se han convencido hasta incredulos, como Federico I, que pidió a los astrólogos de su reino que averiguasen por que puerta saldría de la ciudad para ir a la guerra. El adivinador

exigió que no abriése el papel que contenía la profecía. El soberano hizo abrir una brecha en la muralla y salió por ella, creyendo burlar la predicción; pero luego leyó con asombro estas palabras en italiano: "Per la porta nuova".

— ¡Pero esos son verdaderos hechizos! — exclamó.

— ¿Conocen ustedes la Magia Negra? — preguntó Dora.

— No — respondieron a coro.

— Yo sí.

Los dos la miraron con cierto miedo supersticioso.

— Yo he estado en la India — siguió ella. — Y he estudiado las ciencias ocultas. El magnetismo, el hipnotismo y el espiritismo puede decirse que tienen una raíz común. Lo que hay de cierto es que poseemos, en nuestro propio ser, una fuerza admirable; bien conocida nos haría reyes y dioses. Todo radica en nosotros. En la voluntad, en el cultivo de esa ciencia.

— ¿Pero la Magia Negra que relación tiene? — preguntó Virginia.

— La Magia Negra, querida amiga, es una cosa ridícula y falsa, que hace reír. Lo primero en ella es formar el brujo o la bruja: un pobre ser creyente al que le hacen ayunar muchos días y luego lo excitan dándole de comer un pan negro, amasado con sangre y cargado de especias y embriagándole con vino, en el que se ha tenido en infusión adormideras.

— Es que lo vuelven loco.

— Precisamente. Además se le sugestiona con

las cosas misteriosas que le dan de atributos. Figurense ustedes que son de este estilo: Una espada sin cruz ni inscripción; cuatro clavos del ataud de un ajusticiado; dos velas de sebo humano; dos coronas de verbena; un pebetero en un tripode; una cabeza de un gato negro; un cuerno de macho cabrío; el cráneo de un parricida.

— ¡Cuánto absurdo!

— Y lo visten de negro, con capacete de plomo, y signos astrológicos: Mercurio, Venus, la Luna.

— ¿Y que hace ese pobre ser?

— Ya verán. Trazan el Circulo Goético, que ha de ser en la noche del lunes al martes o del viernes al sábado. Allí ponen al brujo con todos sus artefactos y invocan a Lucifer usando palabras de este tenor: "Ayron, Telragrammaton, Vaichen, Estimulamaton, Erchanei, Elionadieian, esiton existien eriona overa".

— Esos son delirios de los que usted misma se está riendo.

— Espere, espere. Esas gentes son fanáticas. Celebran sus aquelarres, dicen las Misas Negras, e invocan, no solo a los espíritus humanos, si no a los Espíritus de la Tierra, del Fuego y del Agua.

— Pero son verdaderos dementes.

— Peligrosos porque la mayoría de ellos tratan de dañar, de producir maleficios. Es digno de verlos, especialmente en primavera, metiéndose en las cavernas, en las ruinas, en los murallones viejos y hasta en los cementerios, donde cometen verdaderas profanaciones, para buscar raíces, polvo y cojer lagartos, sapos, buhos y otros pobres animales, a los que creen impuros y destrozan vivos a fin de aprovechar su sangre y sus entrañas en

hacer ungüentos para volar, o drogas para desunir matrimonios, enemistar amigos, imponer casamientos, enfermar a los enemigos, dar el mal de ojo, o enloquecer a alguno.

— Sin embargo todo eso es inofensivo y tonto.

— A eso queria ir a parar. Cualquiera bien equilibrado piensa eso. Sin embargo, hay que tener en cuenta la fuerza magnética y el poder de sugestión que el brujo desenvuelve. El ayuno, la embriaguez, la superstición y los perfumes que aumentaban la excitación, por que se rodean de una densa humareda de incienso, alcanfor, áloe, ámbar y estoraque, que amasan con sangre de macho cabrío, topo y murciélago.

— ¿Y cree usted que el poder de la sugestión les hace obrar lo que desean?

— Lo creo firmemente. Es como el procedimiento de las figurillas de cera a las que se martiriza para matar a la persona que representan. A fuerza de pensar en la persona viva, de enviar los efluvios del pensamiento y efluvios magnéticos, se los puede influenciar, en el sentido que se quiera. Esa es la triste realidad de la Magia Negra, entre cuya superstición y ridiculez hay desgraciadamente un fondo de verdad.

— ¡Que no conocen los que lo emplean!

— Es que el fenómeno es antiguo y la explicación moderna. El brujo es la primera víctima, el primer creyente, el primer sugestionado. Así se explica que en España cuando tuvieron ustedes la Inquisición, quemaran muchos brujos que afirmaban haber volado o haber visto al Diablo, y algunos hasta se confesaban de que habian asesinado a personas, que estaban presentes, buenas y sanas.

—Le confieso a usted — dijo Bernabé — que siento cierto miedo de pensar que podemos estar a merced de algo desconocido que influya en nosotros.

—Nada se puede contra los fuertes de voluntad, amigo mio. Todo poder y brujería es nulo con ellos. Hay que ser fuertes, serenos, que no se altere nuestra aura envolvente y sobre todo no dar la mano.

—¿Y si nos hubiera influenciado algo? — dijo con terror Virginia — Yo no estoy ya tranquila.

Dora se gozaba en la emoción de sus oyentes.

—No tenga miedo, querida. Así como la Iglesia, desde tiempo antiguo, notó las influencias mágicas, y se fabricó los exorcismos, queriendo tener el monopolio, nosotros tenemos exorcismos científicos. Con pases magnéticos se pueden interrumpir las corrientes, quitar los fluidos perniciosos y hasta pasar a otro objeto el encanto. La sugestión se cura con la sugestión. Es el caso de las procesiones de endemoniados y de ese sacar los demonios del cuerpo que se conserva aún en algunas partes.

—No negará usted que es asustador todo esto.

—Hay poca gente mala. Los brujos modernos emplean el magnetismo para curar. Hacen también sus recetas supersticiosas contra las anginas, la hidrofobia, y las quemaduras. Además se ha generalizado el uso de los amuletos.

—¡Los amuletos! Pero usted se burla de nosotros, señora.

—Nada más lejos de mi ánimo. La Cruz de Santa Nomina, el Sello de Salomón y toda la diversidad de símbolos, objetos, medallas y juguetes, dan serenidad y confianza al que los lleva. No es

raro que una cruz, una oración, deshagan un maleficio. Conservan el aura. Eso es todo. Pero vamos a nuestra sesión. Aquí no hay que tener miedo; vienen espíritus buenos. Todo astrólogo o alquimista verdadero tuvo siempre un espíritu familiar. Yo sigo esa tradición.

Colocaron las manos sobre la mesa y esperaron en silencio. La mesa no se movía.

— Volveré a decir la oración—dijo Dora.

La recitó con su voz armoniosa y esperaron. La mesa permanecía inmovil.

— No me explico que es esto. No me ha pasado jamás.

La miraron con desconfianza y la vieron llena de inquietud, de sinceridad.

— ¿Estais ahí?

Nada.

— Manifestaos en cuanto llegueis.

No se dió ningun fenómeno.

— Dad un golpe.

Igual silencio.

Al cabo de otro cuarto de hora de espera la médium rompió la cadena y dijo:

— O hay una voluntad que se resiste a la nuestra, o yo, impresionada por la conversación, no tengo mediumnidad hoy.

— ¿Entonces?

— Lamento no haberlos podido complacer.

— Otro día... — insinuó Virginia.

— Es imposible, porque estará aquí mi marido. — Y créanme ustedes. No jueguen con estas fuerzas. Tengan siempre presente que se debe operar con un buen médium. Hay espíritus que dañan, hay espíritus malos.

XV

En trance

—Me sorprende este nuevo aspecto de Lisboa— decía Bernabé a Virginia — y eso que yo había estado por aquí, en el *Castello* y en esa plazoleta de *Nuestra Señora de Graça*, desde donde se ve la ciudad escalonada a nuestros piés. Alfonso me llevó a la *feria* de *Ladra* que es como en Madrid el Rastro, y a *San Vicente de Fora*.

— Pues no había usted hecho mas que costear esta parte de Lisboa, pintoresca e insospechable en una capital de nación tan alegre en la *Baixa* y tan grandiosa en la *Avenida* y los barrios nuevos.

— Es cierto.

— *Alfama*, la *Moreria*, toda esta parte, es la Lisboa de antes del terremoto. Donde está la *Baixa* era terreno cubierto por el agua, y ahora se halla esta a poco que se profundice.

Hablando así se habian internado en el dédalo de callejuelas de la Alfama. Era un verdadero la-

berinto de plazuelas y callejones mal empedrados, sin aceras, en cuestras que subían y bajaban, con mil revueltas y recovecos. En algunos lados las pendientes eran tan inclinadas que se habían hecho escaleras para ir de unas calles a otras. Las casas estaban tan proximas en algunos lugares que podía tocarse con la mano la pared de enfrente.

- ¡Como se parece esto a Génova! — decia Bernabé.

En efecto eran los mismos *Vicos* del puerto de Génova, con sus escaleras y hasta con esa verbena de ropas pingajosas, de colores, que cuelgan de una pared a otra, aumentando el aspecto de suciedad de las basuras, hojas de hortalizas, cáscaras de naranja y desperdicios de todas clases, que había en medio de la calle.

Virginia le hacia notar los tipos: mujeres feas en su mayoría, asomando a las ventanucas y a las puertas entreabiertas; atractivas con su desgalichamiento gitano, de ojos negros, tez bronceada y dientes blancos en boca grande, de labios gordezuelos. Hombres siniestros, de color mestizo, con aspecto de vagabundos y viciosos.

Habia grupos de mujeres sentadas ante las puertas, cosiendo trapos viejos o espulgándose y peinándose unas a otras. Algunas habian sacado a la calle dos barreños y fregaban o mondaban patatas como en pleno campo.

Olor a vino, a aceite frito, y a col cocida, infectaba la atmosfera, junto al olor a sudor agrio, de pies y de cuerpos súcios. De todas las tabernas salían voces y cantos; en todas las esquinas se veían hombres parados, como si las apuntalaran, con actitud perezosa y algo amedrentadoa.

— Debe ser peligroso vivir aquí — dijo Bernabé.

— No lo crea; lo que es peligroso es pasar. De noche es imposible, pero morar no ofrece peligro. En ningún barrio se respeta y se guardan más consideraciones a los vecinos. Estas gentes se han dado sus leyes, se han hecho su código y lo observan. Es el único que respetan.

— Cada vez me afirmo más — exclamó Bernabé — en que Lisboa se asemeja más a Italia que a España. Constantemente su situación, sus casas, todo el conjunto, recuerda a Nápoles y a veces a Génova. La otra ciudad de los palacios de mármol.

— Aquí no abundan ni el mármol ni el granito, amigo mío. Herculano llamó eufónicamente a Lisboa «la ciudad de mármol y granito» y desde entonces los escritores mediocres que nos visitan repiten el mismo tópico, porque ellos no nos ven con sus ojos, sino en la literatura.

De vez en cuando tenían que detener el paso para contemplar un lugar más pintoresco que los otros. A veces las casas, sacudidas desde los cimientos por el espantoso terremoto que destruyó casi toda la ciudad, con aquella ansia exterminadora que hizo desbordarse el mar sobre los abrasados escombros del incendio, se habían agrietado inclinándose a un lado. Así aparecían viejas, ennegrecidas, deformes, sosteniéndose a través de siglos por misteriosas leyes de equilibrio. Algunas se habían apoyado la una en la otra, como árboles que juntan las copas, y así permanecían, con los aleros juntos, dando sombra a la estrecha calle.

— Pues todavía es peor la suciedad y la mise-

ría en la Morería — observó Virginia — Allí se albergan todos los vicios, se esconden los asesinos. A veces no se atreve a entrar ni la policía en los antros que les sirven de morada, verdaderos cubiles, donde viven como fieras salvajes en su estiércol y revueltos unos con otros.

— Exagera usted.

— No lo crea. Allí está la lama de cuanto más bajo, más podrido y más vicioso arrojan, las grandes ciudades. Hay criaturas que han envejecido sin salir jamás de su garigola, sin haber ido nunca a la *Baixa* y la idea de llegar a la Rua Augusta ofrece para ellos mayor dificultad que para nosotros marcharnos a la Australia. Hasta su lenguaje es diferente.

Otras veces se paraban ante viejas casas con blasones y escudos sobre las puertas.

— Aquí vivía la más rancia nobleza — decía Virginia. — Por estas calles pasaban los nobles señores de la época de don Juan V, en sus sillas de mano y por no querer cederse el paso unos a otros, los lacayos tiraban de espada y el vencedor pasaba sobre el cadáver de su enemigo.

— Solo así tienen razon de existir los privilegios y las castas — repuso Bernabé.

Llegaron a la típica casa cuyo portal lo forma un enorme arco rebajado y entraron en el patio, ornado de escudos y azulejos. Luego subieron a la plazoleta, especie de atrio, de la iglesia de *Santo Estevão*, y Bernabé quedó perplejo ante el panorama maravilloso, esplendido, que dominaba. Era la garganta de un valle, situado entre dos colinas, todo cubierto de casas, donde estaba enclavada Alfama.

Cerraban el horizonte, por la parte de arriba, el edificio triste, de un amarillo sucio, escueto, solitario de la Prisión del Limoeiro, y las torres de algunas iglesias que Virginia iba nombrando. Aquel barranco lleno de casas era como el antiguo lecho gigantesco de un río desecado, que hubiese arrastrado peñones. Daban idea las casas de piedras rodadas, al verlas apiñadas, revueltas, unas sobre otras; Las veían a sus pies sin poder adivinar el plano; no parecían existir calles entre ellas. Los viejos tejados estaban cubiertos de una capa de hierba seca, entre la que verdeaban plantas lozanas.

Las ventanas de las bohardillas con los postigos de madera renegridos, las ropas viejas ondeaban por todas partes, con un lujo de desgarrones y remiendos. No se daba en ningún otro lugar un aspecto semejante de caos, de confusión, como en aquel laberinto, aquel dédalo de casas que parecían arrojadas allí por el vórtice de un remolino.

— Me hubiera ido de Lisboa sin sospechar siquiera esto.

— Es que muchos que han nacido aquí no lo conocen.

Era pintoresca toda aquella miseria que hubiera sido lúgubre en el norte y allí se enojaba y reía bajo la luz dorada, en la magnífica puesta de sol que empezaba a bañar su disco en el Tajo, el cual parecía un brazo de mar, con los innumerables vapores de alto bordo, los navios de guerra, los barcos de vela y las barcasas de mercancías, que se agrupaban junto a las gruas, en los Docks, como polluelos de águila que esperan el sustento que

lleva en el enorme pico pendiente del largo cuello giratorio. Resonaba a lo lejos el ruido del tráfico, del trabajo, que no parecía turbar la pereza de los moradores de Alfama, adormilados en sus tascas y sus callejuelas sucias, con el opio del crepúsculo y el cielo rosa y azul que los cubría. Había en todo aquello una melancolía infinita, un baño de crepúsculo.

Bernabé se sorprendía de que tuviesen allí su sede los espiritistas.

— Hay en toda Lisboa muchos centros semejantes de espiritistas y de teosofistas — dijo Virginia. — Los últimos desdeñan a los primeros; ellos han elevado sus prácticas hasta la categoría de religión.

— ¿Y estos?

— Participan de ambas cosas. Ya los verá usted.

— No creo en unos ni en otros.

— ¿Por qué tiene usted entonces ese afán de ver fenómenos?

— Yo mismo no me lo explicó.

— Es que el espiritismo atrae a los que lo practican como el opio y la morfina. Hay quien lo toma como un pasatiempo, un juego de salón. Tengo una amiga que desde que tenemos República no reúne ya en sus salones ministros y políticos como en tiempo de la monarquía y para desquitarse ha hecho un *salón espiritista*; de ese modo reúne todas las notabilidades de Europa.

— Sí, por lo visto hay quien hace la sesión de espiritismo como el que se sienta a jugar su partida de tresillo o de ajedrez.

Al fin Virginia se detuvo ante una casa y dió un aldabonazo.

Les hicieron pasar a una sala grande y desmantelada, donde habia una docena de personas, mujeres en su mayoria.

Todos tenían ese aire que Bernabé notaba en los espiritistas. Se ponian pálidos, secos, distraidos, como si estuviesen de paso en el mundo.

No sabía distinguir si es que para ellos perdía su importancia la vida, o por el contrario los dominaba el ansia de vivir y por eso buscaban afanosos la prueba de que habian de seguir viviendo, cuando les desahuciaran del Gran Hotel que era, para ellos, la tierra.

Así que Virginia hizo la presentación de Bernabé, como de un creyente, que deseaba practicar, se sentaron en torno de una gran mesa cuadrada, de cuatro patas, sobre la que habia un lapiz y un paquete de cuartillas. Al lado estaba colocada una mesa pequeñita, provista también de papel y lapiz.

— Estos desdeñan, como demasiado elemental, la tiptología—dijo Virginia.—Procure usted no aparentar sorpresa, vea lo que vea.

— ¿No usan velador?

— Cualquier mesa es buena.

— ¿Y esa pequeñita?

— Es para la taquígrafa.

No tuvo tiempo de preguntar más porque uno de los señores, de gran barba blanca y cráneo pelado, empezaba la conocida oración. "Dios y Señor nuestro", invocando solo espíritus buenos y necesitados de consuelo.

Colocaron las manos para formar la cadena y a los pocos momentos la mesa levantó las dos patas de un lado y soplos helados pasaron sobre ellos.

— Flor Blanca, Espíritu Protector y Guía Nuestro ¿estás con nosotros? — preguntó el caballero.

Se dejó oír un golpe formidable en el centro de la mesa, que él interpretó.

— Sí.

— ¿Podemos tener fé en las entidades que se presenten?

— Sí.

— ¿Te acompaña alguno que se quiere manifestar?

— Sí.

— Elige el médium.

Una de las mujeres lanzó un gemido y empezó a moverse como si le hicieran cosquillas.

— ¿Es Julia el médium? — preguntó aún el señor.

— Sí.

— ¿Va a tomar el espíritu posesión de ella?

— Sí.

Entre tanto la pobre mujer seguía dando gemidos, daba saltos como si sintiese alfilerazos, se ponía rígida, con los brazos apretados al cuerpo, los ojos cubiertos de ese vélo blanco de la gota de agua que cae en el aguardiente y lo empaña, y el rostro lívido y descompuesto. Se veía un sufrimiento tan grande que Bernabé pensó:

— Esta mujer agoniza. Es su alma que está dejando su cuerpo para que tome posesión de ella otra alma diferente. ¿Qué hará mientras esa pobre alma desalojada? Me da miedo de que el Avatar sea perdurable y muera en realidad sin que la gente lo note...

El Director de la sesión, entre tanto, había mandado romper la cadena, y puesto de pie, arrojaba sobre la médium fluidos magnéticos y pases.

— La hipnotiza para facilitar la posesión — explicó Virginia.

Bernabé estaba inquieto, veía más peligros en aquel procedimiento que en los que había conocido hasta entonces.

Julia se había quedado inmóvil. La resistencia física había cesado, agotada, dominada, pero la lucha debía seguir en su interior según la expresión de sufrimiento que se veía en su rostro.

El Director fué hacia ella, le acarició paternalmente la cabeza, pasó los dedos por su frente y por sus ojos.

— Vamos, vamos... Tranquilízate, no sufras. Ya ha caído en trance.

La hipnotizada dió un suspiro de alivio.

— ¿Has tomado posesión del cuerpo de la médium? preguntó el Director.

No obtuvo respuesta.

Bernabé miraba la mesa, pero Virginia le advirtió.

— En la mesa no hay nada. El espíritu ha entrado en el cuerpo de la médium, que está en trance.

— ¿Qué es eso?

— La denominación que dan al sonambulismo los espiritistas.

— ¿Dime si estás ahí? — repetía el Director.

Se abrieron trabajosamente los labios de Julia que murmuró:

— Sí...

— ¡Habla! — ordenó el hombre imperiosamente.

— ¿Qué que-re-is que os di-ga? — repuso silabeando con torpeza la médium, con una voz que a Bernabé se le antojó también aguardiente aguado.

— ¿Cómo te llamas?

— Alfonso Núñez.

— ¿De donde eres?

— Español.

— ¿Desencarnado?

— Sí.

— ¿Conoces aquí a alguien?

— Sí.

Bernabé estaba sorprendido de no sentir la emoción que suponía que había de producirle la presencia de Alfonso. Aquella sesión con gentes vulgares, valiéndose del hipnotismo, le parecía una profanación.

— ¿Quiere usted preguntarle algo? — ofreció el Director dirigiéndose a Bernabé.

— No.

— ¿Qué deseas? — preguntó el Director.

— Es-tar con vo-so-tros y con Ber-na-bé.

— ¿Eres feliz?

— Sí.

— ¿Quieres contarnos algo de la otra vida?

— Sí.

— Habla.

La sonámbula empezó a hablar, cada vez con más claridad, mientras que Bernabé, sin saber que pensar de todo aquello, oía la extraña narración creyendo, a veces, conocer las inflexiones de la voz de Alfonso.

— Fíjese usted que habla español y que el médium no lo sabe — observó el Director.

La taquigrafa iba tomando el discurso que pronunciaba el espíritu, valiéndose del cuerpo de la médium.

“No tengáis pena por mí. Desencarné sin dolor, y a no ser por el amor que profeso a los míos, sería dichoso. En el momento de dejar este mundo me encontré en un país desconocido. En este país hay árboles, pájaros, flores y casas, es decir hay cosas a las que tengo que llamar así para que me comprendáis vosotros y os podáis representar con ideas vuestras lo que hay en este país; pero todo es de una substancia diferente, sin la limitación de las tres dimensiones que vosotros conocéis y que no podéis concebir ni explicar. Aquí es todo luz, nuestra luz, sonidos y perfumes, pero nuestros sonidos y nuestros perfumes. Yo estaba desorientado hasta que acudieron a socorrerme espíritus hermanos y me dí cuenta de toda mi vida; he encarnado doce veces, y todavía he de volver a encarnar para ser más feliz aún. Siempre desencarnaré joven, porque los espíritus depurados desencarnan sin sufrir el tormento de la decrepitud del cuerpo físico.”

“En este momento el alma del médium ocupa mi lugar, pasea entre grandes mariposas de luz. Si conservase la memoria, la tomaríais por loca al oír las descripciones de este país, al que algunos vinieron en estado de catalepsia. ¿No recordáis

ejemplos? Yo quisiera traer aquí a todos los que amo. Ya puedo elegir para encarnar, porque ya tengo un grado de perfección que me lo permite; pero tengo miedo a encarnar porque entonces perderé la memoria de mis doce vidas, (algunas fueron muy tristes e indignas), y ya no os conoceré. Al acercarme a la frontera de este país gozo una gran felicidad, una atmosfera suave, una caricia infinita, como si se continuase sin perder intensidad, la caricia y el goce más agudo que habéis sentido en esa vida.”

Guardó silencio fatigada. Todos la oían con muestras de gran satisfacción.

— Pero no nos explicas ningun misterio — dijo el magnetizador.

— “No los podrias comprender; además en vuestro mundo hacen falta vuestros errores y el orden que tenéis establecido, para que no os devoréis y os suicidéis, porque los malos no gozan de esta bienaventuranza. Aquí hay grados de felicidad que dependen de nuestra vida terrestre. Los espíritus apegados a la materia son de color sombrío y según se purifican toman tonos más claros. Yo soy un espíritu azul celeste, pero hay espíritus blancos ¡y de que blancura! No es la blancura que conocéis, es la blancura de una luz insospechada.”

Volvió a guardar silencio.

— ¿Te has ido?

Igual silencio.

La médium dió un suspiro como de persona desmayada que siente el aire nuevo que entra al abrir un balcón. Debía ser su alma de regreso. El operador hizo unos pases y la mujer se movió. Le

sopló en la frente y abrió los ojos, con un poco de asombro, despezrezándose como el que ha dormido mucho.

Luego sonrió a un lado y a otro, demasiado hipócritamente, con aire de bobaliconería; como el que nada recuerda, aunque debía saber que se había operado un fenómeno. Trató de inquirir con sus amigos.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha dicho? ¿Quién ha venido?

El Director se acercó a Bernabé.

— Si quiere usted una copia de lo que ha dicho su amigo, la taquígrafa se la enviará.

-- Tendré mucho gusto.

Respiró libre al salir de allí.

— ¿No está usted contento? le dijo Virginia.

— No. Ese no es Alfonso. Se han burlado de nosotros con esa narración del paraíso del Dante que la pobre mujer ha aprendido en Español.

— No crea usted eso.

— ¿Entonces usted acredita lo que hemos visto?

— Tampoco. Hay superchería, pero una superchería de la que ellos son inconscientes. Emplean el hipnotismo sin saber lo que hacen y aquel buen hombre sugiere todo eso a la médium. Es lastimoso que esos fenómenos esten al alcance de todos; juegan con el sueño hipnótico, el letargo, la anestésia y hasta la catalepsia. Esto viene embrollar más la cuestión de descubrir si hay algo de cierto en el espiritismo.

— ¿Por qué?

— Se establece la confusión entre lo que es lucidez del médium o fenómeno ageno a su voluntad y lo que es trasmisión del pensamiento. Ya sabe usted que el hipnotizador puede transmitir las impresiones que quiera, hacer que vean escenas deliciosas y escenas de terror. Les hacen perder la sensibilidad completamente o les causan perturbaciones en los sentidos. He visto casos de sujetos que huelen con los riñones y perciben los sabores con los dedos.

XVI

Espiritismo científico

No se había levantado aún Bernabé, cuando tocaron discretamente a la puerta.

— Adelante.

La figura alta, elegante, del Doctor Pereira apareció en la habitación.

— Mi querido amigo, — exclamó corriendo a abrazar al joven.

El sentía una satisfacción en volver a encontrar al Doctor, como a un amigo de mejores días.

— Ya sé, ya sé — dijo el Doctor sin dejarlo hablar — la desgracia de nuestro pobre Alfonso. Lo he sentido de veras; Virginia me lo ha contado todo. por ella supe que estaba usted aquí.

— Yo lo creía a usted de viaje y al verlo entrar he dudado si sería una aparición, por que me sucede ya como al que entra en un museo de figuras de cera. Apenas distingo las personas vivas de las representadas.

— ¡Qué exagerados son los españoles! Yo he estado en Alemania, Holanda e Inglaterra. Por cierto que en Londres me he acordado mucho de ustedes y de nuestras sesiones de Estoril. En uno de los barrios más céntricos de Londres hay una oficina de comunicaciones de ultratumba. Todos los días los iniciados se ponen en comunicación con el espíritu de una señora fallecida, llamada Julia y por su mediación establecen relaciones con todos los espíritus por quienes preguntan los clientes. Es una especie de gabinete telefónico, ultra-terrestre. Los cambios de correspondencia entre la oficina, Julia y sus abonados son considerables y llegan cartas de todos los puntos de la tierra. El médium habla en trance y se toman sus palabras taquigráficamente. Pero apesar de estas maravillas, la escuela inglesa niega la verdad de lo que ve. Se empeñan en que como pensamos por medio de imágenes, cada idea es una imagen que puede materializarse y fotografiarse. Sostienen que los fenómenos de materializaciones y aportes son ideas nuestras materializadas en virtud de la fuerza magnética que desarrollamos al darnos las manos.

— No lo habrán convencido a usted.

— Ciertamente que no... y esa es mi desesperacion. Quisiera estar convencido de algo.

— Tal vez sería mejor dejar de pensar en ello.

— ¿Cómo es posible que nadie se resigne a ser ciego teniendo ojos? Hay que buscar, investigar; no existe problema en la vida comparable con este, créalo, pero esta investigación es como ahondar en un pozo; cuanto más se profundiza se ve menos.

— ¿Qué ha visto usted?

— Hay mucho charlatanismo. Se valen de los

espíritus y del hipnotismo para embaucar a la gente. En Berlín he visto vender agua hipnotizada para hacer que crezca el cabello, pomadas que quitan las arrugas, piedras de buena suerte, varitas mágicas y otras zarandajas por el estilo, a cuenta del espiritismo. Claro que en eso no cae más que la gente inculta; pero es lastimoso que lo invadan todo.

— ¿No le ha contado a usted, Virginia, nuestra aventura de Alfama?

— No.

Bernabé refirió la sesión de hipnotismo. El Doctor lo escuchaba con seriedad.

— Es que la ciencia ha dado un salto inesperado en los últimos tiempos. Los nuevos descubrimientos del rádiuim, de los micróbios, de las glándulas que no se conocían, de todas estas fuerzas cuyo empleo se ha divulgado, han abierto un enorme campo a la investigación y a la charlatanería.

— Es peligroso esto al alcance de todos.

— El hipnotismo no es una fuerza nueva. Los antiguos hablaban ya de "una cierta fuerza que emana del cuerpo" y conocían que la mano del hombre tenía poder curativo. No tiene usted más que fijarse en ciertos milagros para ver el poder de la mirada; por ejemplo: Daniel haciéndose respetar de los leones.

— Es cierto.

— El autohipnotismo se emplea mucho en Oriente. Se hipnotizan mirando una lamparilla encendida, colocada sobre un mantel blanco. Los Magos egipcios hipnotizaban con una especie de plato blanco, donde dibujaban en negro dos triángulos cruzados, llenando los claros de figuras geo-

métricas y frases cabalísticas. Esto no es más que el famoso sello de Salomon.

Mientras hablaba el Doctor trazaba en una hoja de su cartera el famoso sello.



—Para que brillase más —añadió mostrándoselo— en el centro ponían una gota de aceite. Al poco rato de mirarlo venía la confusión de líneas, el desequilibrio cerebral. Lo mismo sucedía con la palabra mágica, que con una hábil disposición, se leía por todas partes y daba la confusión de los cuadros a cuadros.

Lentamente, trazó el triángulo, en letras de imprenta, de la composición mágica:

ABRACADABRA

BRACADABR

RACADAB

ACADA

CAD

A

Ahora tenemos como cosa científica la bola hipnótica de Fournier, los cristales radio-hipnóticos, los acumuladores ódicos mentales, el *suggestiphone*

y tantas otras cosas que no son más que el plato blanco de los egipcios.

— ¿Pero en suma, Doctor, usted que cree?

— En primer lugar en los milagros de la fuerza que desenvuelve la concentración del pensamiento. Eso es innegable. Lo mismo que nadie puede negar la telepatía y la sugestión.

— Pero usted era un espiritista convencido.

— Y sigo siéndolo, sólo que ya no hago sesiones por pasatiempo. Hago sólo el espiritismo científico.

— ¿De qué modo?

— He montado mi laboratorio, en el que realizo mis experimentos, y donde no admito a los profanos.

— ¡Ah! Doctor, cuánto me gustaría verlo!

— ¿Por qué le interesa?

— Yo mismo no sé. Hay una fuerza que me arrastra a estos estudios. Ya ve usted. Debía haberme ido ya a Madrid, y estoy aquí.

— Pues levántese y venga conmigo.

Una hora después se detuvieron ante la verja de un pequeño hotelito cuya puerta abrió el Doctor. Cruzaron un jardín y entraron en el edificio, de planta baja y aspecto melancólico, sombreado por los grandes árboles que le cubrían y le daban algo de humedad. Estaba todo cerrado y solitario.

— Aquí no hay nadie, amigo mío. Lo tengo todo ocupado con mis experimentos. No quiero mezclar para nada a ellos el hipnotismo. Son de tres clases. Voy a mostrarle a usted ahora el que está a su alcance.

Habían entrado en una gran sala en la que no había más que un velador de cuatro patas y varias

sillas de rejilla. Delante de la mesa una báscula sostenía un pequeño sillón. En un ángulo se veían algunas pesas de hierro de gran tamaño y del techo pendían cristales rojos y un dinamómetro, con largas cuerdas.

— Vea usted aquí — dijo Pereira. — Yo no he inventado nada de esto. Es el procedimiento del doctor Crawford, que fué presentado al Colegio de Medicina de Francia.

— ¿Cómo se opera?

— Se enciende la luz roja, porque resulta probado que es más favorable que la blanca para esta clase de experiencias y se coloca sobre la mesa este aparato, que como usted ve, consiste en una tabla, a la que se han unido estas piezas metálicas, que forman el circuito, al unirse, de un timbre eléctrico. Ahora bien; las personas que formen la cadena colocan las manos sobre esta tabla. Si hicieran una presión superior a 30 gramos el timbre sonaría. Así se prueba que el levantarse la mesa no es efecto de presiones musculares, nerviosas, de las que no nos damos cuenta, porque la mesa se levanta sin que el timbre suene. Hay médiums tan poderosos que hacen levantarse la mesa sin contacto.

— Yo siempre he creído en el fenómeno del movimiento de la mesa.

— Pero, ¿qué es lo que la mueve? Vea usted una experiencia que nos llena de confusión. Estas cuatro cuerdas que penden del dinamómetro se unen a los cuatro extremos de la mesa, de manera que queda sostenida a una pequeña distancia del suelo. El peso normal de la mesa es ocho kilogramos, y ha bastado el deseo de uno de los asistentes

para que el dinamómetro marque 16 kilogramos.
¿Qué es esto?

— ¡Raro en verdad!

— Se observa que cuando la mesa se levanta pesa más. Hay algo en ella que aumenta el peso. Ese algo se lo prestamos nosotros; porque colocada la silla del médium sobre la báscula, como usted ve, se comprueba que al verificarse un fenómeno de levitación el peso del médium disminuye y cada uno de los asistentes pierde también peso, aunque menos que el médium. Unos 300 gramos por término medio.

— ¡Es admirable!

— Hemos tratado de pesar el cuerpo psíquico de la médium y cuando ella ha caído en trance se le ha aproximado la balanza, pero sin contacto con ella y sin que nadie le tocara ha marcado cuatro kilogramos.

— Verdaderamente, Doctor, que en esto que juzgamos con ligereza hay mucho que estudiar.

— Sí, pero resulta indudable que las materializaciones se hacen tomando los espíritus materia. Lombroso ha visto servir para las encarnaciones la materia de las flores, de las plantas, y hasta la de su perro dormido. Es como una niebla sutil que se desprende de ellos. En las casas abandonadas se valen los espíritus de la materia de las ratas.

— Eso es algo ridículo, Doctor.

— No. El espíritu necesita un vehículo para obrar y lo mismo le dá que sea una rata que un rosal; el misterio está en como se utiliza la materia. Uno de estos días haré que venga nuestra amiga la señora Albar, la Pitonisa. ¿Recuerda usted?

Les presentaré a ustedes la médium que he traído de Bélgica; para que vean una sesión completamente distinta de lo que conocen hasta ahora.

— Yo tengo que marcharme.

— Aplace unos días su viaje.

Bernabé quiso resistirse. Lo llamaban su madre y la de Alfonso. Isabel y toda la familia estaban inquietas, hacía falta en la oficina, y a pesar de todas esas consideraciones, había una fuerza que lo retenía, que no podía romper, que cuando quería decir otra cosa, le obligó a asentir:

— Lo aplazaré.

XVII

En el reino del misterio

Pasaba el tiempo envuelto en aquel ambiente tan agradable de Lisboa. Había vuelto a recobrar su buen humor, su carácter optimista, un poco aturdido, y gozaba del descanso y de los galanteos en que se había enredado con más de una linda portuguesa. El espiritismo seguía atrayéndolo siempre; pasaba largos ratos con el Doctor, lo acompañaba a veces en sus visitas, viéndole recomendar en la mayoría de los casos la sugestión como el mejor remedio.

— Por lo menos, si no acierta, tampoco les hace gastar en botica — pensaba — ni los mortifica con esos ágríos, salados y amargos que tienen todos los remedios, como si la salud estuviese reñida con lo agradable.

Iba también con él a las sesiones experimentales en las que comprobaba cómo la mesa se levanta sin presión de ninguna clase; y la disminución de peso

que sufría el médium, mientras que los objetos materiales aumentaban. Sin embargo el caso de que la voluntad de uno influyese sobre lo que marcaba el dinamómetro hacía vacilar todos sus cálculos.

Aquella mañana, en el momento que se disponían a salir del Hotel, se acercó a ellos una jovencita, cuasi una niña, con paso vacilante y mirada incierta, que parecía quererles decir alguna cosa.

Los dos detuvieron el paso.

— Doctor — dijo la niña con una voz tenue — vengo a buscarlo.

— ¿Qué desea?

— Es preciso que venga usted a ver a mi madre, a mi pobre madre, que está muy grave.

— En este momento no puedo.

— Pues es en este momento cuando lo necesito.

— Déjeme su dirección — repuso Ferreira, tratando de excusarse aún.

— No. Vendrá usted conmigo.

— Pero...

— Acompañeme usted.

Bernabé vió que el Doctor sentía los efectos de la voluntad de la muchacha, que, pálida como la cera y estenuada, parecía próxima a caer.

— Tomen ustedes el coche — dije, ofreciendo el que lo había llevado — yo esperaré aquí.

Él mismo ayudó a subir a la extraña joven que, con su voz afónica, sin eco, dió una dirección al cochero.

Al cabo de una hora volvió el carruaje con el Doctor. Este, en cuanto vió a Bernabé, le gritó:

— Suba usted.

El joven le obedeció.

— ¿Dónde vamos?

El Doctor repitió la dirección que una hora antes había dado la joven. Bernabé notó que estaba pálido, tembloroso, emocionado.

— ¿Qué le sucede? — preguntó.

Pero en lugar de contestarle, el Doctor preguntó a su vez:

— ¿Ha visto usted a la niña que vino a llamarme hace un par de horas?

— Sí...

— ¿La ha visto usted? ¿Está seguro?

— ¡Naturalmente!

— ¿La reconocería usted, si la volviese a ver?

— ¡Sin duda!

Hubo unos minutos de silencio durante los cuales Bernabé pensaba en las extrañas preguntas del Doctor y en qué podía haberle ocurrido a la niña. De pronto Ferreira preguntó:

— ¿No le llamó a usted nada la atención en esa criatura?

— Es bonita, muy juvenil, tenía un aire tímido y ruboroso muy interesante.

El interrumpió con impaciencia:

— Sí, sí, pero ¿nada extraño?

— Estaba muy pálida, muy agitada, cosa natural teniendo grave una persona tan querida...

— ¿Y nada más? ¿No observó usted nada en el rostro, en los ojos, en la faz?

Bernabé reconcentró sus recuerdos.

— Tanto me pregunta usted que empiezo a creer notar algo raro en su modo de hablar, de mirar y de moverse, de los que hasta ahora no me había dado cuenta.

—¿Y qué recuerda?

—Es como si hubiese tenido algo de sonámbula. Pero quizás son sólo imaginaciones mías que nacen en este momento. Tal vez me sugestione usted, Doctor.

El coche se había detenido a la entrada de una estrecha callejuela. Se bajaron siguiendo a pie hasta la mitad de ella. El Doctor delante y él detrás, subieron la escalera de una pobre casa y entraron en un cuarto desmantelado. Del camastro colocado en un rincón salió una voz de mujer, que decía con cierta complacencia:

—¡Otra vez aquí, Doctor!

—Quería ver el efecto de la inyección.

—Me ha sentado muy bien... desgraciadamente... es mejor que me dejen morir... ¿Para qué quiero yo la vida?

El médico pronunció algunas palabras de consuelo.

—¡Hay que tener resignación! Descuide que nada le ha de faltar. Yo me encargo de todo.

Así diciendo, entró en la habitación contigua, seguido de Bernabé. Este no pudo reprimir un grito ahogado, y retrocedió dos pasos.

En el pequeño cuartito abohardillado, bajo de techo, frente a la ventana abierta, estaba tendida en una pobre caja de madera blanca la niña que había ido a llamar al Doctor.

—¿La reconoce usted?

—Sí... es ella... ¿Pero cómo ha sucedido esto?

—¡Murió ayer!

El joven miró al Doctor con espanto.

—Sí, esta criatura que hemos visto los dos hace

un par de horas, que hemos oído, que ha visto y oído el cochero... era una muerta. Está muerta desde ayer.

El joven, aterrorizado, no podía pronunciar palabra.

— Cuando llegamos, ví a la enferma, que me contó que estaba sola, sin tener quien la cuidara; le receté y le dije la urgencia de lo que necesitaba hacer en el estado de postración en que se hallaba, pues unas cuantas horas más la hubieran matado. ¿Quién le ha llamado a usted? — me preguntó. Y como le respondiera que su hija, rompió a llorar y me dijo: “Yo no tengo hija. La única que tenía murió ayer. Aún está en ese cuarto.” Entré lleno de curiosidad y encontré a la niña como usted la ve.

— Pero...

— Los vecinos comprobaron que murió ayer tarde.

— Es incomprendible.

— Y más lo es que nadie de la calle, ni de la casa, la han visto entrar ni salir. Todos afirman que llegué solo.

— ¿Cómo explicarse esto?

— Por la fuerza del amor que la criatura profesaba a su madre, que le ha permitido materializarse e ir a buscarme. ¿Quién le indicó mi dirección? Estamos en el reino del misterio. Como usted comprenderá, desde hoy cuidaré de la infeliz madre.

Bernabé, atónito, apenas oía, repitiéndose con terror:

— ¡Era una muerta! ¡Hemos hablado y oído a una muerta!

XVIII

El amarillo

Virginia lo había comprometido para ir a la boda de Adelina.

— Encontrará usted algo que le ha de sorprender — le dijo.

Sentía una gran emoción al volver a ver a la niña que tanta simpatía despertó en él y que tan mezclada estuvo al episodio de sus amores con Juanita, episodio que dejó en su espíritu una impresión más profunda de lo que hubiese querido.

Tuvo que ir al Cais do Sodré a tomar el tren a Cruz Quebrada, donde los hermanos de Virginia tenían un hotelito, en el que se celebraba la boda.

No podía ver sin emoción aquellos lugares recorridos tantas veces en compa a de Alfonso. Eran recuerdos que no preparaban su ánimo para la alegría y de buena gana se hubiese vuelto, a no ser por la seguridad de que sus amigas lo esperaban.

Fué de los primeros en llegar. Lo pasaron a un

saloncito donde estaban el Procurador de la República que había de celebrar el matrimonio y varias personas de la familia.

Poco a poco fueron llegando los invitados. Él no conocía a nadie y se encontraba molesto entre toda aquella gente.

Al fin apareció Virginia, con un gran ramo de rosas blancas del que pendían una multitud de listones de seda blancos, largos, como los que les ponen en Andalucía a las castañuelas. De trecho en trecho habían cosido en ellos nardos.

— ¡Ay Dios mío! — exclamó la joven tendiéndole la mano — ¡Cuánto le he hecho esperar! Me he retrasado por comprar el ramo que debe llevar en la mano la novia.

Y sin darle tiempo a responder, empezó a presentarlo a todos aquellos señores y señoras.

— Desearía saludar a Adelina — insinuó él.

— Se está vistiendo su traje de novia — dijo Virginia — Aún para casarse sin salir de casa impera la rutina. Saldrá de su alcoba al salón con su larga cola, su velo de gasa y sus azahares. Los traigo aquí también. Mostraba la diadema, el ramo del pecho, y el ramito del corsé, sin olvidar los botoncitos que se habían de coser a las ligas. Resultaba impúdica aquella flor.

Virginia salió corriendo y volvió al cabo de media hora.

— Ya está vestida. Venga usted a saludarla y le presentaré a mi futuro sobrino.

Adelina lo recibió con su amable cordialidad. Más que una desposada parecía una niña de primera comunión, con su aspecto infantil y candoroso. Estaba muy bella con sus flores y sus velos

blancos. Todos la felicitaban y le decían píropos vulgares.

— Ven a casarte conmigo, Adelina — decía un viejo calvo.

— Vamos a escaparnos — le proponía otro, con cara de memo.

Al fin aparecieron los padrinos a buscar a los novios. El señor, muy enfundado en su levita, dió gravemente el brazo a Adelina y la señora tomó el de un joven, correctamente vestido de smoking que había cerca de ella.

Era el novio. Apenas tuvo Bernabé tiempo de cambiar con él un saludo en la breve presentación que hizo Virginia:

— El prometido de Adelina, Señor Nitrosky Kayza.

Se quedó sorprendido; el novio no era un europeo.

Pensó en uno de los frecuentes enlaces entre portugueses e individuos de sus colonias.

— Será un africano — pensó.

Mientras se verificaba la ceremonia y el magistrado leía los artículos de la ley que sustituyen a la Epístola de San Pablo, él miraba al novio y rectificaba su opinión.

— Es un asiático. Tal vez de Macao.

En efecto, el joven tenía marcado tipo-oriental; pequeño, delgado, tenía las facciones menudas y salientes, la frente estrecha y los ojos oblícuos, entornados, sin color, las guías del bigote, como ramas de sauce llorón, encuadrando los labios, y el color del subido matiz de azafrán del cocido pobre.

Terminada la ceremonia, la novia abrazó a su familia cumpliéndose el ritual de derramar las lá-

grimas de despedida, y enseguida pasaron al comedor.

Una gran mesa servida sostenía dulces, pastas y botellas. No había asientos. Los novios se colocaron en el hueco de un balcón y los convidados alineados, de pie a lo largo de las paredes.

Empezaron a pasar criadas con bandejas de croquetas recién fritas, cada una con su palillo clavado, y pastelillos calientes, que desaparecían con rapidez.

Del mismo modo pasaron jamon y embutidos, vinos, licores y dulces, bombones y almendras y por último sendas tazas de café. Nadie tomaba nada de la mesa y todos comían de pie lo que se les iba ofreciendo.

Cuando se escanció el champagne, hubo un gran movimiento. Los invitados uno a uno fueron desfilando, para chocar con su copa la copa de los novios y ofrecer la libación a su salud.

Cuando se hubieron vaciado las copas, una voz gritó:

— Vamos a hacer las fotografías.

Salieron todos en tropel, atravesaron la cocina y salieron al patio de servicio.

— Aquí es donde hay buena luz.

El fotógrafo los colocó en la escalera. Al pie los novios, con los padrinos y todos los demás en los tramos formando una escala.

Bernabé se encontró al lado de Virginia.

— ¿Cómo me ha dicho usted que se llama su nuevo sobrino?

— Nitrosky Kayza.

— ¿Es chino?

— Japonés... es *el amarillo*. ¿No recuerda usted?

— No.

— Por eso le decía yo que iba a encontrar en esta boda algo de extraordinario.

— Si usted no se explica...

— Hará unos cuatro meses que Nitrosky llegó a Lisboa y fué con unos amigos suyos, franceses, a oír una de las interesantes conferencias de la *Amicale*. Después de la conferencia hubo un poco de baile. Adelina bailaba con un primo nuestro. En cuanto Nitrosky la vió, dijo:—“¡Ah! Yo conozco a esa joven”—Le preguntaron donde la había visto y contestó con una gran seguridad. — “Hace unos cuantos meses en Tokio.” — Todos se echaron a reír de su equivocación, haciéndole ver la imposibilidad de lo que decía, porque Adelina no ha salido jamás de Portugal. Pero él insistía: — “Les digo a ustedes que la he visto en Tokio”. Es ella misma. Por cierto que me acerqué a ella y al ir a tocarla, se escapó sin que me pudiese explicar por dónde.” — En esto Adelina volvió la cara hacia el grupo, vió al japonés, dió un grito, y corrió a refugiarse en mis brazos. — “¿Qué te pasa?” — pregunté. — “Está ahí, está ahí.” — contestó. — “Pero ¿Quién está ahí?” “¡Él! ¡El japonés que vino el año pasado a Estoril y me tocó la cara con las manos frías!” — Traté de calmar a Adelina y fuí a ver al japonés, no menos excitado que ella. — Coincidían las fechas, el día y la hora, haciendo el cómputo de los diferentes meridianos. Los dos se reconocían y estaban de acuerdo en afirmar que se habían visto. Ella sostenía que entró en su cuarto de Estoril y le tocó la cara con las manos frías.

Él seguía diciendo que la encontró en un salón en Tokio y que desapareció cuando quiso tocar su rostro. Todos recordamos la noche en que Adelina habló *del Amarillo* en el hotel de Estoril. Era indudable que se habían visto de un modo extraordinario. ¿Vino el espíritu de él? ¿Viajó el de ella? El caso es que sus espíritus se habían visto, que al encontrarse se reconocieron y se amaron. El epílogo de esta pequeña historia es el casamiento a que asistimos hoy...

— ¿Pero cómo cabe que sea esto posible?

— Siendo. Vamos a volver al salón a apurar una copa de champagne en honor del misterio.

XIX

La que oye gritos

Le llamaba la atención aquella mujer, siempre silenciosa, que se sentaba a coser junto al balcón, en el comedor de la fonda, y que no parecía darse cuenta de los huéspedes que entraban y salían, ni de sus charlas.

Y sin embargo tenía ese gesto de atención de los caballos asustados o de los ruiseñores ciegos que prestan oído a cualquier rumor. Ella enarcaba su cuello, torcía su cabeza y se quedaba inmóvil, atenta, escuchando, pero con cierto sobresalto que se retrataba en las facciones inmóviles, los labios entreabiertos y los ojos parados. Tenía ojos de huevos revueltos, salientes, sin niña ni blanco, sino todo mezclado de un color lechoso, algo como esas cuentas de cristal que imitan los ópalos...

Todos los huéspedes saludaban a la *Señora Jesusa*. Algunos, en su aburrimiento, trataban de entablar conversación con ella, pero no lograban

más que monosílabos, que hacía amables la fina sonrisa que los acompañaba.

Bernabé la veía mientras tomaba su café y saboreaba su cigarro, afanada en la costura que suspendía de vez en cuando. Se quedaba inmóvil con su gesto de potro receloso, que olfatea el peligro. Se pasaba luego por la frente la mano izquierda con la primera falange del índice negra y esponjosa a fuerza de picar su piel con la aguja; con su gesto de echar hacia atrás los cabellos grises, con el gesto de quien siente una llamarada de calor. Movía los labios, en una oración muda, y seguía con nuevo ardor su trabajo, como para desquitar el tiempo perdido.

A veces coincidía la comida de Bernabé con el término de horas de trabajo de la señora Jesusa. La veía coger y doblar el montón de sábanas, almohadones y calzoncillos que habían pasado por su mano. Solía detenerse a abrir bien los ángulos de alguna pieza, primorosamente puesta en el lugar roto, o a aplastar el zurcido de un calcetín para cerciorarse por el tacto de su blandura y estar cierta de que no molestaría. Sus pobres manos cansadas alisaban los trapos en una caricia que los dejaba casi planchados. Luego se entretenía en ir reuniendo uno a uno los pequeños cabos, restos de las hebras de la costura y hacía una pequeña bolita. Muy pequeña, porque ella aprovechaba tanto el hilo, que enhebraba la aguja con el que quitaba de los embastes siempre que había cosido un trecho, para poderlo desembastar.

Después de doblar su delantal y sus manguitos, entraba en la cocina con su ovillo de cabos en la mano. y lo echaba al fuego.

— ¡Con qué atención mira usted a la señora Jesusa! — dijo, riendo le dueña de la casa, una salmantina casada con un portugués de Guarda

— Me gusta ver el primor y la calma con que lo guarda y lo recoge todo.

— Si, tiene la manía de no desperdiciar el hilo; lo aprovecha todo, y los cabitos que le quedan los quema.

— Ya la he visto hacerlo.

— Pero no sabe usted por qué lo hace.

— No.

— Dice que los hilos desperdiciados se los lleva el Diablio y hace un ovillo, con el que teje una cuerda para atormentar a las pródigas, hasta que lo gastan todo haciéndole ojales en la túnica a Pilatos.

— Es gracioso que crea eso. Me parece una buena mujer muy hacendosa.

— Lo es. Pero yo creo que no va a vivir mucho. Se la ve desmejorar de día en día.

— ¿Está enferma?

— Oye gritos.

— ¿Cómo?

— Es su obsesión. No quiere hablar de eso, pero voy a llamarla para que la oiga usted.

La vieja salía de la cocina, ya dispuesta a marchar.

— Señora Jesusa -- dijo la patrona -- El señor es médico. Le he dicho lo que le pasa a usted y quiere verla.

La mujer miró hacia la puerta que había enfrente de Bernabé, lo que le dió la idea de que le enfocaba sus ojos, y dijo con un largo suspiro:

— Los médicos no pueden nada contra esto.

— Es que don Bernabé ha estado en el extranjero. En la India y por ahí.

— ¡La India! ¡No me la nombren! — exclamó la mujer con muestras de terror. — Es un país donde todos son brujos. El Demonio debe haber nacido allí.

Por qué piensa eso?

— La India — continuó ella — es la causa de mi desgracia. Los que me dañaron habían aprendido su arte en la India. De unos hombres que llaman Fakires, que pasan años sin comer y que se mueren, envían su alma a viajar, y resucitan cuando vuelve

— ¿Y qué le hicieron a usted?

— Fué en el Brasil. Era yo joven. Aquellos hombres malos... y una mujer... vivían en el piso de arriba de mi casa. Eran todos malos, muy malos. Se iban de noche a los cementerios a traer macetas de tierra de las fosas en donde se había enterrado alguien aquel día y sembraban plantas raras, con las que hacían brevajes para dañar.

— ¿Y con qué objeto?

— Porque eran malos. Habían aprendido en la India todo eso. La Mágia Negra.

— ¿Y cómo lo sabía usted?

— Porque una noche, en punto de las doce, vi a mi vecina, desnuda, con el pelo colgando y un puñal en la mano, que clavaba en el corazón y las entrañas de un borrego muerto. Daba miedo verla, llamando al Demonio... Y el corazón se estremecía de dolor-

— ¿Pero qué daño podía hacerle?

— Es que aquel corazón representaba el de una persona viva, a la que estaba dañando.

— Eso no es posible.

—Si es. Créalo usted. Y también hacían figurillas de cera y las martirizaban y les clavaban alfileres, hasta que las mataban y morían las personas que representaban. Sabían hacer hechizos para amar, aborrecer y volver locas a las gentes. Se hablaba mucho de eso en toda la ciudad, pero como les tenían miedo, nadie los inquietaba.

—Y usted se enemistó con ellos.

-- Me asustaba de verlos y corría cuando me los encontraba. Comprendieron que yo había visto y quisieron que fuéramos amigos. Se empeñaron en retratarme... pero yo no quise. Entonces la tomaron conmigo. Yo huía de ellos. Me acostaba con todas las ventanas cerradas y ponía alrededor de la cama una hilera de carbones, que me aconsejaron para impedir el hechizo. Pero fué todo inútil... me dañaron... me dañaron.

—¿En qué?

—Oigo gritos.

—¿Cómo es eso?

—Me atormentan por donde quiera que voy. Me insultan, se rien de mi, me chillan... Es una cosa terrible.

-- ¿Está usted segura?

—¡Vaya si lo estoy! He visto muchos médicos, muchas eminencias, no agraviando a usted, y esto no tiene remedio. No se lo quiero contar a nadie, porque no digan que estoy loca.

—¿Los oye usted con frecuencia?

- Antes era más. Los oía a todas horas. Me marché huyendo a servir a Buenos Aires... Allí los oía también... Me vine a Lisboa...

—¿Y también los oye?

— Más de tarde en tarde. Pero los oigo a lo mejor.

— ¿Dónde?

— En todas partes. Aquí cuando estoy cosiendo, en mi casa, en medio de la calle. Cuando más descuidada estoy, oigo a los malditos que me gritan "Miradla. Ahí está. La muy marrana. Jesusa, cochina, puerca..." y cosas que no se pueden decir. Y rien como demonios, los condenados.

— ¿Y hace muchos años de eso?

— Muchos.

— Si era usted una chiquilla como me ha dicho, y algunos de los brujos eran viejos, ya se deben haber muerto, porque la brujería no sirve para alargar la vida.

— Me gritarán desde el otro mundo.

Enfadada, al ver el gesto de duda de Bernabé continuó:

— No estoy loca, caballero, no padezco una obsesión. Esto es tan verdad como el Santo Evangelio de la misa que se ha celebrado esta mañana. Tan verdad que algunas personas, acercando su cabeza a la mía, han oído también los gritos y han entendido lo que me decían. Ahí están la cocinera y la lavandera que lo pueden decir.

— Cierto — intervino la patrona — las dos dicen que lo han oído.

— Pero yo no quiero que oigan — siguió la infeliz — Me afrenta el que escuchen lo que me dicen los malvados. ¡Y no poderse vengar!

Se limpió con el pañolito, que sacó de su bolsillo de piel, con boquilla de metal dorado, las lágrimas que rebosaban el párpado rojizo y sin pestañas y salió suspirando, con el cuello enarcado y el gesto absorto del que teme y desea oír las voces misteriosas de otro mundo.

El reencarnado

Había intimado Bernabé, sin saber cómo, con aquel señor que veía todas las tardes en el café Martinho. Empezaron por cambiar saludos y acabaron por hablar y ser buenos amigos.

— Mañana, domingo, no vendré — le dijo aquella noche — Yo santifico el domingo quedándome en casa. Es día en que, como se descansa de las demás cosas, se puede uno entregar a su trabajo predilecto.

— ¿En qué trabaja?

— Pinto.

— ¿Es usted artista?

— No. Pintor.

— Entonces...

— El pintar, el esculpir, el hacer versos no es ser artista.

Y sin darle tiempo a responder, añadió:

— Yo he sido artista. Hace tres siglos.

Bernabé lo miró con recelo.

— Esto no se le puede decir a todo el mundo — siguió él — porque no son capaces de comprenderlo. Además es una cosa rara que se conserve la memoria, estando encarnado, de las encarnaciones anteriores.

— ¿Y usted se acuerda?

— Me acuerdo, porque he encarnado ya, con esta, 17 veces.

Hubo un momento de silencio y continuó:

— No es agradable esta memoria. He tenido existencias muy tristes... Una vez encarné en cuerpo de hembra y tuve hijos a los que no he podido olvidar en las otras encarnaciones. He sido mendigo, soldado mercenario. Al fin me elevé; nací en España, en Toledo, allí fuí corregidor. Después llegué a Artista. Esa es la mejor de mis encarnaciones. Recuerdo la corte de un rey, muy grandiosa y muy severa... Mis recuerdos son confusos. Sé que yo era un gran Pintor... No me acuerdo el nombre, ni si era en España o en Italia. Sé que las gentes me adoraban, que mis cuadros estaban en las iglesias y los palacios. Cuando desencarné, fué un duelo mundial.

Bernabé escuchaba atónito.

— Yo era ya bastante perfecto para elegir dónde encarnar de nuevo. Encarné en un poeta... Por mi culpa perdí perfección y de espíritu azul pasé a espíritu gris... He tenido que obedecer al destino. He sufrido las tres últimas encarnaciones desdichadas... y esta... Hubiera ya matado mi cuerpo físico si no fuese temiendo a retroceder de nuevo en la escala del perfeccionamiento. El suicidio

tuerce el destino, lo deja incumplido y cada uno debe obedecer a su destino...

— Si quiere usted que lo acompañe...

El hombre lo miró con desconfianza y luego dijo:

— Bien, venga usted. Le enseñaré mi estudio y mi biblioteca.

Doblaron la esquina de la plaza de los Restauradores, siguieron la Avenida, subieron en el elevador de Gloria y continuaron a pie por las *ruas* que conducen a las alturas de Santa Catalina. Caminaban despacio, conversando.

— He dejado de ser artista — decía el pintor, con acento desesperado — sin embargo causa mi tormento un sedimento de mi arte, un anhelo de mi gloria que queda en mí, como germen de aquella vida terrestre, la más intensa de las que he vivido.

— Según eso influyen las afecciones de una vida en otra.

— ¿Qué duda cabe? Las simpatías, lo que se ha llamado *afinidad electiva*, son antiguas amistades. Yo estoy seguro de que usted y yo nos hemos conocido en alguna parte. Tal vez nos hemos querido.

— Suele sentirse esa impresión.

— Las aficiones se continúan. Yo conocí a una artista dramática, que era un perfecto adoquin. Cuando representaba se apoderaba de ella el espíritu de Adriana Lecouvrier y hacía maravillas, que la dieron fama mundial.

Se sentaron bajo las palmeras, frente al río que corría a sus pies, iluminado por la luz de los barcos y continuó:

— Todos esos fenómenos de niños prodigios: los que hablan idiomas extraños, los que repentinan en el piano o en el violín a una edad temprana, sin saber música, los que pintan por intuición; hasta el poeta que, bajo la inspiración, parece cambiar su ser, el matemático que llega a cálculos asombrosos, no son más que casos de influencia de sus vidas anteriores. Rasgos de memoria inconsciente en la nueva encarnación, que para unos es genio y para otros locura.

— ¿Usted no pinta ahora como antes pintaba?

— No. Yo era un genio. Un gran pintor... Ahora soy un pintamonas. Este cuerpo no me obedece como el otro. Es tormento sentir el ánsia de la creación y no poder crear.

Se limpió el sudor que le corría por la frente y continuó:

— Perdí mi perfección por el amor a una mujer. Yo amaba locamente a una mujer cuando desencarné. Ya sabe usted que los espíritus, cuanto más perfectos, desencarnan más jóvenes. Podía elegir dónde encarnar, y quise ser *el hijo de mi novia*.

Se había puesto de pie, seguían andando a través de las calles silenciosas, con ese silencio de la noche lisboeta, tan profundo. Al resplandor de los escasos faroles, Bernabé veía el rostro pálido y descompuesto de su nuevo amigo, y se arrepentía de haberlo acompañado.

— Si, — siguió él — yo nací hijo de mi novia. Pero tenía yo bastante lucidez para acordarme de todo... Fuí un mal hijo que aborreció al padre y no amó a la madre con la pureza debida. . . ¿Comprende usted? . . . Ella tampoco me amaba a mí

como aman las madres, como yo había amado cuando fuí madre... Dejamos de ser espíritus azules... Yo conservo la memoria para mayor tormento. Ya no soy artista.

Entraron en una casa de buena apariencia. Una criada joven abrió la puerta, cruzaron un recibimiento bien amueblado y se encontraron en el estudio del pintor. Estaba decorado con lujo. Las paredes cubiertas de panoplias con armas antiguas, con relieves y había estatuas y cerámicas de arte por todos lados.

En el caballete, un cuadro a medio pintar; era un retrato de mujer rubia, envuelta en una luz grisácea que le servía de fondo. En otros caballetes y al lado de las paredes, había agrupados multitud de retratos, llenos de vida, de luz, de color, de alma.

Bernabé miraba sorprendido.

— Dice usted que no es artista y estos retratos son dignos de un Goya, de un Alenza.

— ¿Alenza? ¿Goya? ¿Los conocí? ¿Fuí alguno de ellos? No lo sé. Pero esto no vale nada para lo que yo hacía.

— Son maravillas, amigo mio.

— No. Fíjese usted. Cada uno tiene un color de fondo y una luz diferente. No soy yo quien busca esos tonos y esa luz. Es propia del modelo. No hago mas que copiar. Yo no creo. Es que veo las auras.

El joven le oía sin acertar a responderle.

— Cada uno de los que vienen a retratarse me revela, sin saberlo, los secretos de su alma. ¿Ve usted esa mujer tan hermosa, envuelta en una gasa negra que se desvanece en humo? Es su aura. ¡Qué mujer tan perversa debe ser! Su aura es negra. ¿Ve

usted esta otra morena, con aura verde? Es que está muy enferma, la pobrecita.

Esta sufre mucho... Mire su aura amarilla.

Auras rosadas... Están enamoradas las tres... son buenas... Esta de aura roja es una pasional.

Mire cuantas grises, manchadas... mujeres vulgares, malas, groseras...

Una azul y otra azul celeste. Fíjese qué dulzura. Son muy buenas.

Aquí tiene usted un caso difícil. Esta tiene el aura blanca de luz, es un ser perfecto. Lo que llaman una santa. Es tan rubia, tan blanca, que no la puedo destacar del fondo del cuadro. Será un mal retrato. Inexpresivo... Pero es su aura... No da más.

Esa alta, delgada, me da miedo. Me parece conocer en ella a mi ex-novia, mi ex-madre. La causa de mi desgracia. Tiene un chispazo de ella en el fondo de los ojos... Me asomo a ellos y no veo claro. ¡Qué aura gris tan manchada! Este hombre ha debido reencarnar muchas veces. Vea ese labriego; el aura es color tierra, tierra todavía.

La criadita apareció llevando una botella, y unas copas.

— A mi despacho — ordenó el Pintor.

Pasaron a otra estancia donde había una mesa de escritorio, grandes butacones y una librería.

La chica puso el servicio sobre un velador y salió.

— Este es mi cuarto de trabajo — dijo el reencarnado. — Vea mi librería. He tratado de reunir todos los libros de *El Más Allá* que me ha sido posible encontrar.

Mientras él llenaba las copas de Kumel, Bernabé miraba con curiosidad la extraña biblioteca.

— Aquí están todos los libros científicos que se han escrito sobre espiritismo y ciencias ocultas — explicó el pintor. — Los más antiguos tratados de *Goética*, con sus pactos demoniacos, hasta lo más moderno y científico.

— “El Libro de los Espíritus” — dijo leyendo Bernabé — por Allan Kardek. “New Revelation” de Conan Doyle — “Raymond” de Oliver Lodge — “La muerte y su misterio” del indispensable Flammarion. No falta nada. Veo la *Biblia*, los *Santos Padres*.

— En ellos se encuentran apariciones, curaciones, levitaciones, como la de Jesús en el Tabor. Se habla de las dotes del cuerpo glorioso, que se hace traslúcido y pierde la pesantez, se hace sutil y ligero de modo que corre más que la luz y traspasa las paredes. Se encuentran también resurrecciones. Se cree en los maleficios y según los Evangelistas, el mismo Jesús dice: “Tenéis que nacer de nuevo”.

La fé cristiana de Bernabé se alarmaba de entrar en ese terreno y para desviar la conversación, siguió:

— Tiene usted también los clásicos: Sócrates, Platón, Séneca. . .

— En cualquiera de ellos que se abra, encuentra usted alegatos en favor del espiritismo, que ellos presentaban. Lea usted, por ejemplo, estas palabras de Sócrates, condenado a muerte, y diga si en algo moderno se ha avanzado más: “Nadie sabe lo que es la muerte y si ella no es el más grande de todos los bienes para el hombre. Sin embargo se la teme

como al más grande de todos los males. Voy a sufrir la suerte a que me habéis condenado; pero la iniquidad y la infamia quedarán unidas a la memoria de mis jueces; porque, cuando la muerte se aproxima a un hombre, lo que hay en él de mortal se disgrega y lo que hay en él de inmortal, de incorruptible, resta intacto." Pero vea usted libros debidos a los espíritus. Este portugués, *En el País de la Luz*, está escrito por el medium dictando los grandes muertos. *Santa Teresa Medium* está también dictado por la Doctora de Avila al medium en trance. Es español. Este es francés, *La Gloria de La Ilusión* y está escrito en circunstancias extraordinarias. Susanne Mayer era la íntima amiga de Judit Gautier, la hija del autor de *Avatar* y *Espírita*, que ve usted aquí. Quedó viviendo en la misma casa que habitó con su amiga, después de la muerte de ésta. El día que hizo un año del fallecimiento se acostó en la cama de la muerta, y poseida por el Espíritu, escribió ese libro de poesías, ella que siempre fué ajena a la literatura.

—Yo había creído que lo que encontró fueron borradores y versos inéditos de la amiga.

—Claro que se presta a supercherías, y a poner en ridículo al personaje a quien hacen hablar. Pero yo, que lo sé por experiencia, le aseguro a usted que el fenómeno puede ser cierto.

—¿Hace usted sesiones?

—¿Para qué, si conozco todo el misterio?

—Para dárnoslo a conocer.

—No haré tal. Por tres razones: 1.^a Porque no me comprenderían. 2.^a Porque no me creerían. 3.^a Porque hay que admitir la vida de la tierra como ella es, para evitar mayores males.

— Tal vez tenga usted razón.

— Además me tomarían por loco. Usted mismo empieza a dudar de mí.

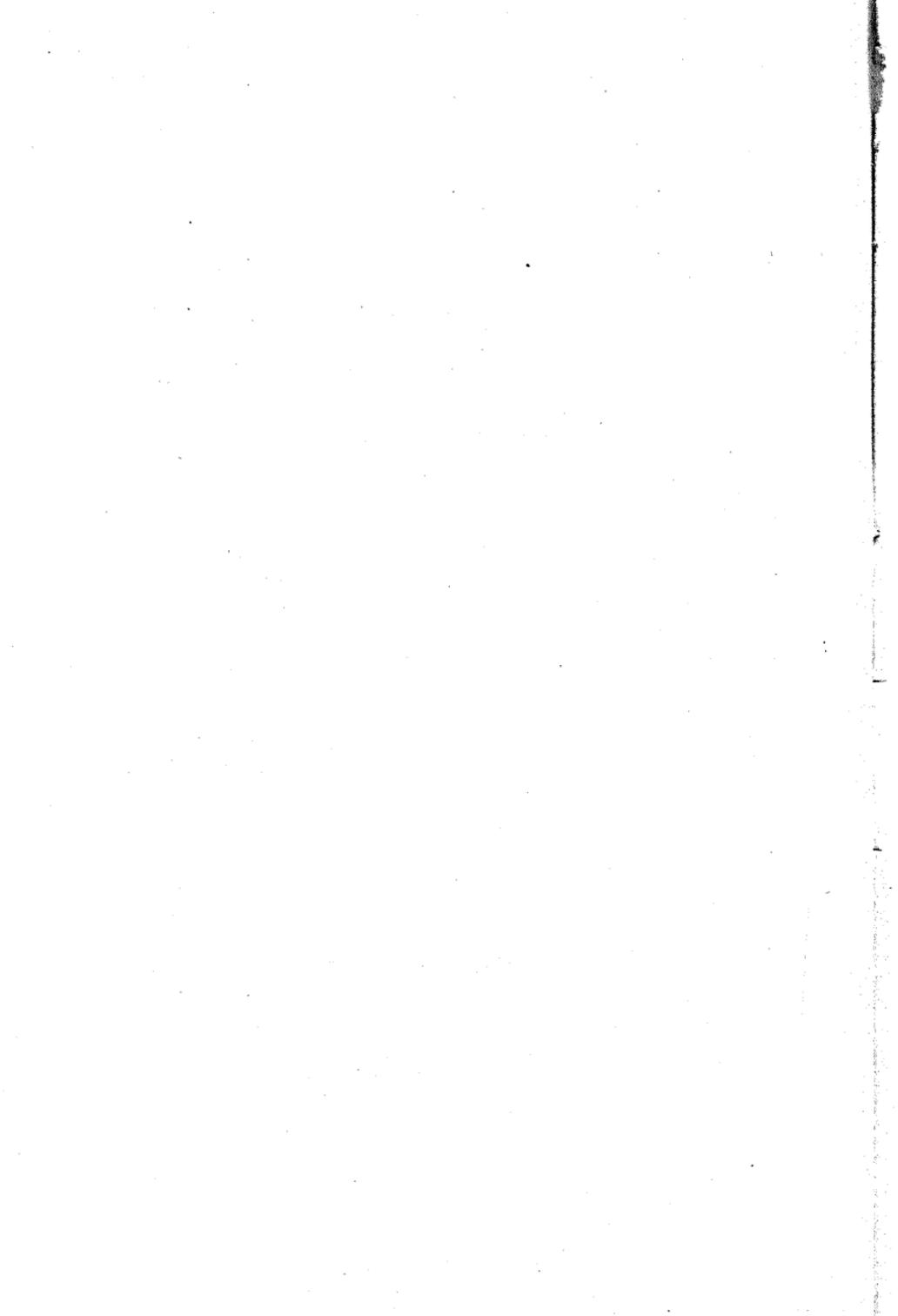
— Le juro que no.

— Pues en ese caso, ya tendremos ocasión de vernos. Hasta el lunes en el Martinho.

Bernabé se despidió con cierta prisa del reen-
carnado, que le inspiraba un vago temor, a pesar
de sus afirmaciones.

El salió a despedirlo a la escalera, repitiendo:

— Hasta el lunes en el Martinho. ¡Qué hermosa
aura tiene usted! Celeste... con ligeras manchillas
naranja. Si quiere, haré su retrato. ¡Si yo volviera
a ser el pintor que fui hace tres siglos!...



XXI

El origen de la vida

Al fin el Doctor avisó a Bernabé para celebrar la importante sesión que le hiciera aplazar su viaje.

La Señora de Albar, una sobrina suya muy bella, casada con un diplomático, Virginia y tres o cuatro personas, estaban ya reunidas en el Hotel del Doctor. Lo recibieron afectuosamente y el médico se disculpó:

— He tenido que esperar la llegada de la nueva médium que me han enviado de Inglaterra — dijo.

— Yo creía que me había usted hablado de una médium belga.

— Sí, la tenía; era una maravilla, pero la pobrecita ha desencarnado.

— ¿Murió?

— Ha desencarnado por su gusto. Se ha suicidado.

— Yo me creí que usted lo sabía — agregó Virginia.

— Ha desencarnado en circunstancias dramáticas — dijo la señora de Albar.

— Lo que parece imposible es un suicidio en una persona que sabe que no se muere — dijo un caballero.

— Es que la pobre — respondió el Doctor — no quería morir sino dejar el cuerpo físico que le estorbaba para seguir a un espíritu.

— No comprendo — dijo otra señora.

— Ella estaba enamorada. Su novio murió. Era un poeta que había encarnado ya ocho o diez veces. Desde que desencarnó estaba al rededor de ella. Fué desde entonces cuando ella tuvo facultades de médium. Estaban siempre juntos, se le manifestaba. Se acariciaban. Se puede decir que seguían viviendo en la tierra. Un día él se despidió. ¿Era inconstancia? ¿Era necesidad de obedecer una fuerza superior? “¿Es que ya no me quieres?” — preguntaba ella llorando. El le respondía que seguiría amándola. “¿Vas a encarnar? Dime dónde para que te busque”. Pero él negó igualmente que fuese a encarnar. “¿Y no vendrás más?” “No”. “Yo iré contigo”, y rápida como el pensamiento se arrojó del balcón a la calle, donde se estrelló contra las losas.

— ¡Pobre criatura!

— Se suicidó por amor a un espíritu.

— Debíamos invocarla, a ver si ha encontrado al que buscaba — dijo Virginia.

— En estas sesiones — contestó el Doctor — no podemos hacer invocación ninguna.

— ¿Por qué?

— Se trata sólo de investigar los fenómenos de materialización. De buscar la verdad.

— Eso es lo que a mí me apasiona y me interesa — dijo la *Pitonisa*.

— Durante mi estancia en París he hecho estudios de todo esto — siguió el Doctor. — Entre los grandes hombres que he visitado está Mr. de Chevreuil, autor del libro *No se muere*, el cual me presentó a una escultora:

— A Juliana Bisson — interrumpió la señora de Albar — la conozco a ella y a una médium que tenía, Marta Berante. Las he visto operar.

— Entonces ya sabe usted de que se trata. Esa médium murió. Son unos experimentos importantísimos porque pueden llegar a descubrir el origen de la vida, que vivimos sin conocerla.

— Pero eso no es espiritismo — dijo uno.

— Si, porque es la materialización del perespíritu de un desencarnado que se asimila rápidamente las moléculas, ya animalizadas, en el cuerpo del médium. Se ve el fenómeno de cómo reencarnamos con toda claridad.

— Tanto — interrumpió la señora de Albar — que el ser que se forma queda unido al cuerpo de la médium por el cordón umbilical, como lo están los recién nacidos a sus madres, y además en sus facciones se asemeja también al médium, como los hijos a los padres.

— Yo creo — siguió el Doctor — que estas son reencarnaciones en organismos transitorios, que como son anormales y rápidas, resultan efímeras; pero que se verifican lo mismo que las encarnaciones normales, lentas y más durables. Cuando se produce una corriente propicia, que fecunda ciertos gérmenes, el perespíritu de un desencarnado toma los elementos materiales del germen orgánico

fecundado, que adquieren cada vez más cohesión con el producto de la alimentación y de la fuerza mecánica adquirida. Se van ustedes a convencer.

Entraron en un pequeño saloncito, donde no había cuadros ni adornos, las paredes completamente desnudas y en uno de los extremos una butaca, detrás de unas cortinas, que se corrían para que el lugar quedase a oscuras, aunque la oscuridad no era nunca completa, pues la sala tenía la luz blanca, normal. Allí no había trampas, ni puertas falsas, ni engaño alguno.

Se aproximó a ellos la médium, una joven inglesa, alta y seca, vestida con una túnica cosida como un saco, que le ocultaba los brazos y debajo de la cual no llevaba vestido alguno.

— Reconózcanle bien el traje, los cabellos y la boca — recomendó el Doctor.

Todos protestaron del exceso de precauciones, convencidos como estaban de su buena fé.

El Doctor la tomó de la mano, la hizo sentar en el sillón, detrás de las cortinas que se corrieron, y la sumergió en un profundo sueño hipnótico. Después recorrió las cortinas, fué a sentarse entre sus amigos y esperaron.

Al poco rato un humo gris y viscoso, con apariencias de cosa pegajosa, empezó a salir del ombligo y de la boca de la médium. Duraba unos momentos, parecía como una especie de réptil. Poco a poco aquella materia también salía de los dedos, de los ojos y con mayor abundancia del lado izquierdo del cuerpo, a la altura del bazo. Aquella materia iba tomando forma humana: Se vió un dedo salir de su boca y caer sobre su falda. Una larga banda de materia blanca pendía a lo largo de su cuerpo

y formaba sobre su hombro la figura de un recién nacido.

— Es una generación espontánea — exclamó la señora de Albar.

— ¡Silencio! — dijo el Doctor con voz baja e imperiosa — Si la despertásemos sin darle tiempo a reabsorber esa materia, le ocasionaríamos la muerte.

Las señoras, aterrorizadas, veían aparecer figuras, planas al principio, como cabezas y miembros dibujados a lápiz, que se iban redondeando, y se revestían de una materia tenue que les daba la apariencia de los paños y velos flotantes en que aparecen envueltos los fantasmas. Virginia se tapaba la cara y se mordía los labios para no dar un grito, aterrorizada por la visión de unos ojos, negros, brillantes y húmedos, que la miraban con insistencia.

— Toquen ustedes — dijo bajito el Doctor.

Bernabé alargó la mano y tropezó con un dedo frío que salía de la boca de la médium. *La Pitonisa* tocaba también algunas formas. La materia aquella tenía movimientos en espiral, movimientos de llama. Tomaba figuras distintas. Una vez fué como una larga serpiente la que vieron entrar y reabsorberse por la nariz de la médium.

Pero parecía luchar por tomar forma humana. A veces flotaban sobre la durmiente copos de nieve luminosa y se condensaban sobre sus hombros hasta formar unas bolas de materia blanca, en las que se iban delineando en relieve cabellos oscuros, boca, nariz, ojos... Era como esas pinturas que se hacen en los excenaríos. Parecía que aquel ser que nacía ya formado, iba a vivir, avanzaba hacia ellos y, de pronto, se veía caer sobre las rodillas de la

médium como una bola, como un reptil, y desaparecer. Siempre se repetía lo mismo. Comenzaba por la materia vaga, fluida, por los vapores que se condensaban por grados para pasar de la transparencia a la opacidad completa y llegaban a tener una vida efímera.

La médium, que daba vida a aquellos seres que iban muriendo tan repentinamente, sufría. Sufría los dolores de un parto terrible. Se la veía retorcerse gimiendo como una mujer que da a luz.

XXII

La joya antigua

Iba casi todos los días Barnabé al Hotel del Doctor. Este sentía por el joven el afecto que se experimenta por las personas que se interesan en nuestras obras. Al fin acabó por abrirle su laboratorio y revelar sus planes.

— Todo cuanto ha visto usted hasta ahora — le dijo — es una repetición de prácticas y de fenómenos que se renuevan y se multiplican hasta lo infinito, pero cuya clasificación es sencilla. Son siempre los mismos.

— La sesión de materialización que hicimos con la médium inglesa no es vulgar.

— No. Pero es repetir las de Juliana Bisson. Esto que me propongo realizar ahora es completamente nuevo.

— Me gustaría verlo.

— Tal vez no me comprenda usted bien, siendo profano en las ciencias naturales. Porque mi pro-

cedimiento ha de ser completamente científico.

— Explíquemelo.

— Sabe usted que el alma, esta probado que es una substancia material, como un átomo de oxígeno, de ázoe, de hierro o de rádium.

— No lo sabía.

— Pues no es más que eso. Una entidad sutil y fuera de nuestra concepción de medios materiales de ponderación. Lo que se ha llamado átomo psíquico o átomo pensante o átomo fuerza. Está asociado al cuerpo por un organismo flúidico distinto del cuerpo y dotado de sentidos. Esto está ya conocido y estudiado. Unos han llamado a esta substancia cuerpo psíquico, otros *od*, fluido ódico, como lo denomina el Barón de Reschembach, otros fluido néurico. Total, que más o menos tenue o ponderable, todo es materia.

Bernabé oía, esforzándose por entender bien.

— Hacía falta esta explicación un poco indigesta para que usted comprendiera mi proyecto.

— Lo escucho con placer.

— Ahora la ciencia, con el descubrimiento del rádium, ha dado un paso gigantesco, mejor dicho nos ha hecho retroceder al principio y volver a empezar por otros caminos.

— ¿Se refiere usted a la aplicación de los rayos *N*?

— No. Los rayos *N*, estudiados recientemente están siendo objeto de controversias y no puede afirmarse su existencia independiente de otra clase de radiaciones. Desde luego todas las aplicaciones a las llamadas *ciencias ocultas* son empíricas.

— ¿Qué es lo que usted se propone?

— Hallar el medio científico de materializar las almas.

— ¡Eso es imposible!

— No lo creo. Hay un metal precioso, raro, el osmium, cuyo compuesto, el peróxido, posee la facultad de emitir vapores a cuyo contacto los elementos anatómicos son instantáneamente inmobilizados en la posición que ocupan en el momento de la acción.

— Empiezo a comprender.

— Si se dirigen sobre los vapores de peróxido de osmium lo rayos Beta, esos vapores se coloran en azul, en rosa, en negro, según la reacción. Mi proyecto, como ya usted ha adivinado, consiste en arrojar esos vapores sobre la substancia psíquica, puesto que es una materia tenue e imponderable, análoga al éter, y lograr conocerla.

— ¿Como lo consigue usted?

— Muy difícilmente. Los vapores del osmium son tóxicos, no puedo arrojarlos sobre la médium y yo mismo necesito usarlos con gran precaución, poniéndome una mascarilla.

— ¿Y los rayos Beta?

— Tengo una ampolla cargada de rádium. Los rayos Beta son lanzados por los cuerpos radioactivos con una velocidad de 200:000 kilómetros por segundo, casi tanta como la luz. Cuando tropiezan con un obstáculo en su trayectoria, se desvían, ejecutan movimientos irregulares y se convierten en radiaciones, llamadas rayos X, que se han vulgarizado más.

— Pero todavía no veo como usted opera.

— Es muy difícil, porque soy yo sólo, con mi mascarilla puesta, el que evoco a los espíritus, en

una zona sobre la que en el momento de aparecer lanzaré los vapores de osmium o los rayos Beta. El alma se quedaría inmóvil, se colorearía, podríamos tomarla en la mano, conocer su forma, su naturaleza, sería ponderable. Yo hasta tengo la esperanza de hacer tangible así todo el cuerpo astral.

— Se le han presentado algunas apariciones?

— Escasas. Un día una joven bellísima, con un vestido blanco; otro día una señora joven que jugaba con un pequeñuelo. El último un caballero vestido de uniforme.

— ¿No ha logrado usted nada?

— Mientras operaba han desaparecido. Sólo a la joven logró alcanzarle el rayo la mano en que tenía un objeto y aquí está.

Se levantó, abrió una cajita y sacó una cruz de amatistas, muy antigua.

— Este es como el misterio de los aportes. ¿Estaban ahí desagregadas las moléculas de esta joya? Es aún más asombroso de lo que yo me proponía.

XXIII

Los que enloquecen

— ¿Se acuerda usted de doña Elisa? — preguntó el Doctor.

— ¿Aquella señora gruesa, de piernas delgadas, con gesto de Kanguro, que estaba en Estoril?

— La misma.

— Muchas veces la he recordado. Era muy simpática.

— Pues si quiere usted venir conmigo, voy a verla...

— No sé si debo.

— Hombre, es distinto caso que el de Juanita.

— Sin embargo.

— Venga usted. Se alegrará.

— ¿Está enferma?

— Está loca.

— ¡Cómo!

— Manía religiosa. En todo lo demás muy cuerda. Es muy frecuente en las espiritistas.

— Y yo diría que en todas las mujeres, Doctor, sobre todo en España, donde tenemos el Cristo de Limpias.

— En todas partes cuecen habas. Lourdes está en Francia. Pero le decía que es muy corriente que los espiritistas pierdan la razón, no sólo las mujeres, sino también muchos hombres. Lo que sucede es que desacreditan el proverbio de que los tontos no se vuelven locos, porque aquí son precisamente los memos los que enloquecen.

— Pero Elisa no era una creyente.

— No. Pero le mataron al marido en un combate contra los chinos y entonces empezó a practicar con ansia de verlo. Continuamente se le aparecía y comunicaba con ella.

— Como hacía aquella viuda amiga de Virginia, a la que tampoco he visto ahora.

— Esa se casó.

— ¿A pesar de las apariciones?

— Dicen que los difuntos no tienen celos carnales y que él mismo se lo aconsejó. Pero Elisa continuamente estaba haciendo sesiones, esto le produjo un excesivo gasto de nervios, de fluidos, se debilitó; empezaron a darle vahidos y a sentir fenómenos raros. Ella misma le contará a usted; le resultará interesante.

— ¿Y dice usted que son frecuentes los casos de locura?

— Mucho. En esas sesiones que usted vió en Alfama enloquecen muchos. Se dan casos de enloquecer allí mismo, al salir, en medio de la calle. Se han registrado varios escándalos que han venido en los periódicos y han hecho intervenir a la policía. Los enemigos del espiritismo sacan partido de eso.

— Es peligroso.

— Cerebros débiles, que dá lo mismo que estén locos o cuerdos; no han de producir nada. Pero es un estudio curioso para un alienista, porque estas locuras se parecen todas. Lo extraordinario es que la locura suele ser colectiva. Rara vez enloquece una persona sin que se le contagie a alguna otra. Lo más corriente es la manía religiosa. Unos se creen santos, otros abjuran del espiritismo y temen condenarse.

— ¿Y Elisa?

— Va usted a verla.

No la hubiera Bernabé reconocido a no saber que era ella. Pálida, flaca, con un extraordinario brillo en los ojos. Estaba vestida de negro y llena de cruces de azabache, de medallas de plata y de rosarios.

Ella lo reconoció enseguida, demostró alegría de volverlo a ver y estuvo hablando razonablemente de todo.

Al fin el Doctor preguntó:

— ¿Y cómo va el asunto?

Se sobresaltó ella, como al que le recuerdan una cosa olvidada y dijo:

— Me persigue. Me persigue siempre, lo he oído en esas conchas.

Señalaba unas caracolas marinas que había sobre la consola.

El Doctor se levantó, tomó una y se la entregó a Bernabé. Este la aplicó a su oído. El aire, removiéndose en el fondo de la espiral oculta, fingía un rumor de oleaje.

— ¿Oye usted algo? — preguntó ella ansiosa.

— El ruido de mar que hay siempre en lo profundo de estas conchas.

— ¿No le habla?

— No.

— A mí sí.

— ¿Su marido?

— El no me asustaría. Debe ser un espíritu malo que me amenaza.

— ¿Ha vuelto usted a ver algo en el espejo? — dijo el Doctor.

— Sí.

— Le he recomendado a usted que no mirara.

— Yo no me he mirado jamás de noche al espejo. Mi madre decía que mirándose de noche al espejo se aparecen serpientes. Ahora no me miro ni de día. He quitado todos los espejos de la casa. Quedan solo los de los armarios de luna. Anoche pasé delante de uno de ellos. Estaba a oscuras y vi claridad tan grande que me creí que había una puerta abierta. ¡Figúrese mi terror al tropezar con el cristal! Era el espejo que se había iluminado, fosforecía. Yo estaba paralizada frente a él, no podía moverme ni dejar de mirar. El espejo era como la pantalla de un cinematógrafo. Allí veía yo el barco, mi marido... Los vi bajar a tierra... Se sentaron a comer... Los pobrecitos estaban contentos... Yo veía venir a los chinos... yo no les podía avisar... Llegaron... los mataron. Ví cómo le segaban el cuello a mi Ernesto...

— Cálmesese usted.

Estaba próxima a una convulsión, pálida como un círio y los velos negros que flotaban al alzar los brazos, le daban un siniestro aspecto de gran mur-

ciélago. No le quedaban rasgos de su antigua belleza.

— ¿Su marido no ha comunicado con usted ?

— No. He sentido ese olor a trébol encarnado que yo no he olvidado jamás y que me anuncia su presencia.

Se veía que la desdichada padecía una hiperestesia de los sentidos que le proporcionaba los extraños fenómenos de la vista, el oído y el olfato. Temblaba de tal modo que sus medallas y rosarios chocaban produciendo un ruido extraño.

— Pero cada vez tengo mayor duda de que sea él — siguió la infeliz. — Cada fenómeno me desorienta más. Los malos espíritus fingen lo que no existe para engañarnos.

Bernabé pensaba que Elisa era una enferma cuerda, a la que sería fácil curar, sin tratarla como loca. Sólo con desimpresionarla del espiritismo.

Ella siguió :

— A mí me poséen los espíritus malos. No me cabe duda. No sufro sugestión, como me dicen. La sugestión no basta a detenerlos cuando ellos se quieren ir, ni a que vengan cuando queremos, ni a que digan lo que deseamos.

— ¿Que cree usted ?

— Tengo el Demonio en el cuerpo — exclamó echándose a llorar con desesperación.

— No piense usted eso — se apresuró a contestar Bernabé.

— Sí. Los Demonios se pueden meter en el cuerpo. Yo he visto un hombre que los tiene. Le llaman el *Hombre Macaco*.

— Ese no es más que un pobre epiléptico. — dijo el Doctor.

— Los epilépticos no saltan como él, sin hacerse daño, desde un tejado de una casa de tres pisos al suelo, ni son capaces de romper a puñetazos la recia puerta de madera de la estación de Estoril como él lo ha hecho.

— Acaso sean exageraciones.

— Lo he visto. Quizás fué entonces cuando me contagié. Cuando se apoderó de mí el Demonio.

-- Puede que sea verdad que se le comunicase a usted entonces algo del mal del infeliz. Pero no el Demonio; sino un estado hipnótico de los que provoca el espiritismo — dijo Bernabé.

— ¡Maldito espiritismo! ¡Si yo lo hubiese sabido! No me volveré a acercar a una mesa. Tienen razón los protestantes en prohibirlo. En ese libro que han publicado ahora lo explican todo. No hay espíritus. Son los Demonios, los Demonios los que se valen de esta maña para perder el alma.

— Nosotros no somos protestantes — repuso, ya sin poder dominar su contrariedad, el Doctor — En el espiritismo no hay nada en pugna con la Biblia.

— Pero es que aparecen los Demonios, sí, los Demonios, que fingen ser los que se llaman. Estoy aterrizada. Yo quiero salvar mi alma.

Ya fué imposible seguir la conversación. Elisa seguía sólo con su idea fija:

— Lo venderé todo, me iré a un convento, yo pediré a Dios para salvar a mi pobre marido.

Cuando se alejaron, la oyeron aún murmurar:

— Es el Demonio. Yo quiero salvar mi alma. Santa Maria. Ora pro nobis.

XXIV

El contagio de la Muerte

Algunas tardes acompañaba Bernabé a Virginia a Cruz Quebrada, para visitar a su familia. El japonés y Adelaida eran felicísimos. Daban la impresión de que se habían conocido y amado siempre sin existir entre ellos diferencia de idioma, patria y raza.

— Hay que creer en las reencarnaciones — dijo un día Bernabé, al contemplar tan completo acuerdo.

— Sus corazones parecen las manecillas de un reloj perfecto, según marchan al unísono.

— Si usted supiese la reencarnación de las dos niñas...

Las dos niñas, Rosa y Solita, eran hermanas de Adelaida, hijas de la segunda esposa de su padre, dos preciosas gemelas de seis años, una rubia y morena la otra, que formaban el encanto de la casa.

Bien educadas, graciosas, muy inteligentes, Bernabé gustaba de jugar con ellas, les llevaba bom-

bones y solía olvidar sus preocupaciones para correr con ellas por el jardín, darle a la comba, para que saltasen, o jugar al chicote escondido.

— ¿Qué hay de raro en ellas?

— ¿No le llama a usted la atención lo unidas que están siempre, el gran cariño y el acuerdo que hay entre ellas?

— Es natural, son gemelas, están siempre juntas.

— ¿No ve usted cómo la rubita cuida y acaricia a la morena, la mima, la aguanta?

— Cuestión de carácter. No es tan viva.

— Si se fija usted verá que no quiere estar nunca con su madre, ni dejar que esté su hermana.

— No lo había notado.

— Pues sí, amigo mio; Rosa tiene dos madres, encarnadas las dos. Mi hermano estaba casado y su mujer era tuberculosa. Tuvo a Adelina y a otra niña que ya nació contagiada con el terrible mal. Tuberculosis en la médula. Daba pena ver a la inocente criatura jugar, tan llena de alegría y de pronto llevarse la mano a la espalda por donde subía, como el ladrón por la escala, el terrible mal, que acabó con ella al llegar a las meninges. La madre y ella murieron con pocos días de diferencia.

Se detuvo y luego continuó:

— Mi hermano se casó después con la esposa que hoy tiene, y al poco tiempo nacieron las dos mellizas. Eran los espíritus de la madre y de la hija que habían encarnado juntos para no separarse.

— ¿Como sabe usted eso?

— He tenido revelaciones y me lo comprueba la observación. Solita es la madre de Rosa.

— Estoy deseando volver a verlas.

— Lo peor es que todos las creen sanas y yo

sé que no van a vivir mucho. Se irán juntas como vinieron.

— Tienen buen color, alegría, no parecen enfermas.

— Siguen padeciendo la misma tuberculosis de que murieron antes. Están contagiadas de la muerte, porque no ha pasado bastante tiempo desde su muerte anterior a su encarnación nueva.

— Habrá, usted que lo sabe, tratado de curarlas.

— Sí, pero el remedio no está en la botica. Las llevé a un balneario. Allí estábamos rodeados de desencarnados y tuve miedo como si me fueran a quitar mis pequeñas. En ninguna parte he visto tanto desencarnado como en el balneario; estaba lleno de clientes invisibles, como si fuesen a curar su cuerpo astral.

— Es que un balneario debe ser un lugar de reposo. Tiene algo de cementerio.

— Además he hecho que las vean médiums curanderos.

— ¿Presta usted fe a eso?

— ¡Ya lo creo! Desde muy antiguo se sabía que la mano y la mirada del hombre tienen poder curativo. Hay personas que irradian fluidos malos, que causan enfermedades, como el llamado *mal de ojo*; otras, que, como comprobaron los Doctores Clarac y Llaguet, secan las plantas sólo con tocarlas.

— Eso se atribuye en Andalucía a las mujeres en ciertas épocas.

— Pues es verdad. De la misma manera que hay quien cura y alivía los dolores con la imposición de las manos.

— De ahí nace la superstición de los *saludadores*

que curan la hidrofobia o matan al hidrófobo con sólo mirarlo.

— No lo creo yo superstición. Aparte de esas historias de nacer en Viernes Santo y tener un Cristo grabado en el cielo de la boca, es que poseen fluidos benéficos.

— También dicen que los zahoríes ven cuando hay agua bajo tierra.

— Eso es otra cosa. Es una disposición especial de la visión para percibir el vapor que sale de la tierra. Es distinto.

— ¿Ha encontrado usted esas personas?

— Sí, pero no se ha conseguido nada.

Las dos niñas se acercaban corriendo a la verja. Venían vestidas iguales, con lazos rosa en el cabello y trajecitos blancos.

Saltaron a su alrededor como cachorrillos contentos de hallar al amo.

Por más que miraba Bernabé no veía nada de lo que le había dicho Virginia.

Las niñas eran niñas verdaderas, inocentes, alegres y juguetonas.

Al cabo de un rato jugaba con ellas a la comba, sin recordar las supersticiones de su amiga.

— Vengan a tomar una taza de té — les gritó la dueña de la casa.

Las dos pequeñuelas se colgaron de sus brazos y se encaminaron a donde los llamaban.

A los pocos minutos dejaron sus sitios con esa movilidad de los niños y vinieron a sentarse a su lado.

— Cuéntenos un cuento.

— No sé ninguno.

— Anda...

— Contádmelo vosotras a mí.

— Yo no sé — dijo Solita. — Que lo cuente Rosa

— Anoche aprendí uno.

— ¿Quién te lo contó?

— Una señora muy linda.

— Veamos ese cuento.

— Era que Solita y yo nos habíamos ido lejos, muy lejos, a un sitio muy bonito, donde había muchas flores, muchos pájaros y unas mariposas grandes... de luz.

— ¿Y que país era ese?

— No sé. Estábamos allí y aquí. Nosotras nos veíamos aquí, vestidas de blanco, con coronas de flores, muy quietecitas y todos lloraban por nosotras que estábamos muy contentas.

— Y los veíamos escondidas detrás de una nube — dijo Solita.

— ¿Pero también tú sabes ese cuento?

— También, pero no me gusta. Cuenta otro más bonito. El de la "Princesa Muda".

— No molestéis a Don Bernabé, niñas — dijo la madre.

— No me molestan, señora.

— Vamos a ir a jugar al jardín — dijo Rosa.

— A jugar al chicote escondido — añadió Solita.

— Cuando estés cerca te diremos: "que te quemas", "que te quemas", y cuando te alejes "Frio", "frio". verás cómo nos vamos a divertir.

Adelina las miraba con cierta envidia.

— También nosotros jugaremos — dijo su marido.

Saltó de gozo la casadita y se abrazó a su cuello.

— ¡Qué bueno eres!

— Vamos a jugar todos.

— Yo me quedo — dijo Virginia.

— Venga usted — insistió Bernabé.

— Es que estoy cansada.

Y añadió por lo bajo:

— Tengo un presentimiento triste que me oprime el corazón. Creo que esa historia de las niñas anuncia que no tardaran en dejarnos.

— Pero eso no tiene razón de ser, amiga mía.

— Cierto. Pero no me bastan razones. El espiritismo llega a producirnos estos temores y estos tormentos a los que no podemos sustraernos.

XXV

El que lleva el niño de la mano

No habían vuelto a repetir los experimentos de materialización con la médium inglesa. El Doctor estaba obstinado en llegar a conseguir un resultado definitivo de su procedimiento para sorprender el alma, cazarla, examinarla y poder penetrar el misterio.

Bernabé creía firmemente que Ferreira estaba loco, con la manía dulce del espiritismo científico, pero se dejaba seducir y convencer por las teorías del Doctor, expuestas con tanta brillantez, animadas de una fe tan extraordinaria.

Todos los días operaba, preparando sus emanaciones de peróxido y presto su aparato de rayos *Beta*, pero sin llegar a conseguir nada.

— Unas veces no logro que se presente ningún fantasma — le decía — y otras, mientras preparo los instrumentos, desaparecen. Es desesperante, pero yo he de llegar a conseguir lo que deseo.

— Hoy no opero — le dijo aquella tarde. — Debe estar el aparato descompuesto porque en vez de los rayos *Beta* no produce más que rayos *Gamma*.

— No los conozco.

— Son análogos a los rayos *X*, porque se supone que son producidos por los mismos rayos *Beta*, los cuales, al ser expulsados del cuerpo radioactivo, chocan con algunos de los satélites — electrones — del átomo y producen radiaciones en un todo semejantes a los rayos *X*, que se han llamado *Gamma*.

— No veo clara la diferencia entre esos dos hijos de los *Beta*.

— La diferencia es pequeña. Consiste sólo en que como los rayos *Gamma* no se desvían ni sufren oscilaciones, por influencia de un campo magnético, son más penetrantes.

— Deben ser terribles, porque los rayos *X* son penetrantísimos, producen quemaduras y destruyen tejidos, de modo que causan daños difíciles de curar.

— Pues más destructores son estos; por eso hay que tener un gran cuidado en obtener los *Beta* tal y como se desean.

— ¿Y que vamos a hacer esta tarde?

— Si quiere usted acompañarme, daremos un paseo por cualquier parte y hablaremos de todas estas maravillas del *Más Allá*, que a usted le gusta conocer.

— Demasiado. Si no fuera por mi gran fuerza de voluntad, hay momentos en que enloquecería ante tanto fenómeno como entre ustedes estoy presenciando.

— Pero no niegue usted que estas emociones le gustan.

-- Quizás...

— No lo dude. Son ellas las que le retienen en Lisboa. Sentir *interés* por algo es el goce supremo de la vida.

Mientras hablaban iban caminando en dirección a la Baixa. De pronto el Doctor se paró.

— Aquí tenemos un caso con que yo no contaba. No me acordaba del caso de Alberto. Nos sale al paso lo maravilloso. Fijese.

En dirección contraria avanzaba un hombre alto, moreno, de fisionomía doliente y paso perezoso. Cuando estuvieron cerca, se apartó haciendo un gesto como del que quiere evitar que se le aproximen demasiado.

El Doctor se informó de su salud, mutuamente se preguntaron por las familias. Luego Ferreira hizo la presentación de Bernabé que, por más que se fijaba, no lograba ver nada anormal.

Después de un cuarto de hora de conversación, el uno y los otros siguieron su camino.

— Confieso que no he observado nada — dijo Barnabé.

— ¿No se ha dado usted cuenta de que siempre que yo me acercaba retrocedía como si temiera algo?

— Al llegar me pareció notar ese gesto; pero no le dí importancia. Luego no lo he visto.

— Pues lo ha estado haciendo siempre.

— ¿Y qué significa esto?

— Es que lleva a su hijo de la mano.

— No entiendo palabra.

— Alberto es un hombre muy honrado, muy

probo, de excelentes costumbres. Es casado, tiene cinco hijos. Su mujer vive en Coimbra y él es viajante de comercio.

Bernabé lo escuchaba, pensando que el Doctor estaba más loco aquel día.

— Hace dos años aproximadamente — siguió Ferreira — se le murió el hijo pequeñín. Eso fué una desolación para toda la familia. Él se impresionó tanto, que por poco se muere también. Fué entonces cuando lo conocí. Hablamos varias veces de espiritismo, y cuando se puso bien, quiso ver una sesión. Lo lleve a casa de unas amigas y apenas entró la médium, que estaba en trance, empezó a dar muestras de gran inquietud.

— ¿Qué tienes? — le preguntamos.

— Que se vaya ese.

— ¿Por qué?

Se negaba a contestar, como hacen siempre que tienen que decir cosas desagradables, pero obligada por nuestra insistencia, dijo:

— Es hombre de malas costumbres.

Todos protestamos. Él estaba anonadado, con su gran corpachón encogido, como si quisiera desaparecer y sumirse dentro de sí.

La sonambula extendió una mano suplicante:

— Tenéis razón, me había equivocado, lo confieso, perdonadme — dijo.

— ¿Pero cómo te has equivocado?

— Pensé mal, al verlo acompañado de una mujer joven y de un niño, y notar que ella no era su mujer.

— ¿Que yo estoy acompañado?

— Sí; la mujer se ha ido, pero el niño queda.

— ¿Quiénes son?

— La mujer es una hermana de tu esposa ; se llama Rosalía.

— Recuerdo que mi esposa tenía una hermana de ese nombre, pero murió antes que nos casáramos.

— Ha venido a ver a su sobrino.

— ¡ Su sobrino !

— El niño que tú llevas de la mano.

— ¿ Quién es ?

— Tu hijo . . .

— ¡ Mi hijo !

— Se llama Manolito.

— ¡ Si lo pudiera creer !

— El te va a hablar.

Alberto dice que sintió una fuerte sacudida en el brazo izquierdo, como si algo se desprendiera de él, y poco después oyó la voz querida del hijo muerto que le decía : " Estoy contigo, Padre, y no me separaré de tí jamás." El se echó a llorar. " No llores — dijo la voz ; — la muerte no existe, y estoy contigo aunque no me ves. Dile a mi madre que esta noche iré a besarla, y darle la buen noticia de que en la lotería que se juega mañana le tocan diez mil pesetas. Compradle a mis hermanos un caballito y yo jugaré con ellos."

— Yo no puedo creer esto — exclamó Alberto.

— Si es verdad que eres mi Manolo da señal de tu presencia de otro modo, que yo no dude.

— Voy a hacer una travesura por complacerte, ya que no quieres reconocer mi voz — dijo el espíritu, riendo, con la risa infantil — y después me sentirás siempre asido a tu mano.

Minutos después el cristal de un balcón saltó hecho añicos, roto por el invisible, de dentro para

fuera, y sintió Alberto en su mano la presión blanda y de calor suave de una mano infantil.

Pero hay gentes que de nada se quieren convencer. Aún dudaba. Le telegrafió a su mujer: "ruegote me escribas qué soñaste anoche día doce."

"No comprendo un telegrama tan extraño — escribía ella. — Pero puedo complacerte porque recuerdo perfectamente lo que soñé. ¿Cómo olvidarlo? Me visitó en sueños nuestro Manuel del alma, acompañado de mi pobre hermana y me dijeron que nos iba a tocar la lotería. Sin duda este sueño obedece a que ayer tomé una participación en la tienda de comestibles, en el número 8317. Sólo dos pesetas."

Salió de la casa, compró la lista. El 8317 acababa de salir premiado con el premio mayor y a las dos pesetas le correspondían 10,000.

Desde entonces mi pobre amigo se siente siempre unido a su muertecito. Lleva cerrada la mano izquierda y cuando va por la calle su preocupación es apartarse de los coches y de que se le aproxime alguien que pueda molestar al invisible. Lleva siempre su niño de la mano.

XXVI

La sala de disección

— Perc, amigo mio, ¿a qué hemos venido aquí? — le preguntaba Bernabé al Doctor.

Estaban en aquella fúnebre sala de disección del Hospital, donde los alumnos de la Facultad de Medicina acudían a estudiar, en la carne, aún fresca, todos los secretos de la complicada máquina humana.

— Yo tengo algo que hacer aquí también — repuso Ferreira — estudio algo, sólo que ese algo no es conocer la red de los nervios, ni analizar las vísceras, ni investigar las enfermedades de tal o cual órgano, que después de todo no son más que el pretexto o el auxiliar que facilita la desencarnación. Yo veo la herida del cáncer o de la pulmonía como la puerta abierta por donde sale el alma, ya que le toma tanto apego a su cuerpo que, si no la echaran, no se iría.

Bernabé callaba. Le impresionaba aquel lugar

lúgubre, de grandes ventanales con vidrios opacos, en el que la luz era lechosa, fría. El frío de la muerte. Ese frío de las bóvedas de cementerio, un frío de cadáver. Era un frío que irradiaba de los cuerpos colocados en aquellas grandes mesas de mármol, mesas de cortador. Percibía el olor de carne y sangre, propia de los mataderos, de reses, que sobresalía por cima de la peste a desinfectantes impregnandolo todo. Experimentaba un miedo de respirar, como si aquel frío le helase el corazón, un asco de rozarse con la pared o con las mesas, de que se le parase una mosca, como si viera la enfermedad acechándolo para abrirle la puerta a su espíritu, como decía el Doctor.

— Tampoco estudio los microbios — siguió él — me basta con saber que son la polilla de nuestro cuerpo. ¿Qué cuerpo no tiene polilla? El microbio es un gusano aristocrático, que sólo destruye donde hay salud y vida. Lo contrario del gusano, que se ceba en la podredumbre. Comparando con animales más próximos al lugar que nosotros nos hemos asignado en la escala zoológica, podemos decir que el microbio tiene la fuerza y la gallardía del león, allá en las cavernas y los prados de nuestro organismo, y el gusano se parece al chacal o y a la hiena.

El joven apenas lo oía, distraído en contemplar aquellos pobres cuerpos que tenían el aspecto de las carnes congeladas que vienen de América. La carne marmorizada, con las heridas abiertas, heridas blancas. Un costado hendido dejaba ver las vísceras de las entrañas pendientes y medio fuera, como esas asaduras de carnero que penden de las cuerdas colocadas sobre los mostradores de las expendurias de carne. Un vientre desgarrado mostraba

el bandullo, con apariencias de chorizos atados, en una gama de colores verduzcos y acardenalados. Sobre un gran seno de mujer lucía un tumor en el que aún no se había sacado la pus. Una mano había quedado abierta como el que implora una limosna, mano de exvoto de catedral, al extremo de un brazo abierto por el bisturí, como están los brazos de esas manos en que se guardaron reliquias de santo, que no respetó el tiempo, y aparecen luego vacías, en el mostrador de alguna tienda de antigüedades. En aquel brazo fresco y juvenil, que la muerte no había desecado, estudió un alumno la red nerviosa. Estaba abierto, triturado el músculo, con el hueso al aire, descarnado, con raspaduras. Había hincado allí su cuchillo y su tenedor para buscar las rasas más ocultas.

— Las glándulas tienen interés — seguía el Doctor — pero un interés relativo. Quizás el alma tiene más íntima relación con algunas de ellas. Tal vez busca en ellas su asiento, que generalmente creemos en el cerebro, porque es como si la oyésemos hablar allí; el corazón se parece a una bomba en la que el alma no puede parar — pero aseguran que donde más reside es en el bazo, esa esponja que tenemos al lado izquierdo. Aunque muchas personas viven sin bazo.

Bernabé seguía sin oírlo. Le tiraban de la mirada los rostros de los cadáveres, de manera que no podía separar los ojos de ellos. Eran apiadables aquellas caras, que hacían muecas trágicas o grotescas. El que se mordía la lengua por un lado. El que torcía la boca con un gesto de "Fastidiate". El que tenía los labios y los ojos abiertos, embobado, como absorto ante la eternidad que había visto en

el último momento. Había sonrisas irónicas, despreciativas, gestos de dolor y de miedo. Lo peor eran los ojos, ojos cuajados, ojos fríos, ojos de cristal, como esos ojos de los Cristos que hacen el milagro de guñiar el ojo, porque la luz les arranca reflejos y se les retrata en el fondo de su cristal. Abiertos unos, entornados otros, como los del que finge dormir y se entera, desorbitados algunos, como ojos de pescado que empieza a corromperse, estriados de rojo, con coágulos de sangre que manó de su cerebro. Todos parecían mirar, guñiar, hacer señas amenazadoras o picarescas. ¡Aquella mujer de cabello rubio lo miraba amorosamente! ¡Qué pena le daban los cabellos! Más que la carne, porque ellos no parecía que habían muerto. Caían de un modo macabro sobre el conjunto de cuerpos desnudos, que se cruzaban, en caprichosas y repugnantes combinaciones, apiñados unos sobre otros.

— Vámonos de aquí, Doctor—suplicó.

— Lo veo a usted impresionado y eso me confirma en mi creencia de que estos cuerpos no están muertos del todo. Queda en ellos vida aún. No son como la piedra que se arranca, ni como la mies que se siega, o el árbol que se corta. Les duele aún.

— ¿A qué venimos aquí?— preguntó él de nuevo.

— A estudiar estos restos de vida, que los alumnos que manejan el bisturí y el escalpelo no ven bien. Yo sorprendo imágenes que quedan fotografiadas en el fondo de los ojos y que aún se mueven, como figuras de cinematógrafo; yo sorprendo células que se estremecen en el fondo del cerebro donde se cuajó el último pensamiento del muerto!

yo veo fibras que vibran de dolor cuando se las toca.

— Me asusta usted.

— Sólo los espíritus perfectos vuelan y se alejan de sus despojos. Los pobres espíritus imperfectos, rudos, térreos, se quedan pegados a él. Esos sufren, sufren su infierno, su purgatorio, hasta que se liberan de la materia, que es el cuerpo físico. Yo vengo a estudiarlos aquí. Y veo claramente sus palpitaciones.

— Doctor, dirá usted que soy como una señorita, pero me siento enfermo, me mareo. Le ruego que nos vayamos.

— Sea. Después de todo puede que la visita no sea inútil, quizás arrastremos en pos nuestro alguna de esas almas, logrando desligarla de su cárcel.

— ¿Crée usted?

— Es indudable. En el primer momento las almas vulgares se quedan cerca de sus cuerpos o en el lugar donde desencarnaron. Ahora los caminos de Flandes, los lugares de la guerra, están poblados de fantasmas de todas las gentes que murieron allí. Los que pasan los ven a veces y los toman por seres vivos. Esa misma costumbre de visitar a los muertos en el cementerio no es en el fondo más que este sentimiento que nos sugieren para ayudarles a librarse de los lazos terrenos. Por eso los poderosos se hacían enterrar en las iglesias y las catedrales, donde va mucha gente. Yo tengo pena cuando veo un pobre cuerpo al que meten en un mausoleo riquísimo. Lo encierran quizás por muchos años. Y no digamos de los que queman. ¿Qué le sucede al cuerpo astral?

— ¡Pero, Doctor, si ha desencarnado!

— Es que no lo sabemos. No sabemos si desencarna del todo en el momento de morir. Hay espíritus muy elementales, muy de la tierra, que tardan más en separarse de la envoltura carnal. A veces se han encontrado espíritus aferrados aún en las momias, y en los pobres huesos pulverizados de un esqueleto viejo.

XXVII

El que mató al alma

Fué una inspiración de Virginia la que había hecho tomar al Doctor la decisión suprema de celebrar una sesión para realizar su experimento.

—Lo mismo que la señora de Albar se vale del procedimiento de hacer que los espíritus accedan de un modo consciente a colocarse delante del aparato y dar la señal del magnesio, -- dijo Virginia -- se puede intentar que consientan esta experiencia.

—¿Cómo saber si se prestan?

—Podemos celebrar una sesión en el laboratorio del Doctor, todos provistos de las correspondientes mascarillas, y quando se logre la materialización, lejos del medium aplicar los vapores metálicos y los rayos que tenga dispuestos el Doctor. Si continua así, va a enfermar. Es mejor terminar de una vez y que triunfe o se desengañe.

— Se necesita una de esas mediums extraordinarias de materializaciones.

— ¿No es medium Clotilde?

— No es suficiente, pero viniendo nuestra *Pitonisa* es fácil que consiga que opere Dora; su marido la deja con ella.

Fueron Virginia y Bernabé los que visitaron a todos y prepararon la sesión.

El Doctor estaba emocionado.

— Verdaderamente — decía — no sé como agradecer a ustedes el auxilio que me prestan cuando ya estaba desanimado. Este es un momento decisivo. Ahora, o nunca.

Se colocó la mesa, se encendió la luz roja. El Doctor tenía sus aparatos prontos a funcionar.

— Yo no tomo parte en la sesión — dijo — para no tener que romper la cadena y perjudicar a nuestra querida médium.

— Es menester también que tenga usted cuidado de no entusiasmarse con exceso, querido amigo — dijo la Pitonisa. — No vaya arrojar sobre nosotros esos vapores e nos asfixie a todos, apesar de las mascarillas.

— No tengan cuidado; sólo operaré cuando el fantasma esté a distancia conveniente.

A los pocos momentos de haber pronunciado la evocación, Dora se quedó inmóvil, los ojos dilatados le brillaban con la luz roja como si los tuviese ensangrentados; su belleza de estatua tenía algo de siniestro. Se la oía respirar anhelosa, como si fuese a dormir. De pronto todos vieron brillar ante ella una serie de puntitos luminosos como lucécillas de colores, semejantes a los fuegos fátuos que se ven en los cementerios; mientras que de su

pecho y de sus labios entreabiertos, parecía salir un humo tenue y luminoso. A los pocos momentos aparece la silueta de un fantasma negro en el espacio comprendido entre la médium y la señora de Albar.

— Por caridad, Doctor! — vuelve a exclamar esta — no haga nada hasta que estén lejos de nosotros.

— Estén tranquilos — responde él con voz emocionada e insegura.

El fantasma era tan diáfano que a través de él se veían los objetos. Poco a poco, se iba volviendo opaco. No se veía mas que una masa informe, que se movía, se bajaba y se alzaba con movimientos ligeros. En una de estas vueltas se aproxima a Virginia, y parece que se ven brillar unos ojos fijos en ella. La joven esta próxima a desmayarse.

— Retírate, te lo pido.

El fantasma obedece, dá la vuelta al diván y se esfuma en la sombra. En este momento se escucha un chasquido, una claridad viva y se ve arder un fuego hacia el lado donde está Pereira.

— ¡Doctor! — exclaman varios.

— ¿Está ya? — pregunta Barnabé.

— No, no, no se muevan — dice él — no he hecho nada ni haré si no se separan más de ustedes.

— ¿Pero ese fuego? — pregunta el joven.

— Son unos folletos que yo tenía sobre esa silla. Esos casos de combustión espontánea suelen ser muy frecuentes en estas sesiones.

Mientras hablaba había apagado el pequeño incendio. Volvió a reinar el silencio y la sesión continuó. Una multitud de formas blancas los rodeaban, parecían girones de niebla, entre los que bri-

llaban las lucecillas rojas y verdes, con una claridad espléndida. Un viento frío agita los cabellos y hiela las manos de los espiritistas. Alucinados creen sentir manos que se agarran a sus brazos.

La mesa baila una tarantela desenfrenada.

De pronto la señora de Albar lanza un grito.

— ¡Allí! ¡Allí, Doctor!

En el ángulo más lejano, cerca de la puerta de la habitación, hay una hermosa mujer pálida y triste que los mira con unos dulces ojos pardos.

El Doctor la ha visto y lanza sobre ella su batería. Se escucha un suspiro ténue, como un gemido doloroso, un eco de estertor de agonizante, breve y opaco. Al mismo tiempo el Doctor enciende la luz. Todos se precipitan hacia el sitio donde han visto a la hermosa mujer, como si fuesen a prestarle socorro. Si el Doctor ha conseguido su propósito, debe estar allí. ¡Pero no hay nada! El Doctor se amaga y ve un puñado de polvo blanco sobre el ladrilo.

— No toquen — recomienda.

Vuelve hacia su máquina, la examina y dice con acento gutural:

— Se ha escapado el mango de plomo destinado a retener los rayos *Gamma* emitidos por el radium y se ha quemado la imagen.

Y entre el estupor de todos se golpea la cabeza presa de desesperación.

— Tal vez no le llegaron los rayos — dijo Dora.

— Debieron llegarle — dijo la Pitonisa. — Yo he oído un gemido de dolor, de muerte.

— Si... se ha debido calcinar... Esos polvos blancos...

Temblaba como un azogado. Bernabé temía por su razón.

— Mejor sería analizarlos Doctor; puede que encuentre alguna substancia cualquiera que pruebe que no ha sucedido lo que cree.

Aquellas palabras parecieron infundir alguna esperanza en el Doctor. Se amagó y cuidadosamente recogió el montecito de polvo. Y corrió a encerrarse en su laboratorio.

Pasó un cuarto de hora interminable para la ansiedad que sentían, asustados por la idea de haber destruido aquella hermosa mujer que todos habían visto.

Al fin se abrió la puerta y apareció el Doctor, pálido, vacilante, con la boca tan seca que le costaba trabajo hablar.

— Esta substancia, mezclada de polvos de Osmium, no es de ninguna materia conocida.

— Acaso fluido del medium — dijo Bernabé.

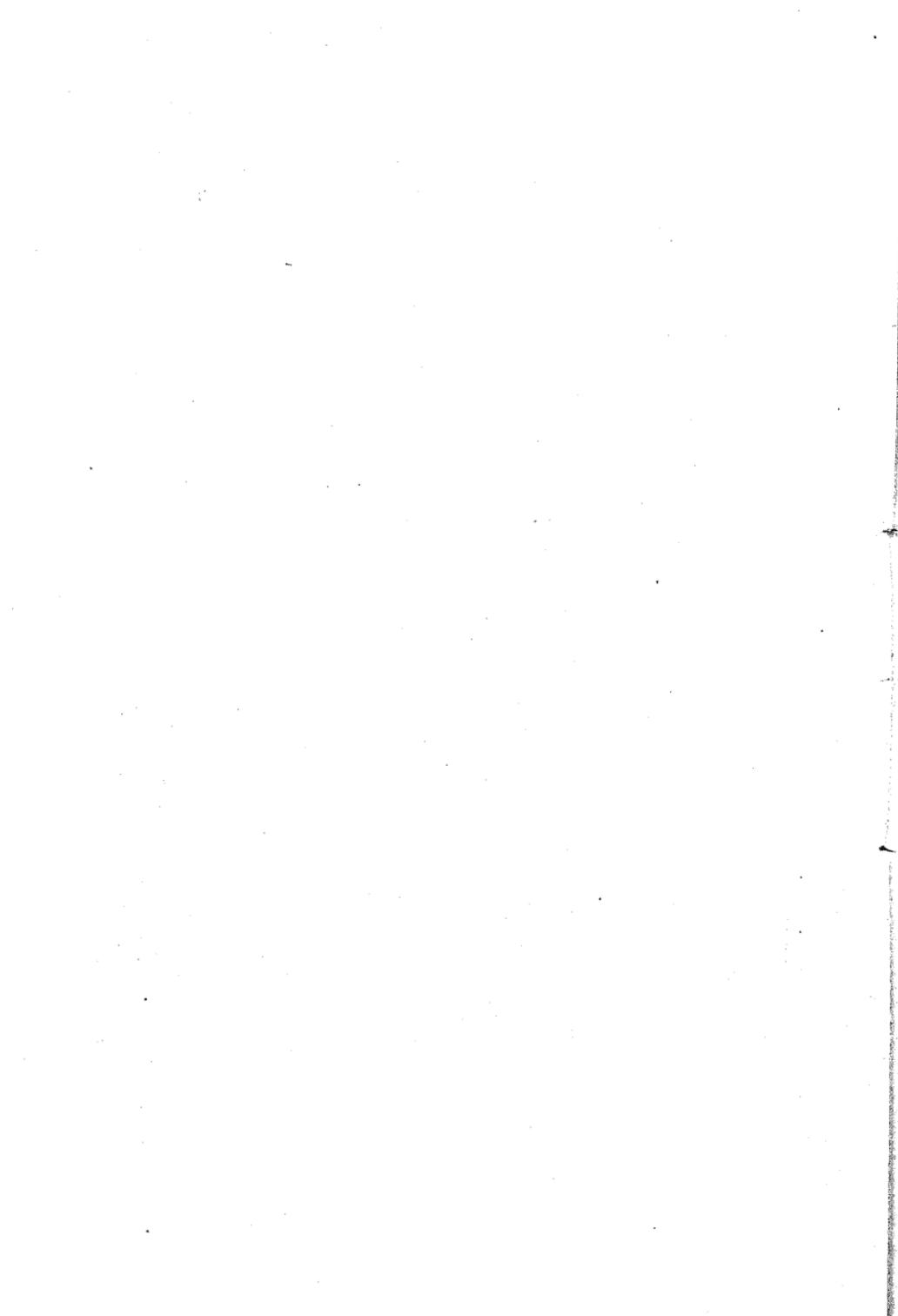
— No... Yo he analizado estos fluidos... Es otra coisa... El polvo blanco es desconocido... debe ser la substancia Odica calcinada... La substancia del alma.

Su rostro se contrajo; lanzó una carcajada.

— La locura — exclamó con pena Bernabé.

El infeliz Doctor, presa de un delirio furioso, se golpeada contra las paredes gritando:

— Soy un asesino! ¡¡El *único asesino*!! He matado un alma!!!



XXVIII

En el campo de los muertos

Rosas blancas y rosas rojas habían llenado la berlina donde iban la señora de Albar y Clotilde acompañando a Bernabé, que no quería dejar Lisboa sin visitar la tumba de su amigo y sacar unas fotografías, para llevárselas a la afligida madre.

— Yo no he ido nunca a un cementerio donde tengo seres queridos — dijo Clotilde. — No encuentro belleza en los cementerios; es un jardín que no me atrae.

— A mí me aflige pensar en el lugar donde me depositarán después de muerta — dijo la señora de Albar. — Claro que comprendo que entonces me será todo indiferente, pero ahora experimento la impresión de pensar las cosas que harán con mi pobre cuerpo insensible para empaquetarlo y conducirlo a mi pudridero. Lo que más me asusta de la muerte es esa profanación, que nos traten como *una cosa*, y aquellos que más nos amaron tengan

prisa en echarnos fuera; ver cómo se sientan los sepultureros en el borde de nuestra caja y cómo nos dejan bajo la tierra y vuelven a la vida... ¡y eso los que han sido capaces de llegar hasta el borde de la fosa!

— Hija, tía, no digas esas cosas, que voy a soñar con ellas. No sé porqué has querido venir aquí.

— Por acompañar a Bernabé y que tú saques unas fotografías de la sepultura del pobre Alfonso. Este cementerio es suntuoso, están aquí los grandes mausoleos, que son como palacios de hidalgos. Los cementerios modernos parecen casas de vecinos donde todos caben.

— Pues si Bernabé viera el Panteón de Braganza — añadió la joven — Es sencillamente repugnante. Ataúdes insepultos, con tapas de cristal que dejan ver la decomposición y la podredumbre y una multitud de cintas y coronas amontonadas como una macabra trapería de los muertos.

— En cambio el cementerio civil tiene algo de reservado, de tertulia, donde se reúnen los amigos, que no se mezclan con la multitud.

— Y usted, que nada dice ¿Dónde quisiera descansar? — le preguntó Clotilde.

— No sé. He visitado muchos cementerios, y ninguno me inspira gran deseo. Además el cementerio en que nos entierran no es el lugar definitivo donde ha de reposar nuestro cuerpo. Al cabo de cierto tiempo las necesidades de los vivos echan lejos a los muertos.

— Es verdad! — repuso la joven — Yo vi en Porto, y no lo olvidaré jamás, uno de esos viejos cementerios deshechos, de los que se arroja a los muertos, con los huesos rotos y los ataúdes hechos

astillas, como inquilinos pobres que se desahucian.

— Pensándolo bien — siguió Bernabé — creo que reposaría más a gusto en el viejo cementerio de Murcia, que no he visitado nunca; pero nací allí y parece que al cabo de cierto tiempo la tierra nos llama.

Se esforzaban todos en hablar de los muertos como muertos, en aceptar la muerte como una cosa positiva. Hasta la *Pitonisa*, que podía considerarse como una sacerdotisa de aquella rama de las ciencias ocultas, evitaba rozar la cuestión espiritista. Tal espanto había producido en todos la locura del Doctor Ferreira, que no había vuelto a recobrar la razón.

Los dos poderosos caballos subían gateando las enormes cuestas, fustigados por el cochero, y se detuvieron ante la gran puerta del cementerio, que los portugueses llaman eufónicamente *Los Placeres*.

Bernabé bajó, dió la mano a sus amigas, tomaron ellas los manojos de rosas y se dirigieron a través de las tumbas a buscar la de Alfonso. Bernabé llevaba un plano de aquella ciudad de la muerte, donde había calles, plazas, patios de vecindad y palacios; todo numerado como las casas de la ciudad de los vivos.

Cruzaron anchos patios desolados, pisando losas rotas, resquebrajadas, en cuyas junturas crecía la hierba, sabiendo que caminaban sobre un depósito de cadáveres. Los grandes patios desolados ofrecían en sus paredes aquellas series de nichos superpuestos, especie de estanterías de muertos, bien catalogados, como si esperasen que alguien pidiera: — "Deme usted un cadáver del año 60 o del año 40."

Los envolvía ese ambiente pegajoso, pesado y denso, de los cementerios. Sentían el olor a humedad, esa humedad especial, como producida por la evaporación de los jugos de la carne, y ese vago olor, mezcla de moho, de tiempo y de podredumbre que forma el *bouquet* inconfundible del perfume de los muertos.

La muerte los repelía. Sentían un asco profundo de tocar la tierra o rozar las paredes. Temían un contagio terrible. Al pasar veían nombres cincelados y grabados en los mármoles, en los bronce, con el deseo de detener la vida de los *difuntos* con la fuerza del recuerdo, sin dejar que se perdiesen.

Leían con indiferencia aquellos nombres que a veces atraían su simpatía, como un perfil borroso de mujer bella contemplado por una ventana entreabierta.

"Adela", "Rosa", "Matilde", "Angelina". A veces conmovía su edad: "Murió a los 18 años. Sus desconsolados padres..." "Falleció a los 29; su esposo y sus hijos..." En algunas tumbas hasta había retratos, cabellos y coronas, encerrados bajo el cristal... En la de un niño estaba su aro y su pelota, y en otra la muñeca y los juguetes de una pequeña de 15 meses.

Parecía que estaban allí inmovilizados en su edad juvenil, cuando la fecha acusaba cerca de un siglo del fallecimiento. Ya no quedaba nadie de los que los amaron, de los que los visitaban. El olvido dejaba caer un polvo más denso y más negro a su alrededor. La mayoría de los retratos eran daquerrotipio, como debían ser todos los retratos de los muertos, y había algunas miniaturas, con esa cosa blanda y esa suavidad de color de la mi-

niatura. Mujeres del ayer, que eran distintas de las de hoy hasta en el tipo. Cinturas estrechas, hombros anchos, rizos al lado de la cara, con el pelo partido en medio, que les daba expresión juvenil, y algo inocentona. Tenían todas las mujeres de miniatura el parentesco del color, de los ojos claros, de los labios rosa, de las cejas bién dibujadas, de las gargantas nítidas, en los grandes descotes, de cuerpos ajustados con mangas cortas. Eran parecidos unos con los otros también aquellos hombres de bigote y perilla, con las casacas de color y los vuelillos de encaje y las camisas rizadas con chorreras, tan coquetonamente femeniles.

Entraron en la parte moderna. Allí era más jardín, estaba más cuidado. Se abrían las tumbas en la tierra, adornadas de cruces y flores. Unas tenían ya lápidas, otras estaban rodeadas de una verja; algunas se distinguían sólo por la tierra, en montecillo que las cubría. Había muchas abiertas; hondos agujeros donde caían tres o cuatro ataúdes, unos sobre otros, minas profundas de donde no volvería a salir el minero.

Los sepultureros, robustos y sanos, con esa expresión de gran indiferencia para los vivos y para los muertos, habían metido una caja negra, amarrada con cuerdas, en uno de aquellos agujeros y dejaban caer sobre ella paletadas de tierra, que sonaba de un modo lúgubre. Bernabé, familiarizado ya con las ideas espiritistas, pensó que el pobre cuerpo astral, si estaba aún cerca de su cuerpo físico, debía encojerse con pavor de sentir la tierra en la cara; y en el fondo de su corazón, experimentó la necesidad de la muerte completa, del reposo, del no ser.

A su lado pasaba una comitiva llorosa, la que

había acompañado al que estaban enterrando. Iban detrás del capellan, con capacete de escarabajo negro y oro, que había rezado las preces rutinarias, indiferente. Se les veía caminar con pasos menudos y cierta prisa de salir de allí, dejando, olvidado a su espalda, aquel despojo.

Entonces el pensamiento del joven sufrió una reacción.

— ¡Oh! el espiritismo, que cree que el alma no está aquí, es más consolador que la creencia de los que abandonan a un sér querido, para que se pudra debajo de tierra — murmuró.

En fin llegaron al lugar donde estaba la tumba de Alfonso, al limite mismo del jardín, cerca de la parte derruida, de donde se iban sacando los esqueletos que no tenían quien los reclamase, para llevarlos a la fosa común. Aquella parte presentaba el aspecto de una ruina, con los agujeros de los nichos abiertos, dejando ver tablas carcomidas, huesos y detritus.

Contrastando con ellos, la tumba de Alfonso hablaba elocuentemente, por lo cuidada, del amor y el dolor que su muerte había inspirado. Rodeada de barandilla y de flores, con su gran cruz, la losa blanca decía en letras doradas:

“ALFONSO NÚÑEZ”

No pudo leer las palabras escritas debajo. Las lágrimas rebasaban los párpados, nublando la mirada. Se quitó el sombrero y sin acertar con una oración aprendida, dirigió un fervoroso recuerdo de cariño al amigo que tanto quiso. Entre tanto Clotilde colocó las rosas sobre la lápida, ofreciénd-

dolas con un gesto de mujer coqueta que quiere gustar al muerto y sacó un par de fotografías.

Bernabé estaba tan conmovido que estalló en sollozos. Las dos mujeres se le acercaron y, con aquella decisión casi masculina que había en sus espíritus libres y despreocupados, le cogieron afectuosamente las manos diciendo:

— Animo, amigo mio.

— Resignación.

En aquel momento un golpe cavernoso, profundo, se dejó oír, un golpe dado en madera, como si golpearan el ataúd dentro del nicho. Tenía aquella nota inconfundible de los golpes espiritistas.

Los tres se miraron asustados, estrechándose las manos. El golpe se repitió.

— ¿Qué es esto?

Como para responderles salieron golpes de varios lados, a un mismo tiempo.

— Hemos hecho cadena con nuestras manos sin darnos cuenta — dijo Clotilde.

— Es verdad.

Iba él a retirar sus manos pero la *Pitonisa* lo sujetó.

— No. Tal vez estemos ayudando a algunos espíritus a librarse de su cárcel.

Como para comprobar esas palabras menudearon los golpes, con un tono de repique a gloria.

— Tengo miedo — murmuró él.

— ¡Esta profanación en lugar sagrado!

La *Pitonisa* volvía a ser la *Pitonisa*, la profesional del espiritismo, y contestó:

— Ni más ni menos profanación que en otra parte cualquiera. El cuerpo y el lugar no tienen importancia. El cementerio no se debe mirar como

un lugar de muerte, sino como la cuna donde nace el espíritu libertado.

Sin soltar las manos de sus compañeros, preguntó:

— ¡Estáis ahí?

Salieron ruidos de todas las tumbas cercanas.

— ¿Eres Alfonso Núñez? — preguntó de nuevo dirigiéndose a la tumba del joven.

Un golpe sordo, cuya resonancia se prolongó algún tiempo, llegó a sus oídos.

— ¡Repíte! — dijo, no queriendo dudar.

Se dejó oír un nuevo golpe más claro.

— Dé alguna señal de tu presencia — ordenó de nuevo.

Entonces el baston que Bernabé tenía en la mano se le escapó, y en vez de caer al suelo, dió una vuelta en el aire, como si alguien lo jugase, le golpeó ligeramente en la espalda, con el gesto cariñoso del amigo que da palmadas, y volvió a colocarse en su sitio. Un objeto pesado vino a caer a sus piés.

— Es el lapiz que tenia en la cartera, dentro del bolsillo. No sé cómo ha podido salir.

— Debe querer escribir — dijo Clotilde.

— Sí — respondió un golpe cavernoso que salió de la tumba.

Sin dejar la cadena, se acercaron la Señora de Albar y Bernabé a la losa y Clotilde, colocó una tarjeta sobre ella, a falta de papel. Esperó pronta a escribir.

— ¡Dicta lo que quieras!

“Estoy con vosotros. Conservo el mismo amor que os tenía. La muerte no existe. Creed en la vida de los que desencarnan”.

Se detuvo.

— ¿Quieres decir algo más?

Resonó el golpe afirmativo.

— Dicta.

“Os amo y os protejo a todos. Que Bernabé vuelva a España y consuele a mi madre. Que Aurelia no dude de que la amé siempre.”

Volvió a interrumpirse.

— ¿Quieres decir algo más?

“No. Adios”.

El lápiz se le escapó de la mano.

Al ir a recogerlo, se le desabrochó el collar de coral que llevaba puesto y fué a caer sobre la losa.

Entonces sucedió una cosa extraña. Antes de que la joven pudiera cogerlo, el collar comenzó a ondear y retorcerse, como el cuerpo anilloso de un reptil. Caminaba con ese movimiento en que sus cuerpos se hinchan y se extienden, corriendo sobre la losa. Lo vieron formar monogramas complicados, entrecruzándose y alzándose en espirales como una serpiente... hasta que de un salto vino a caer sobre su seno.

Parecía haberse levantado un viento frío, que deshojaba las rosas, esparciendo sus pétalos. La corona de un nicho cercano se movía, como si alguien jugase con ella.

— ¿Es que deseas decir algo más? — dijo la joven, un poco asustada.

La respuesta fueron dos golpes negativos, pero dados con un objeto duro, como la punta de un femur, sobre sus espaldas.

— Dejemos esto — dijo Bernabé, queriendo separar las manos de las manos que lo retenían.

Pero la señora de Albar, despierto ya todo su interés, lo apretó con fuerza.

— No. No. Al contrario. Ven, Clotilde, a reforzar nuestra cadena.

El sol acababa de ocultarse y una niebla tenue presa ba la sombra propicia al campo de los muertos, pareciendo apagar con su densidad los sonidos lejanos que podían llegar hasta allí.

Clotilde unió sus manos a las otras manos.

Se vieron rodeados de una llamarada de fuegos fatuos que en pleno día iban y venían bailando su macabra tarantela vertiginosa, sobre las tumbas.

Al poco tiempo empezó un trabajo de materializaciones rápidas. Fué una multitud de muertos, los que acudían de todos lados del cementerio.

Descarnados unos, completamente en esqueleto, otros, con los sudarios desgarrados los más y los recién enterrados con su aspecto de personas vivas, que tuviesen las cuencas de los ojos vacías, porque lo primero que se habían sorbido, golosos, los microbios de la muerte, eran los ojos.

Se sentían aturcidos en aquella multitud de muertos, que se agrupaban a su alrededor.

— ¡Todos en fila! — tuvo que ordenar la médium.

La obedecieron, pero tratando de adelantarse los unos a los otros, como sucede en la hora en que se va a hacer la fotografía de la fiesta, para los periódicos ilustrados

Se veía que todos querían hablar; sólo dos o tres muertos discretos, permanecían algo alejados, en la actitud distinguida de los que no quieren mezclarse con la multitud.

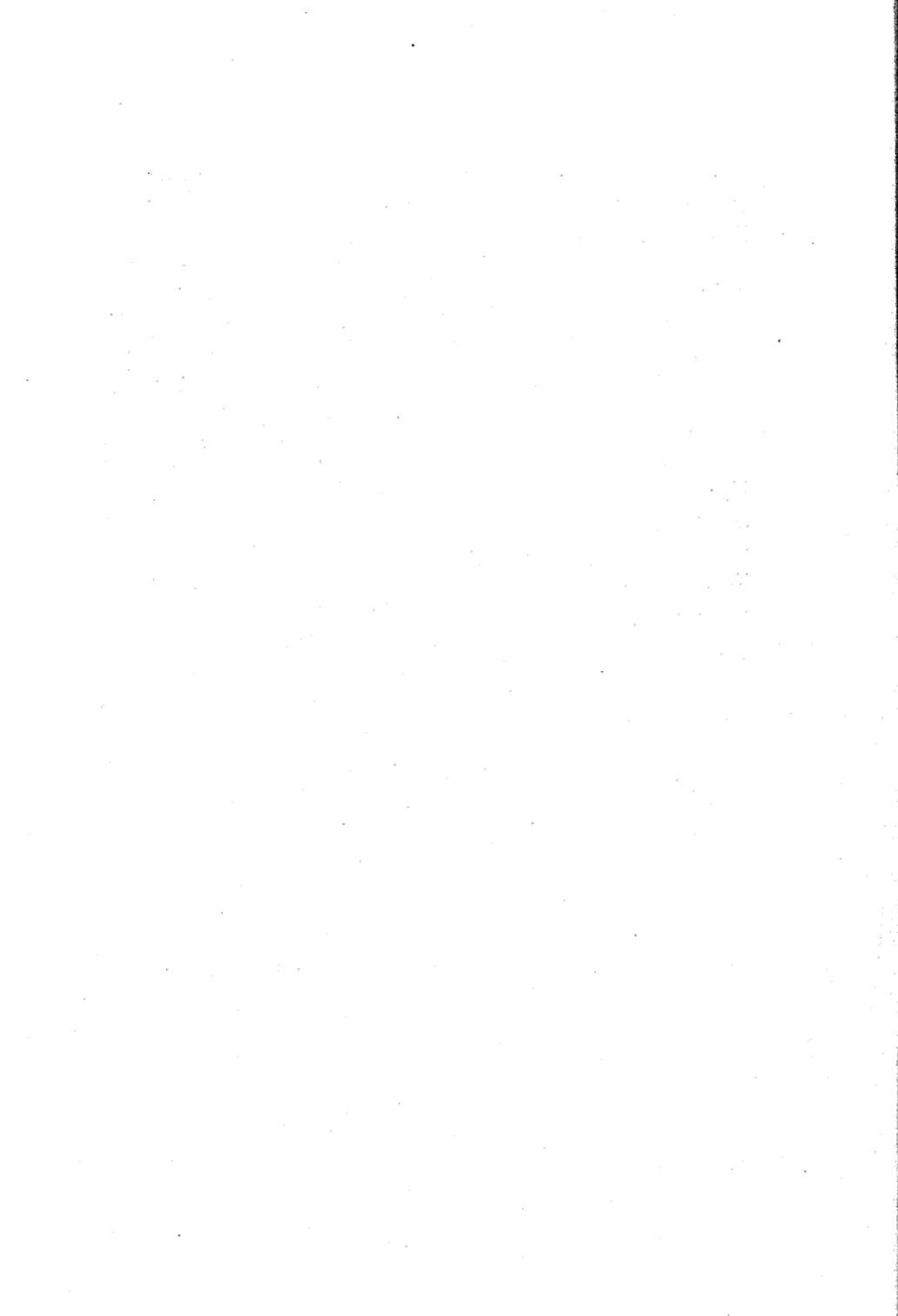
Los pasos del sepulturero que se acercaba, con

ese compás especial de los que están acostumbrados a pisar la hierba pegajosa del cementerio ahuyentó la visión.

Salieron sin hablarse. Bernabé no quiso subir a la berlina. Tenía prisa de quedarse solo, de preparar la maleta para escapar a España en el primer tren, cambiar de medio y olvidar todo aquello que era como una pesadilla. ¿Qué importaba que el conocimiento de nuestro destino fuese lo más necesario, como le decían sus amigos, si de tal modo el estudio de la vida le quitaba el placer de vivir? Era mejor la imprevisión, la ingenuidad de vivir sin preocuparse de la existencia, acorazándose con ese "¿Qué más da?" en que se embota todo. Se vestiría de optimismo para no pensar en los misterios.

— Sobre todo — se decía — no me acercaré más a la muerte. Hay en ella un contagio, una enfermedad, una virulencia temible.





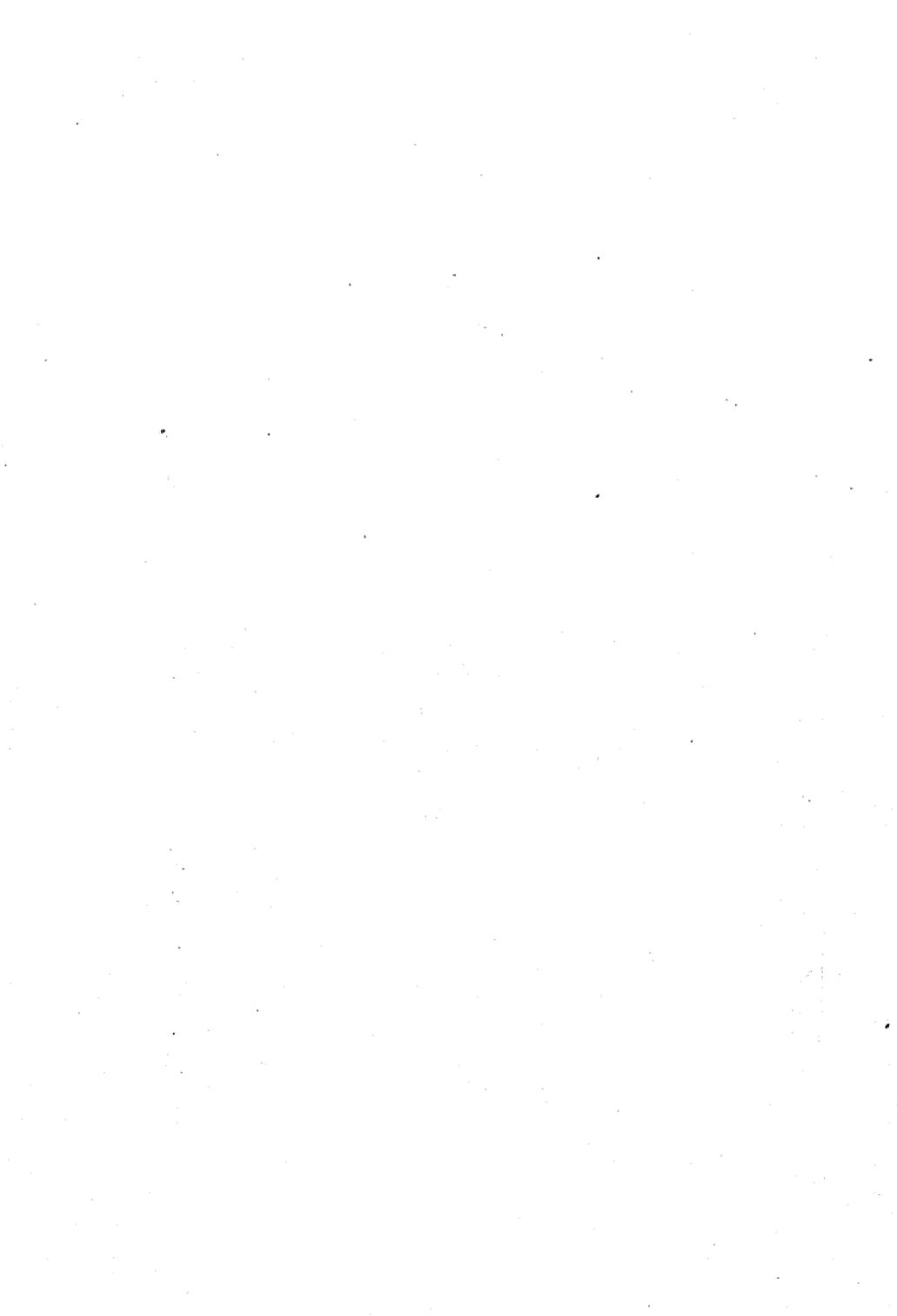
INDICE

INDICE

	Paginas
I — La ciudad que nace.....	5
II — La iniciación	21
III — La mesa habla	33
IV — La predición	49
V — La tormenta	59
VI — El Doctor espiritista	71
VII — Los quemarrupias.....	81
VIII — La Pitonisa	91
IX — El museo de los espíritus.....	107
X — La médium del antifaz	121
XI — El aparecido	133
XII — Los mensajes de la muerte	149
XIII — Los amores de los muertos.....	157
XIV — Los espíritus dañan	165
XV — En trance	177
XVI — Espiritismo científico	191
XVII — En el reino del misterio.....	199
XVIII — El Amarillo	205
XIX — La que oye gritos	211
XX — El Reencarnado.....	217
XXI — El origen de la vida.....	227
XXII — La joya antigua	233
XXIII — Los que enloquecen	237
XXIV — El contagio de la muerte.....	243
XXV — El que lleva al niño de la mano.....	249
XXVI — La sala de disección	255
XXVII — El que mató al alma.....	261
XXVIII — En el campo de los muertos.....	267

FE DE ERRATAS

Dice	Debe decir	Pag. Linea
rean	eran	10— 4
minha	mi	26— 9
suffirme	sufirme	26— 13
puedem	pueden	26— 15
ve	va	26— 31
s	sí	49— 2
Y los espíritus	y los espiritistas	56— 14
impulsividad	impulsividad	100— 8
cartomancia	quiromancia	100— 25
discreción	distinción	122— 1
manifestaos	manifestaros	129— 9
qua	que	130— 16
demonstración	demonstración	130— 33
hacer lo	hacerlo	135— 17
lelegrama	telegrama	141— 34
vie	vió	146— 31
niútil	inútil	152— 8
mercad ores	mercaderes	170— 6
amedrentadoa	amedrentadora	178— 33
tresilo	tresillo	182— 33
uua	una	183— 3
hicieron	hicieron	183— 3
encontran	encuentran	223— 14



OBRAS DE CARMEN DE BURGOS SEGUI

(COLOMBINE)

NOVELAS

- Alucinación (agotada). El Tesoro del Castillo.—Senderos de vida.—El honor de la familia.—El veneno del Arte.—Siempre en tierra.—Frasca la tonta.—La travesía.—La justicia del mar.—La indecisa.—Sorpresas.—El Abogado.—Los Usureros.—El Perseguidor.—«Villa Maria».—El hombre negro.—Los Miseros.—Las desorientadas.—Una bomba.—Lo inesperado.—Don Manolito.—El permisionario.—Pasiones.—Dos amores.—El Desconocido.—La Flor de la Playa.—Después de la Paz.—La Nueva Entrometida.—Confidencias.—Los amores de Faustino.—Luna de miel.—Los negociantes de la Puerta del Sol.—El artículo 438.—La Ciudad Encantada.—El Novenario.—El extranjero.—La mujer fría.—La confidente.—Las «tricanas».—La descotada.
- CUENTOS DE COLOMBINE (Sempere. Valencia).
- LOS INADAPTADOS.—3 ptas. (Sempere. Valencia),
- EN LA GUERRA.—1 pta. (Sempere. Valencia).
- LA HORA DEL AMOR.—1 pta. (Sanz Calleja. Madrid).
- LA RAMPÁ.—3,50 ptas. (Renacimiento. Madrid).
- EL ÚLTIMO CONTRABANDISTA.—1 pta. (Sopena. Barcelona).
- ELLAS Y ELLOS O ELLOS Y ELLAS.—3,50 ptas. (Sociedad Española de Librería. Ferraz, 21).
- LAS INSEPARABLES.—3 ptas. (Biblioteca Nueva. Madrid).
- SECRETOS.—3,50 ptas.
- LOS ANTICUARIOS.—3,50 ptas.
- LA DIVORCIADA.—3,50 ptas.
- EL RETORNO.—5 ptas.

TRADUCCIONES

Los Evangelios (dos tomos), Renan.—La Iglesia Cristiana, Renan.—Diez y seis años en Siberia (dos tomos), León Deutsch. La Guerra Ruso Japonesa, Tolstoy.—El Rey sin Corona, Georges de Bouhelier.—Cuentistas italianos.—Fisiología del Placer, Mantegazza, (dos tomos).—Loca por razón de Estado (*La princesa Luisa de Bélgica*).—Dafnis y Cloe, Longo.—En el Mundo de las Mujeres, Roberto Bracco.—La inferioridad mental de la Mujer, P. J. Moebius.—Las piedras de Venecia (dos tomos), J. Ruskin.—Las Mañanas de Florencia, idem.—Las Siete Lámparas de la Arquitectura, idem.—La Corona de Olivo Silvestre, idem, El reposo de San Marcos, idem.—Los Pintores Modernos, idem.—La Biblia de Amiens, idem.—Los recuerdos de mi Juventud, idem.—El Valle del Arno, idem.—Sorda, Muda y Ciega, Helen Keller.—El tío Geromo (Crainqueville), drama en tres cuadros, Anatole France.—Mi grande, Marcel Tynaire.—Las Mujeres de Fuego, Gerardo de Nerval.—La Indomada, por J. H. Rosni.—La dulzura de vivir, Marcel Tynaire.—Cuentos a Maxa, Max Nordau (y numerosos libros originales y arreglos de obras prácticas para la mujer, como el "Tesoro de la belleza", "Vademécum femenino", "Salud y belleza", "Las artes de la Mujer", "El arte de la elegancia", "¿Quiere usted comer bien?", etc., etc.)

LITERATURA

Notas del Alma (versos) (agotada).—Ensayos literarios (agotada).—El Divorcio en España.—La Protección y la Higiene de los Niños.—La Voz de los Muertos (1 pta. Sempere. Valencia). Al Balcón. (1 peseta. Sempere. Valencia). Giacomo Leopardi (su vida y sus obras, dos tomos en 4.º) (3 ptas. cada uno. Sempere. Valencia).—EL VOTO, LAS ESCUELAS Y LOS OFICIOS DE LA MUJER (3,50 ptas).—LA ESPAÑOLA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES (NUMEROSOS GRABADOS) 10 ptas.—ASPECTOS 3 ptas.—FIGARO (REVELACIONES, „ELLA“ DESCUBIERTA, EPISTOLARIO INEDITO) (Numerosos grabados.) 10 ptas.—CONFIDENCIAS DE ARTISTAS (Edición de lujo, 4 ptas.) (Sociedad Española de Librería) (2.ª edición, dos tomos a 1,50 cada uno. Sanz Calleja, Madrid.) HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES de Zorrilla, Goya, Larra, Alarcón, Pereda, Valera, Echegaray, Romea, Calvo, Eguilaz, Manuel del Palacio, Carolina Coronado, Rosales, Granados, Ganivet, Eça de Queiroz, Becquer, Ramos Carrión, Vital Aza, etc., etc.) (3,50 ptas.)

CONFERENCIAS

La Mujer en España (Asociación de la Prensa, Roma).—Misión Social de la Mujer (El Sitio, Bilbao). Influencias reciprocas entre la Mujer y la Literatura (Centro de Cultura, Logroño.)—El Alma Pasional de España (El Parthenon, Paris). Museo de las Conferencias dadas en América y Canarias.—Literatura Española (Curso de Conferencias en la Universidad de Lisboa.)

VIAJES

Por Europa (Francia, Italia y Mónaco, ilustrada, 234 grabados) (Maucci, 5 ptas).—Cartas sin Destinatario (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). (2 ptas. Sempere. Valencia).—Peregrinaciones (Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal). (4 ptas).—Sociedad Española de Librería. Madrid. MIS VIAJES POR EUROPA (Dos tomos a 1,50 cada uno. Sanz Calleja).

500
The Power of Love
and the Love of Power

- Andalusia
- Almoravid
- Lohman

